



Graciela García

**AL OTRO LADO
DE LA ZARZA ARDIENTE**

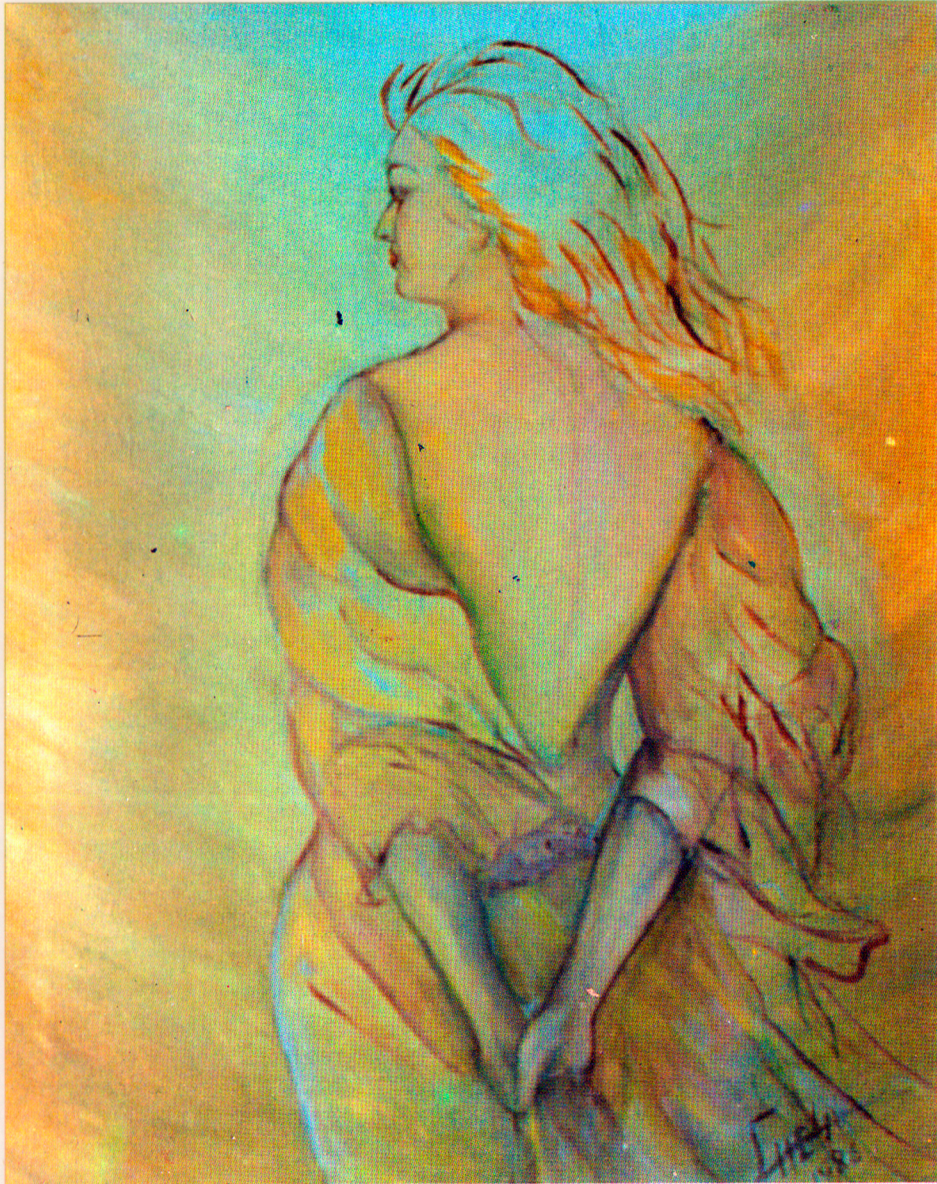
Escrita en forma dialogada, *Al otro lado de la zarza ardiendo*, es una novela que trata del exilio, del exilio espiritual.

Es el encuentro entre un anarquista y un profesor de Filosofía (imbuido en las teorías existencialistas de su época).

Se inicia en la prisión de Lérida en 1937 y culmina en la crisis espiritual que hace eclosión en estos personajes durante la guerra civil española.

Graciela García-Marruz

AL OTRO LADO DE LA ZARZA ARDIENDO



Portada: Chela Cartaya (1986)

Graciela García-Marruz

AL OTRO LADO DE LA ZARZA ARDIENDO

Edición digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

A mi madre y amiga Chela

Apenas se vislumbraba la claridad del mediodía por el tragaluz al cual dirigía su mirada cada vez que abría los ojos. Se los frotaba con fuerza como para limpiárselos de la penumbra que violaba sus horas más lúcidas, y sólo lograba interceptar su vista con rectángulos rojos refractándose en amarillos sombríos hasta perderse horizontalmente en el olvido, y en ese mismo punto, respiraba hondo a ver si lograba reemplazar el olor a humedad de las paredes por el de los naranjos de la quinta de su niñez. Pero había crecido y su cuerpo apenas cabía en aquel catre oxidado con un olor muy parecido a la litina que le aplicaban los médicos sudorosos a aquella vecina que padecía de gota.

Hacía mucho tiempo, no sentía los calambres que lo aquejaban de niño cuando a veces, con grito ensordecedor, llamaba a la madre porque creía que un rayo se había apoderado de él. Lo recordaba especialmente en días como hoy, al sentir el cuerpo más entumecido que de costumbre, y no lograr aliviarse a pesar de estirarse con fuerza y el convencimiento de poder vencer las inclemencias de su estado. Parecía estar casi convencido que todo era cuestión de espacio y disciplina, que si ejercitaba los músculos con el rigor reglamentario de sus años en el ejército, podría recobrar el vigor juvenil. Pero en aquella sombría celda le era imposible, donde no cabía ni la letrina que habían construido en un nicho en la pared rocosa, y allí encorvado y con las mayores dificultades, tenía que hacer sus diligencias diarias —cuando podía—. Lo único que aún le quedaba sin enmohecer era el telar de su memoria, que a veces temía huyera por aquel rectángulo donde parecía desvanecerse todo hilo de vida.

A pesar de desconocer las causas que allí lo habían llevado, uno de los alcaides se apiadó de lo callado de su existencia, y le obsequió papel de cartucho y una pluma cuya tinta se perdía en el color amarillento de aquel tesoro. Sólo la argucia del recuerdo podía rescatar lo escrito y reescrito en un mismo renglón. No quería olvidar una frase que ahora recordaba de la “Declaración de Independencia” norteamericana del 4 de julio de 1776: “All experience hath shown that mankind are more disposed to suffer, while evils are sufferable, than to right themselves by abolishing the forms to which they are accustomed”. Este era un tema que alguna vez lo apasionó y sobre el cual, dialogó mucho con aquel amigo que se propuso desarrollarlo, siguiendo el “discurso del método” cartesiano, más tarde ejecutado por unos celosos extremistas del Directorio Militar. Ahora se proponía rescatar pensamientos que lo habían asediado hace algún tiempo: “¿De dónde proviene esa predisposición al sufrimiento? ¿De dónde la causalidad de “evils are sufferable”? —continuó escribiendo con el propósito de algún día desarrollar estos temas. Y añadió: “La idea de la libertad no hubiera surgido si no fuese ante la conciencia de que la condición natural del hombre es la de ser esclavo. El proceso histórico, más que “ir en un grado evolutivo hacia la autoconsciencia del hombre”, se diluye en un “estar-en”, cuyo sentido se nutre de la dialéctica entre la acción y la reacción, descubriéndose al final del proceso metáfora de un gran soliloquio —raíz de su condición” Continuó escribiendo: “Su semilla es un yugo cuya espiral descubre la tiranía de la autoridad: el hombre libre, necesita de la tiranía de la autoridad para reafirmar por oposición, su propia ilusión; el hombre esclavo, para justificar la consumación de su condición”. Subrayó la palabra “necesidad”, concluyendo al margen: “la libertad ha llegado a ser el gran Dios de la mitología contemporánea”. No había acabado de escribir esta frase cuando un

estruendo hizo caer la pluma que sujetaban sus manos temblorosas. Creyó percibir una voz estridente que allanaba unos quejidos que se perdían en el sopor de la tarde:

—Por aquí. Entre. —Ordenó firmemente el alcaide. Entonces oyó el eco de las pisadas que se alejaban entre penumbras por aquel interminable túnel, paraíso de los musgos, y, sintió su soledad en blanco violada por otra tinta en otro papel.

* * *

Un fuerte dolor le recorría todo el cuerpo, especialmente las piernas, como si lo acabasen de rescatar de entre los escombros después de haber estado sepultado por días sin moverse. Apenas acababa de volver en sí, cuando creyó oír una voz grave que parecía venir de muy lejos. Fue a contestar pero no pudo, pues tenía la boca llena de sangre, y todo lo que atinó a hacer fue a escupir con gran fuerza. Le ardía la garganta de tanto gritar. Sentía el cuerpo invadido por el olor de las municiones, del plomo, del humo, de la putrefacción de carnes descompuestas, de la sangre... Todavía oía el grito de sus compañeros chillando: —¡fuego!, ¡fuego! —y el alarido de una madre cargando con angustia y desesperación el cuerpecillo de su hijo muerto: — ¡¡¡ayyyy!!! ¡¡¡Joseíto!!!! —como si se hubiera desprendido de lo más remoto y sentido de un cante jondo. De nuevo, aquella voz. Cuando al fin pudo afinar el oído a aquel llamado, pudo distinguir que alguien le gritaba:

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Trató de incorporarse en su lecho, se irguió con mil dificultades, y a medida que recobraba el equilibrio, con gran esfuerzo, intentó contestar aquel llamado:

—La / re / frie / ga —musitó en monosílabos.

—No comprendo. ¡Hable más alto!

—Ma / ña / na... ma / ña / na —contestó con dificultad.

—Sí, mañana, mañana hablaremos... por lo pronto, descanse. —Le contestó Enrique consciente del estado lastimoso en que debía encontrarse el recién llegado.

El esfuerzo que tuvo que hacer Delio para hilar en monosílabos los pocos sonidos que pudo emitir, le rasgó la garganta, irritándola aún más. Comenzó a toser, a medida que un agudo dolor le iba oprimiendo el pecho. Sentía los chasquidos de sangre ir y venir mientras las convulsiones se iban apoderando sin piedad de su maltrecho cuerpo, debilitándolo cada vez más. Poco a poco los espasmos fueron cediendo, envolviéndolo en una tiniebla de estupor hasta sucumbir en los rastros de aquel lecho en azadas de hierro que en grillos entrelazaba sus temores más profundos. Paulatinamente, el trauma del atardecer se fue adormeciendo en el silencio sepulcral de la noche.

Mientras tanto, Enrique no podía dormir pensando en la suerte del recién llegado, conjeturando sobre las circunstancias que lo habrían llevado allí. Creyó oír que musitaba: “la refriega”. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Era acaso otra sublevación? Recordaba la de Cataluña y la de Asturias al mando de Largo Caballero. Llevaba tanto tiempo en ese calabozo, sin noticias sobre los acontecimientos del país, que no sabía cuáles de sus preguntas pudieran ser contestadas. ¿Se habría declarado ya la guerra que amenazaba con azotar al país? De nuevo, pensó en su vecino. Un olor a naranjos se apoderó de sus sentidos. Respiró hondo y sintió la esperanza de compartir sus pensamientos e ideas con alguien. ¿Qué estaría soñando ahora? ¿Cuáles eran sus ilusiones? ¿Sus creencias? ¿Cómo pensaba? ¿De dónde venía?... —la duda lo asaltó: ¿por qué estaba allí? ¿Quién sería ese joven?... tal vez hubiese sido tildado de extremista, ya bien comunista o quizá falangista, cuando pudiera haber sido reaccionario como muchos de los jóvenes de aquella región. Si bien no eran muchos los llamados a parar en esa “gruta de la impiedad” —como había bautizado al calabozo— por más reaccionarios que fuesen, el caos y el terrorismo ya comenzaban a plagar al país desde que él fue encarcelado. En su caso, durante las caóticas huelgas del 35, se le acusó de nihilista por sus escritos filosóficos que habían despertado demasiadas inquietudes en sus estudiantes. En realidad, no lo era. Desde que comenzó a ejercer la cátedra de filosofía en la universidad, se había mantenido al margen de toda política. Lo que tal vez pudiera habersele adjudicado en su contra fue la publicación de un libro en el que elaboraba una teoría sobre la autoridad; pero no de raíz política, sino filosófica. Basándose en una máxima del *Manual de Epicteto*, que

decía más o menos, “ningún hombre es libre si no es dueño de sí mismo”, deslindó por medio de la dialéctica la problemática del “ser-libre” y “dueño-de-sí”.

Muchas veces recordaba el día fatídico, cuando de regreso a Barcelona de un corto viaje que había hecho a Madrid para conocer a su gran amigo epistolar, Ramiro de Maeztu, le asaltaron en el camino llevándolo vendado hasta la prisión de Lérida. Sintió alivio cuando supo que no lo llevaban a “Las Ventas”, o a “La Modelo”, o a la de Alcalá de Henares, pues se había hecho popular la leyenda de que de allí llevaban a los presos a algún lugar en las cercanías y los ejecutaban dejando los cadáveres en el camino. Muchas veces pensó en su amigo Ramiro, y cuál habría sido su destino. Era un joven inquieto, como él, en búsqueda de la verdad. Era un chico profundamente espiritual y de muy nobles ideales. Lo impresionó su expresión adusta, su penetrante y noble mirada, y el contraste entre la austeridad y la melancolía de su semblante. ¡Si Ramiro supiera donde él había parado! Pensó de nuevo en el recién llegado, y comprendió como tal vez nunca pudieran llegar al fondo de las causas del encarcelamiento de ambos. A él, al menos, nunca se le mencionó la existencia de ningún decreto el cual estableciera el motivo ni el tiempo que debía cumplir condena. De pronto, un pensamiento ensombreció su dulce rostro: —¿Y si me ejecutan?... no... yo no pertenezco ni a un bando ni al otro... jamás le he hecho daño a nadie... —y pensó algo que lo calmó: —el país se encuentra en un estado demasiado caótico para que vengan a ocuparse de alguien tan marginado como yo—. Recordó hechos desde la proclamación de “la niña bonita” (la República), y cómo desde entonces se estaba incubando el parto de la guerra: los crecientes conflictos entre los anarquistas y los comunistas, ya bien los partidarios de Trotsky o los de Lenin; la Falange y la República; las

nuevas leyes, la Reforma Agraria, la Ley de los Cultivos; los debates en las Cortes; los conflictos para establecer el plebiscito para el Estatuto Catalán, la repentina muerte de don Francisco Macía, Lluís Companys y el “Estat Catalá”, las insurrecciones ante la CEDA; el separatismo vasco, el resurgimiento de innumerables dirigentes y grupos insurgentes; “los leones rojos”, “los lobos grises”, “las Brigadas de hierro”, Franco, ¡los fascistas!, Europa ardiendo... todo esto alimentando el fervor español... el paro, las huelgas, el pueblo armado, los asesinatos en las calles, los saqueos a iglesias y conventos... la España invertebrada de Ortega... y... ¿cuál sería ahora el barómetro político en la dialéctica entre los falangistas, fascistas, anarquistas, comunistas, el P.O.U.M., los derechistas... los izquierdistas...

Comenzó a dar vueltas de un lado al otro en aquella estrechez de su camastro, sin poder salir del laberinto en que se habían metido sus pensamientos. “Abyssus abyssum invocat”, recordaba como estribillo, como ritmo, esta frase de los salmos de David. Hacía mucho tiempo no pensaba sobre la política, prefiriendo profundizar en temas más filosóficos. Se sintió aturdido. Un fuerte dolor de cabeza amenazaba apoderarse de sus sienes, cuando con un acto de voluntad, se concentró en el olor a naranjos y poco a poco fue sintiendo que ya su soledad era más soportable que antes, abandonándose en las oscuras manos de la ilusión.

—“No le daba el sol ni le daba la luna / no le daba el sol de la buena fortuna...”

—entonaba el carcelero montañés como todas las mañanas, cuando traía la comida del día.

—¡Qué sol, ni qué luna, ni qué carajos va Ud. a cantar sobre la buena fortuna en este pudridero de musgos!!! —gruñó Delio, quien acababa de despertar con un humor de perros. Sin hacerle caso omiso, por las barras de hierro, el carcelero le tendió a Delio un sopero de barro con la acostumbrada sopa de cocido y una ración de pan de cuchareta que sabía a rayos. Advirtió el carcelero, que aquel mozo traía los labios empastados en sangre seca, y se sacó del bolsillo un pañuelo de hilo blanco que le tiró sobre sus hombros. Mientras el montañés se alejaba, Enrique reaccionó: —No se ponga Ud. así, hombre, que siempre es mucho más agradable ser despertado con una canción que con un culatazo en la espalda. Ya verá que pronto se acostumbra... —le dijo a su vecino, creyendo comprender la indignación que exhalaban sus palabras como una reacción natural a su nuevo statu quo, por la sensación de frustración e impotencia que se siente al verse uno en cautiverio. De pronto, una voz ronca sorpresivamente le responde:

—¡Cuánto tiempo debe Ud. haber estado aquí para pensar que a esta mierda se reduce toda la vida! —dijo el recién llegado con amargura.

—Sí, ya llevo un par de... —iba a decir “años” cuando comprendió que no había llevado la cuenta del tiempo que llevaba encarcelado. Y cambiando de tema, prosiguió:

—Ya por su voz noto que anda Ud. más repuesto, pues ayer apenas pudo pronunciar palabra...

—Sí. Al menos puedo hablar... el día que no pueda... no sabría qué... creo que me quitaría la vida...

—¡Hombre!... ¡es Ud. muy radical!

—Llámeme Delio. Soy Delio Caballero, aragonés.

—¡Ah... ya! Yo soy Enrique Vergara de Bode, catalán. Siento no poder darle un abrazo... si fuesen otras las circunstancias, diría ‘un abrazo de bienvenida’.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Las circunstancias! Estamos encarcelados, como reos de la peor calaña. No, ni siquiera eso, pues al menos a ellos se les concede un juicio. ¿Y a nosotros? ¿Acaso a Ud. se le comunicó algún decreto?

—No... ni creo que sea ningún proceso judicial el que me absuelva de la condena —pensando: todos somos culpables, el crimen es lo que aún desconocemos. —Espero que este encarcelamiento no sea por mucho tiempo.

—Pues bastante optimista es Ud., Enrique. No llevo aquí ni horas, y creo que nunca más volveré a ver el sol de mi patria. Todo anda de patas arriba.

—Dígame, Delio, ¿ya ha sido declarada la guerra? —preguntó con cierta ansiedad.

—Sí. Estalló el 18 de julio del 36 con un llamado del General Franco a los ¡Españoles!, que dice, “A cuantos sentís el santo amor a España...”. Al ejército del General Franco ya lo van secundando las provincias del noroeste, excepto Asturias, algo de Santander, las Vascongadas...

—¿Y cuál es la posición de Hitler y Mussolini?

—Pues apoyan a los nacionales. El mismo día, el 18 de julio, Franco le alquiló a los alemanes un transporte aéreo para volar de Tetuán a Sevilla; y dos días

después, llegaron a Marruecos la aviación italiana y los barcos de guerra alemanes para ayudar a la guerra.

Dígame, Enrique, ¿desde cuándo está Ud. aquí?

—Desde el verano del 35 —le contestó, explicándole cómo había sido detenido en el camino cuando regresaba a Barcelona.

—Y Ud., Delio, ¿cuáles fueron las circunstancias que lo trajeron hasta acá?

—Todo fue muy confuso. Trabajaba como todos los santos días de mi vida en una pequeña hacienda colectiva aragonesa que le pertenecía a mi padre, y donde nací. La llamamos la O.I.A. (Organización Independiente de Aragón). Está situada en una pequeña aldea al norte del Ebro a pocos kilómetros al sur de Zaragoza. Ni siquiera se encuentra en un mapa local. Vivíamos en tensión: por un lado, los nacionales; por otro, los comunistas... y los peores de todos... una familia anarquista que quería tener completo control de todo. No hace ni tres días, las patrullas de camino anunciaron que los nacionales iban extendiendo el Frente Aragonés, ganando territorio. En seguida fuimos a las barricadas tomando las armas para defendernos. Una bomba cayó cerca de donde estábamos... ¡de milagro estoy vivo!... corrí en busca de mis padres y mis hermanos, y vi que una refriega había acabado con la aldea en que vivía con mi familia. No recuerdo más... no sé el destino de mis padres ni el de mis hermanos —se le quebró la voz y con esfuerzo, continuó: —Esta es una de las guerras más sangrientas de la historia...

—De nuestro país —replicó Enrique.

—No, de Europa. Esta guerra civil es sólo el comienzo de algo mucho peor que arrasará si no con nuestra raza, con otras...

—¡Llevo tanto tiempo aquí!

—Entonces, tampoco estará enterado de la coalición izquierdista que logró subir al poder bajo el Frente Popular con un tal Manuel Azaña de presidente.

—No. ¿Cuánto tiempo hace de esto?

—Fue antes de la guerra, claro está. No hace apenas un año. A ver... sería alrededor de mediados de febrero del 36.

—¡Aquí uno no se enterar de nada! Yo no recibo cartas... mi familia no sabe dónde ando... tal vez me crean muerto.

—...tal vez los míos también me crean muerto. Éramos una familia muy unida... —casi susurró, sintiéndose ya apesadumbrado. Aquel diálogo con Enrique lo afligió al comprender la oscuridad en que había vivido aquel ser por tanto tiempo, y ahora amenazaba su destino también. Se sintió sin fuerzas para continuar hablando, y se excusó con su compañero, explicándole que tenía que comer y descansar, porque todavía se sentía débil y le dolía mucho la garganta.

Después de comer, Delio se tiró en el camastro, vencido por la oscuridad de su destino; y con el brazo como almohada, se durmió pensando cómo vencer la tiranía de su nuevo espacio cuya opresión sentía amenazar su vida. Y Enrique, se acogió al silencio, siempre bienvenido, para poder reflexionar sobre aquellos datos que ya iban poblando la soledad de su pequeño mundo.

Al despertar, sintió un renovado vigor, y con su característica agilidad, se arrojó del camastro, al cual con fuerza y resolución, plegó a la pared para tener más espacio. Notó hacia un rincón de la celda, detrás de los barrotes, el sopero de barro con el cocido y el pan que el carcelero debió dejarle casi de madrugada. Calculó por la poca luz que parecía luchar por colarse entre aquellas barras de hierro de la aspillera, que era mediodía. Se quitó la camisa de franela roja, y en cueros, en el poco espacio que ocupaba aquel vejestorio donde dormía, tendió su 1,75 de estatura. Sobre las polillas comenzó sus acostumbrados ejercicios matinales: primero, sentado con los pies juntos, con las manos entrelazadas sujetando la nuca, inclinó el torso hasta tocar con un codo la rodilla opuesta, y con el otro, la otra, sin despegar las piernas que férreamente adhería al piso de baldosa. Después, todavía acostado de espaldas, hizo ejercicios de flexión de rodillas. Con un saltó enérgico, cayó de pies. Por último, hizo ejercicios isométricos, robusteciendo aún más la firmeza de sus varoniles carnes.

A pesar del frío que se colaba en aquella celda, sudoroso abrió la llave de un diminuto lavamanos por el cual salía un agua heladísima. Con mil dificultades comenzó a lavar su viril cuerpo, que desasosegado le reclamaba ahora aquel cocido ya frío. Con firme ánimo desplegó el camastro de la pared, se recostó, desayunándose aquel cocido que ya le sabía mucho mejor.

Así enclaustrado en el silencio del mediodía, dio fuga a sus pensamientos, analizando la situación en que se encontraba. —¿Cómo escapar de aquí?—

Aquellas celdas eran como fosos naturales excavadas paralelamente a lo largo de un túnel rocoso. Frente a ellas sólo daba la superficie cóncava de las calizas paredes del túnel. —¿Tratar de abrir las celdas?— Esos barrotes debían pesar unas toneladas, asegurados aún más por unas gruesas cadenas de hierro. No... escapar era imposible. —Y... si Rolando o Juan Luis me pudieran ayudar... pero, ¿cómo?... A no ser que... ¡El carcelero!, claro está. Sí. Tal vez él pueda enviarles una carta... pero... ¿Cómo es posible que Enrique no haya tratado ya de ponerse en contacto con el mundo exterior con la ayuda del carcelero? ¿Habría tratado?— Al pensar en él, se extrañó de su silencio... pero lo prefería... quería pensar. Recordó su diálogo con Enrique, a quien no le supo explicar el porqué de su encierro precisamente allí, en Lérida. Ahora, ya más tranquilo, pensó que probablemente la refriega fuese un acto terrorista de una familia anarquista aragonesa que había ido adquiriendo poder por medio de sindicatos, proponiéndose controlar por medio del terrorismo, todo Aragón. ¡Aquella Francisca que se hizo pasar por amiga de su madre!... como su familia no accedió a firmar aquel “Pacto de la Unidad” de la U.G.T., al cual Francisca y sus “negros zorros” se habían afiliado recientemente... Sí... eso fue... Un acto de terrorismo como represalia a su familia. Varias veces oyó cómo les amenazaban... ya iban extendiendo su poder y últimamente su padre había tenido dificultades en obtener el cobro de varios cheques si no eran firmados por don Fermín... Un escalofrío de pronto lo sacudió. Como si tuviese un gramófono allí escuchó la voz de su madre llamando con insistencia a su hermano menor de trece años: “—¡Juliancito!!!, ¡Juliancito!!! ¿Por dónde se habrá metido ese mocoso? ¡Juliancito!!!”. Ahora oyó la voz de su hermano contestarle: “—¿Qué pasa, madre??? ¡¡Venga, venga, madre, por acá, por el coto... que están ordeñando las vacas!!! —gritó Juliancilio con su voz de pitido.” Delio, que iba por la vereda, camino a casa de su novia Eugenia, volvió

a escuchar la voz de su madre que le gritaba a Juliancito con determinación: “—¡Hijo, ni se te ocurra!!! —ordenándole a continuación: —¡Regresa inmediatamente!!! ¡Si no tenemos pan de trigo, nos queda la honra... Que aunque estemos en los huesos...” —a lo que Juliancillo interrumpió para gritarle: “—Hay que aprovechar, madre, que al menos no seamos huesos fáciles de roer, mire que el águila no cría moscas...” y diciendo esto, llegando Delio hasta él. De pronto, los truenos de una ametralladora se oyeron a lo lejos. Simultáneamente, Delio le cubrió la cara a su hermano llevándola hacia su hombro, a la par que veía cómo tres figuras vestidas de caqui y quepis caían bañados en sangre. Poniéndole la mano como mordaza a su hermano, todavía ambos escondidos detrás de unos setos de orgaza a varios metros de distancia del corral, vio a don Fermín con el fusil al hombro, gritándole a unos peones ‘de brega’ de aquella hacienda que arrojaran aquellos cerdos al río cercano. Cuando aquellos matarifes se perdieron en el negror del humo, Delio agarró por un brazo a su hermano menor, y con cuidado de no hacer ruido ni que los viesen, lo alejó de allí. No muy lejos vio a su madre cómo corría desesperada por aquel trecho creyendo que la vida de su hijo había peligrado. “¡Mis hijos!!” —exclamaba llorando. “Gracias, Dios santo!!” —y abrazándolos con unos sollozos que sacudían su envejecido cuerpo, les susurró con toda ternura: “¡Ha sido un milagro que los ‘zorros’ no nos hayan oído. Podías haber sido tú, Juliancito!!!.” “Nunca más, madre. No se preocupe Ud.” —desde aquel día nunca más se volvió a mencionar aquel incidente.

—¡Delio!! ¿Anda despierto? —casi gritó Enrique rompiendo el hilo fino del panorama de sus dolorosos recuerdos. Se alegró de que así fuese, y le contestó:

—Sí. Llevo horas despierto. Hice ejercicios y estuve meditando. ¿Y Ud., Enrique, a qué tanto silencio? ¿Acaso andaba echando una siesta?

—Pues sí. .Desperté temprano, comí y después de garabatear un rato el pergamino de mis sueños, me dormí no sé cómo.

—¿Qué sueños, Enrique?

—No sabría cómo explicárselo.

—Pues bueno, trate.

—Se reiría de mí.

—No estaría mal reírnos un poco.

—No. No se trata de un chiste, ni castañuelas, ni bailes de pandereta... Es algo que sentí y fui pincelando en mi imaginación. Quise darle forma, pero todavía me queda mucho por trazar.

—¡Adelante, Enrique!

—Pues es un punto, un centro cósmico que va irradiando desde las profundidades, el corazón de un universo envuelto en llamas —como una zarza ardiendo—. Desde su consumación va descubriendo un sentido de plenitud a medida que va enriqueciendo elementos proteicos que van girando en su propia evolución —dijo callando de repente, como si se avergonzase de su propia visión. Consciente de que Delio tal vez no hubiese entendido lo que él quiso expresar, añadió con un toque humorístico: —Tal vez esto que le acabo de decir sea la interpretación de un catalán medio loco sobre una flameante jota aragonesa...

—Enrique... ¡yo la bailo con mi Eugenia y... muy bien! —hizo una pausa, y le dijo: —La verdad es que su sueño es algo complicado, pero quisiera poder entenderlo. ¿Cómo es eso de que algo se consuma y a la vez, vaya enriqueciendo otras cosas... no entiendo... —admitió con humildad.

Enrique, desprevenido, no esperaba que Delio se detuviese en ese punto, precisamente, y le confió: —Yo todavía no he podido dilucidar todo su significado, aunque muchas veces lo he asociado con una caldera al fuego, cuyo fondo quema, pero coce el pan de todos los días... es como la noche que el sol del día consume para la vida... es como el sacrificio del parto de una madre que ofrece una vida a expensas de la propia... es como la deidad Abraxas que abarca los contrarios...

—Por lo que me describió, me parece que no se trata de dos cosas contrarias. Mientras me describía su sueño, no pude dejar de pensar en... ¡Dios!

—¡No! —saltó Enrique. No es eso... no se trata de Dios —volvió a repetir, como reafirmandose en la negación de su propio pensamiento.

—Dígame, Enrique, ¿Ud. cree en Dios?

—No. No puedo creer... lucho por creer... no tengo bases para afirmar su existencia, y sin embargo, no la puedo negar del todo. Yo siempre he dudado... he dudado de todo... es mi mal —le descubrió, añadiendo: ¿Y Ud. cree en Dios? —preguntó en un tono como si esperase una respuesta que lo absolviese de su culpa.

—Sí. Siempre he creído. Tengo una profunda fe en Él. Mi madre también es creyente. Mi padre... no lo sé. El fue militar, después se hizo cura por su devota fe, y desengañado de la vida religiosa, colgó los hábitos y poco después

se casó con mi madre, María Cristina, campesina de gran belleza e inteligencia —añadió con orgullo.

—Quiero conocer su historia, Delio.

—Sí, Enrique, y yo la suya... parece ser Ud. un hombre muy soñador, muy espiritual.

—Sí, Delio, lo soy, aunque no sea creyente.

—De eso hablaremos mucho... No se necesita ser creyente para tener una visión espiritual y profunda del mundo y de las cosas.

—Eso es cierto. Sabe, Delio, espero que lleguemos a ser muy buenos amigos... que podamos compartir mucho de nuestros sueños, pensamientos e ideas.

—Así lo espero también, Enrique. Por lo pronto, descanse.

—Lo mismo.

Mientras Delio fue entregándose a un impulso innato a meditar; por primera vez, Enrique fue sintiendo un nuevo resplandor transfigurando la penumbra de su mundo interior.

* * *

Abrió los ojos a la claridad de la aurora, pero todavía soñando, creía que soñaba. Se frotó los ojos como acostumbraba, pero no logró esta vez despertar el olvido para que se apoderara de la lumbre que iba bañando las honduras hasta su fin. Ajustó la vista hacia la meta prevista y vio la boca iridiscente del

túnel invitándolo a salir. Impulsado por una fuerza superior, sintió sus manos asir el borde rocoso. Al asomarse, el esplendor de la luz solar le hirió la vista, sólo percibiendo lucecillas diminutas que en vertiginoso girar, se iban perdiendo en una espiral aciclonada. Quedó así por varios minutos que le parecieron una eternidad, cuando sintió que lo empujaban y cayó en una piscina. De pronto, sintió como púas o espigones de cuchillo llagarle las carnes, y se vio, con terror, rodeado hasta la cintura de todo tipo de hueso humano: calaveras, clavículas, costillas, fémures, esternones, vértebras... aquello era un calcinatorio... Bordeando aquel estanque vio clérigos momificados, desmembrados... Uno de ellos, que parecía ser un obispo, tenía anquilosado en los huesos de la mano derecha, un crucifijo franciscano tallado en madera; y en la otra, alzada en saludo militar, un pañuelo con listas diagonales rojas y negras. Percibió hacia el ábside de la catedral, el fulgor de un esqueleto sobre la sacristía, con una cabellera larga y dorada cayendo al pie del altar. Suspendida en el aire, sobre su pecho, resplandecía una custodia visigótica en cuyo arco superior sostenía una hostia malva fosforescente. Poco a poco aquel resplandor lo fue absorbiendo hasta llegar a sus ojos...

“—ni le daba la luna / no le daba el sol de la buena fortuna...” —cantaba el carcelero in crescendo a medida que iba aproximándose.

Comprendiendo que ya estaba bien despierto, percibió la figura del montañés agachándose para dejarle en el suelo, su acostumbrada ración. Mientras tanto, Delio despertaba a medida que la tonadilla iba penetrando su celda. Quiso entablar conversación con aquel ser en el cual ahora cifraba sus esperanzas. A la par que el carcelero entona las notas ‘de la buena fortuna’, Delio aprovecha para decirle:

—Pues hasta aquí me llega, al menos con ese cocido que trae fielmente todos los días. Y mayor fortuna fuese, si pudiésemos hablar.

—¡Mi misión queda cumplida con este acto, que yo no soy salvavidas de nadie!

—casi gritó malhumorado alejándose.

—¿Y qué le hace pensar a Ud. que pueda ser el salvavidas de nadie!!!

—¡Delio! —le gritó Enrique. —Cuidado, hombre, que si le pizca, por mucha clase que tenga, es natural que salte como un león enjaulado!... Y después...

—...pues yo no le temo a ése ni a los demás —le interrumpió. —¡Aquí estaré hasta que Dios lo quiera, pero no me voy a quedar callado cuando tengo algo que decir!

—Tal vez por eso yo esté aquí... yo nunca callé, siempre dije lo que pensaba, y quién sabe si sea por eso que estoy aquí ahora. Y soy inocente... bueno... digo... que lo que dije no lo supieron interpretar, o lo interpretaron mal, según la capacidad de cada cual, desvirtuando lo que decía. Muchos creen que si algo es tal como a ellos les parece, juran por ello sobre la tumba de sus padres muertos... y no hay quien los saque de allí. ¿Por qué cree Ud. que este hombre está aquí?

—Pues no lo sé. Tal vez Ud. quiera que le conteste que es porque no puede hacer otra cosa, pero no lo creo. Son muchas las circunstancias que pueden llevar a un hombre en un momento determinado a hacer algo muy lejos de su capacidad. Mire a mi padre.

—Pero no por mucho tiempo.

—Estoy firmemente convencido que todos llevamos una gran capacidad de adaptación pero ello no nos limita a una visión estrecha del mundo —le rebatió Delio.

—Sí... pero no es la capacidad de adaptación a alguna circunstancia, sino la capacidad para sostener una situación cuyo molde no es la del alma propia. Cuando se respira mucho un aire impuro reventamos como la piel del cuero bajo el sol...

—La capacidad para sostener una situación que no es la más indicada a nuestro carácter depende de la meta que uno se trace...

—...pero mientras llevemos un uniforme puesto, ya bien sea caqui o azul, a él nos debemos mientras lo llevemos puesto...

—...aunque lo llevemos puesto, un uniforme no subyuga nuestros pensamientos o sentimientos... —continuó rebatiendo Delio.

—No, pero sí a la conducta que nos exige —afirmó Enrique y añadió: —si bien no siempre se conoce a una persona por la conducta de sus acciones, al menos ésta descubre hasta qué punto puede uno llegar a traicionarse...

—No se puede hablar de traición, que es una forma de juzgar, cuando se mantiene la fidelidad hacia una meta.

—Yo creo que la traición no es simplemente ‘una forma de juzgar’, sino de distorsionar la fidelidad que nos debemos a nosotros mismos. Sabemos cuándo hemos caído en ella, porque llegamos a desconocernos. La fe en nosotros mismos es la forma más alta y pura de cualquier acción.

—No, Enrique. La forma más pura y noble de cualquier acción es la que nace de la fe en Dios.

—El llevarla a un objeto externo, ya bien sea ‘la humanidad’ o a ‘Dios’, no es sino una forma de traicionarnos a nosotros mismos... porque estamos responsabilizando a otros por nuestras acciones. Somos nosotros mismos los responsables de ella.

—La responsabilidad de nuestras acciones no indica que se la dejemos a Dios o a la humanidad porque hacia ellos vaya dirigida.

—No siempre, pero es fácil adjudicársela cuando algo no sale bien, como esperábamos, o cuando llegamos a ser el blanco de las incomprensiones de otros. Sólo la fe en nosotros mismos nos salva de la vida. Cuando esta fe se entrelaza a la de otros, cuando dejemos de exigirles a los demás porque los creamos capaces de lo que tal vez no puedan llegar a hacer, o ser, cuando no le exijamos al otro el pago a ‘nuestras buenas intenciones’, entonces, y sólo entonces, podremos vivir todos en paz —acabó diciendo Enrique como punto final a sus observaciones.

—Ahí está la cosa... ¿no cree que la fe en Dios nos hace sentirla en los demás? ¿No cree Ud. que cuando sentimos esa fe en los demás, ellos mismos reaccionan descubriendo en sí un potencial que desconocían?

—Sí... pero he visto también a otros retroceder por el temor a ser sorprendidos por su propia incapacidad. Observo, por todo lo que me dice, que tal vez Ud. tenga demasiada fe en la gente, Delio.

—No veo por qué no deba tenerla.

—Tal vez sea muy joven.

—No tanto... nací el catorce de abril de 1913. Calcule Ud.

—Delio: tengo algo que confesarle... no sé a cómo estamos.

—Yo también he perdido la cuenta de los días que llevo aquí. Debiera llevarla.

—Hace cuatro días que está en esta 'gruta de la impiedad' —decía cuando Delio suelta una carcajada por la ocurrencia de su amigo.

—Y ya me parece que llevo aquí una eternidad, aunque conversando con Ud. el tiempo se va más rápido... es como si las palabras fueran sus alas —hizo una pausa y continuó: —El día de la refriega, y supongo, el mismo día en que me trajeron hasta acá, inconsciente, fue el diecinueve de enero del 37.

—¡Dios santo! ¡Llevo aquí sólo año y medio y me parece como a Ud. que ha sido una eternidad! ¡Y pensar que no hace ni un mes fue Nochebuena, después Año Nuevo, y yo, ni enterado! —iba diciendo mientras su voz cobraba otra modulación: —Es como si lo bueno y lo nuevo quedara para mí en la oscuridad del desconocimiento... o mejor decir... del misterio... —iba divagando.

—¿Enrique, contéste me algo: tengo curiosidad por saber cómo es que Ud. no ha tratado de entablar conversación con el carcelero o le ha pedido que se comunique con su familia? —le preguntó Delio con cierto candor.

—Sí, al principio traté, pero obtuve los mismos resultados que Ud.: una frase desagradable, un girar sobre los talones dándome las espaldas. Desde entonces, no he vuelto a intentar.

—¡Pero eso hace más de un año! ¿Y todo este tiempo ha estado Ud. callado?

—Sí, hasta que Ud. llegó. Muchas veces me creí mudo, y hablaba en voz alta para oírme y convencerme que todavía podía hablar, aunque temía que si

hablase con alguien, lo único que pudiese expresar fuesen sonidos o monosílabos ininteligibles...

—Suenas Ud. algo fatigado, Enrique. Debiera descansar.

—Sí, ahora lo haré. Creo que ya es la hora de mi acostumbrada siesta —se excusó.

—Y yo, a mis ejercicios matinales que hoy no los he hecho.

Y pensando en Enrique, una frase comenzó a marcar el ritmo de sus movimientos: ¿cómo voy a sobrevivir esta oscuridad, este encarcelamiento?, mientras Enrique, pensando en su diálogo con Delio, iba recordando su propio sueño, abandonándose poco a poco a las extrañas imágenes que visionariamente comenzaban a girar en su torno.

* * *

Aunque no había podido dormir bien en toda la noche, porque la acostumbrada siesta duró más de lo acostumbrado, desvelándolo un buen rato, despertó con la tonadilla del carcelero. No pudo refrenar el impulso de preguntarle:

—¿Es Ud. montañés?

—Sí, de Reinosa —y afablemente continuó: Mi padre nos trasladó a Pamplona donde pasé mi juventud hasta llegar aquí.

—¿Y este empleo, lo heredó Ud. de alguien?

—No, aquí me refugié, pues mi familia quería que me uniera a los requetés, pero en honor de la verdad, no me veía disparando tiros a tuestas y siniestras por una bandera que lo mismo da que tenga el color rojo y gualda o roja y negra. Todo es lo mismo. Mi vida no va a cambiar por eso. Al menos, aquí se está tranquilo uno sin que lo molesten. Ahora, con su perdón, me tengo que retirar pues nos miden el tiempo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, y gracias.

—¿Gracias, por qué? —decía mientras se alejaba.

—Por sus confidencias —le respondió pensando en que ya no lo escuchaba.

—¡Ha dormido Ud. mucho, Enrique!

—¿Y Ud. ha hecho ya sus ejercicios?

—Ahora... ahora voy... acabo de despertar. Es bueno madrugar, ¿no cree?... después hablaremos...

—Sí... tenemos mucho que hablar.

* *

Mientras Delio hacía sus ejercicios diarios, Enrique pensó que no sería mala idea tratar de hacerlos él también aunque no tuviese mucha energía... tal vez de esa forma la pudiese adquirir. Se levantó impulsado por esta nueva idea, y comenzó a hacer ejercicios de flexión. A medida que los hacía iba respirando profundamente, y después de un rato, se sintió con renovados bríos.

—¡Delio! ¡Qué bien se siente uno después de ejercitar los músculos entumecidos!

—Ya ve, hombre, y verá qué bien se irá sintiendo día a día, que también ayuda a la circulación; y después se puede pensar con mucha más claridad.

—¿Sabe, Delio? Había estado pensando que cuando salgamos de aquí —si Ud. así lo quiere— haré lo posible para que se matricule en la Universidad.

Delio, sorprendido por estas palabras tan Armes de su amigo, comenzó a sentir la claridad de un nuevo futuro.

—¿Y cómo pudiera hacerlo?

—No sería difícil con mi recomendación. Llevaba varios años ejerciendo la cátedra de filosofía en la Universidad, antes de mi encarcelamiento. Cuando todo vuelva a la normalidad, haré las gestiones necesarias.

—Gracias, Enrique. Siempre quise continuar con mis estudios pero me ha sido imposible.

—Cuénteme de su vida, Delio.

—Bueno... —después de una pausa dijo: —ya le hablé de mi padre pero aún desconoce mi historia. Mi padre heredó dineros y una parcela no muy lejos de donde mi madre había nacido. Era una campesina muy bella, quien luchando contra el medio ambiente, se hizo maestra. Ellos se conocieron en un baile local que todos los sábados daban los aldeanos de aquella región. Mi madre asistió de casualidad, sólo para acompañar a su hermana menor. Mi padre cuando la vio, se enamoró perdidamente de ella. Y ella de él. Al cabo de un par de años, acabaron casándose. Mi padre accedió a que ella renunciase a su

profesión, porque ella quería tener familia y mi padre tenía los medios para mantenerla. Vivían felices en la parcela que mi padre había heredado, y allí mi madre dio a luz a sus seis hijos: Juliancito, ahora de trece años; Alicia, de dieciséis; María Elena, de dieciocho; Juan Luis, de veinte; yo de veintitrés, y mi hermano Rolando, el mayor, de treinta años. Entre mi padre y mi madre se repartían nuestra educación. Mi madre nos enseñó matemáticas, idiomas (el catalán y el francés) y las ciencias naturales. Mi padre, la historia y los dogmas de la iglesia. Los hermanos nos ayudábamos unos a otros con los deberes escolares por las noches, mientras por las mañanas, trabajábamos en el campo. Así fui creciendo, observando en la naturaleza, las enseñanzas de mi madre. Ella tiene una inteligencia natural que a todo le saca una filosofía. Es sabia —y después de una pausa, continuó:

—A mi padre le fue muy bien. Vendía las cosechas a buen precio y poco a poco fue aumentando el número de los jornaleros a medida que iba comprando más terreno. Entonces, las cosas se fueron complicando. Los jornaleros comenzaron a trabajar a sueldo fijo, viviendo en los terrenos de 'mi padre. Los sindicatos comenzaron a exigirle firmar contratos. Según decían: era la ley. Nos hallábamos rodeados de haciendas colectivas que los sindicatos iban controlando... y así caímos nosotros también. Descubrimos poco después que podíamos mantenernos independientes de aquellos que controlaba el gobierno central. Había algunos anarquistas como nosotros, todavía independientes...

—Entonces, ¿es Ud. anarquista? —preguntó lo que ya había sospechado.

—Sí, lo soy, pero no soy comunista. Los anarquistas no somos comunistas, aunque muchos nos han tildado de ello, tratando de desacreditarnos. Hasta al P.O.U.M.

—afiliados ahora a los comunistas— se les llama partidarios de Trotsky.

—¿Y cómo su padre, habiendo sido militar y cura, pudo llegar a ser anarquista?

—Por rendición... porque al menos era un camino... después de un profundo desengaño con todo lo demás —trató de justificarle.

—¿Y Ud., Delio, cree en el anarquismo?

—Sí, aunque no de una forma tan radical como andan algunos por ahí... He observado cosas muy positivas que me han convencido: por ejemplo, la economía de cada región debe de ser controlada por sindicatos, sí, pero locales... Estos han mostrado ser de un gran apoyo al obrero. A mi padre, por ejemplo, le han ofrecido beneficios que él nunca hubiera obtenido de otra forma. El peligro está en los sindicatos centrales que han pactado con los comunistas, y ya van controlando a casi todo Aragón. Bueno... no todo Aragón, pues ya el oeste se rindió al general Miguel Cabanellas, de los nacionales. Pero al menos, la parte de Aragón que todavía no ha caído bajo el dominio de éstos.

—¿Y la refriega de la cual me hablaba... no habrían sido los nacionales?

—No, no creo. Luchábamos contra ellos y estoy seguro que Francisca y familia se aprovecharon de las circunstancias... Nuestra mayor lucha ha sido contra esas haciendas que pactan con cualquiera violando su propio honor. Para mí, ellos de anarquistas no tienen nada... son unos aprovechados...

—¿Hasta qué punto violan su propio honor?

—Matando... asesinando y valiéndose de las armas del terror. Su meta es el control...

—¿Y justifica Ud., Delio, los principios por la meta? —dijo Enrique volviendo al diálogo que habían tenido anteriormente.

—En este caso no. Violan su propio honor porque la meta que escogen viola el principio de la libertad ajena...

—¿Y qué es la libertad para Ud., Delio? —preguntó interesado ahora por un tema al cual le había dado vueltas desde hacía días.

—La fidelidad entre la conciencia y la acción —respondió con sencillez.

—Entonces, siguiendo su lógica, no debiera de condenar a los anarquistas que hacen eso mismo... sus acciones son fieles a sus principios.

—¡Los condeno! porque esa fidelidad choca con la de aquellos que no sienten como ellos. La violencia no conduce más que a la violencia...

—Es el eterno choque...

—Ahora le recuerdo una frase suya: ‘si no le exigiéramos a los demás’ —y la completo con una mía: ‘el derecho a ser distintos’, sería acceder a nuestra propia muerte. Los de Aragón no son como los andaluces, ni los catalanes como los extremeños...

—...pero habría paz...

—¿Paz? ¡A costa de sacrificar nuestra propia individualidad por ‘quién sabe qué’ en común!... Ahora... el que parece anarquista es Ud., Enrique. ¿Es anarquista?

—No, Delio. Ni anarquista, ni falangista, ni derechista, ni izquierdista...

—Entonces, ¿qué diablos es Ud.? —dijo impaciente.

—Un pensador. Yo siempre he sido apolítico, y ahora, mucho más, metido aquí, lejos de todo lo que sucede en el país. No tengo bases para analizar los distintos partidos existentes en la actualidad. Antes, veía algunos con recelo; ahora, mucho más.

—Enrique... Ud. habla de la política como si fuera algo ajeno a la condición humana, y precisamente por ser seres sociales, y vivir en comunidades de intereses, somos políticos. No es cuestión de intrigas en el gobierno... sino una condición distintiva de cada uno como seres humanos.

Enrique, quien de nuevo no esperaba esta salida, reconoció que Delio tenía razón: —Por la forma en que se expresa, a veces lo pienso mayor de lo que es.

Delio, algo turbado, cambió el tema: —¿No le parece que ya hemos hablado demasiado de mí? Sin embargo, de Ud. no sé nada... bueno... me refiero a su historia personal...

—Sí, Delio, mañana le cuento. Ya mañana hablaremos —dijo algo fatigado.

—Sí, Enrique, mañana hablaremos. Por lo pronto, descanse.

* * *

Fue sintiendo un olor a naranjos que parecía haber penetrado en toda su celda, en su cuerpo, en sus células... respiró hondo a ver si sentía el olor a

humedad de las paredes, pero no lo consiguió. Se sentía extraño, era una sensación muy nueva, unida a una energía que hacía mucho tiempo no tenía. Se levantó de un salto, estirándose y ejercitando de nuevo, su cuerpo. Desde el día anterior, se había comenzado a sentir mucho mejor. Durmió profundamente. ¡Qué bien se siente uno amaneciendo... adelantándose al día antes que éste cobre fuerzas y consuma nuestro vigor! ¡Me siento dueño del mundo! ¡Quisiera romper esos barrotes e irme de aquí, volar hacia otros mundos, hacerle el amor a una hermosa mujer! ¿Qué será de Carmencita? ¡Aquella hermosa trigueña de ojos verdes que tenía locos a todos en la Universidad! Recuerdo sus pechos... su piel tan blanca, tan invitadora. Me parece estar recorriendo su cuerpo con mis manos, tocarla por todas partes hasta enloquecerla. ¡Cómo la deseo ahora! Enrique iba imaginando una escena tan real como si la estuviese viviendo... de pronto... su cuerpo lo sorprendió... no pudo contenerse... Volvió a respirar hondo, pero ahora otros olores lo iban embargando: el olor a rosas, el olor a jazmín...

—¡Enrique!!! ¿Cómo amaneció hoy?

—No podía estar mejor, Delio. Como Ud., todos los días, hoy volví a hacer ejercicios desde temprano, y tenía razón... desde ayer soy otro.

—¡Espero que algo en Ud. pueda llegar a reconocer después de tantos cambios! ¡Qué no pasará mañana! —dijo con deseos de bromear.

—Recuerde, Delio, ‘nunca nos bañamos dos veces en el mismo río’. Veo que anda hoy de muy buen humor.

—Sí, y a Ud. también le noto la voz enérgica... un timbre distinto...

—Ud. me ha ayudado mucho, Delio. No quiero cansarlo diciéndole lo que tantas veces le he repetido, pero después de algún tiempo aquí, uno va olvidando los olores, la naturaleza, lo que es... otra voz humana... vae soli... Yo hablaba en voz alta, pero siempre era la mía. Oír la voz suya, poder escuchar otras opiniones, compartir este silencio con alguien, sobre todo, alguien como Ud. —dijo conmovido y añadió: —ha sido mi salvación. A veces tuve pensamientos negativos... pensé en...

—¡Enrique! ¡eso nunca! Ud. no creerá en Dios, pero su vida no le pertenece. Le pertenece a Dios, al mundo...

—De eso no estoy tan seguro, Delio. Una vez que la vida es dada, nos pertenece. Por eso, cuando me mencionó aquella primera mañana suya en este calabozo que si no podía hablar, se quitaría la vida, no le dije nada.

—Pues esa fue una forma de hablar... de decir... que a veces uno se desquita así. Enrique... no quiero olvidar algo que pensé mientras me hablaba: ¿cómo es eso que Ud. no crea en Dios y diga que la vida nos es dada? ¿Se refería a su madre?

—No. Esa pregunta es demasiado complicada y difícil de explicar...

—Yo siempre he dicho que ‘el que quiere saber, a preguntar no ha de temer’.

—Precisamente todo comienza por ese amor a la sabiduría. La palabra ‘filosofía’ en griego quiere decir eso mismo. Pero... Delio... me va empujando Ud. hacia los laberintos del pensamiento occidental. Yo no soy filósofo, porque todo filósofo pretende crear un sistema propio, y yo no he creado ninguno. Nunca he querido caer en lo que en un barrio en París llaman ‘epatar al burgués’, que para mí son pseudo-intelectuales que por querer ser distintos, y

querer echarle en cara al burgués sus valores, por querer ser los grandes renovadores del arte moderno, caen en una selva de nimiedades, en una infinidad de chapucerías, manchando los mismos elementos de su propio arte. A eso siempre le he tenido pavor...

—Enrique... ¿quién es el que juzga? ¿por qué no tratar al menos si se tiene esa inquietud? ¿a quién le hace daño?... Me parece que Ud. se exige demasiado.

—Sí, siempre me he exigido demasiado, excepto el tiempo que he estado aquí encarcelado. Pero volviendo a su pregunta, efectivamente, tiene razón al preguntar el porqué no tratar de experimentar si se tiene esa inquietud. Pero una cosa es el tratar de experimentar cuando se tiene un fundamento, y además, claro está, la aptitud. ¿Quién juzga? El arte mismo... ¿Recuerda lo que le decía sobre el aire impuro? El arte es arte cuando nos revela no sólo una forma de expresión, sino una emoción distinta y más aún una antes no sentida; cuando nos enriquece, nos hace pensar; cuando añade sustancia al gran vórtice de nuestras inquietudes. Con la filosofía pasa algo parecido. No se trata sólo de crear sistemas incomprensibles porque son distintos. La filosofía, como el arte, es una vivencia. Hay un gran abismo entre una mera idea, una representación, y la presencia de un objeto, la vivencia de ese objeto... vivir con él, vivir en él. Y para ello, es indispensable explorarlo. No se puede vivir un objeto sin antes explorarlo —iba diciendo cuando Delio le recordó:

—El vivir... la vida... ya casi olvidaba mi pregunta. ¿Por qué no me la contesta?

—Porque para explicarle estas ideas que se fueron despertando en mí a medida que estudiaba filosofía, que han sido años de dedicación, tendría que comenzar explicándole desde un principio lo que es no ya la ontología, sino antes que nada, la metafísica griega...

—Enrique... sólo dígame sus ideas...

—Delio, no quiero impacientarle, pero lo que para mí ha llegado a ser una vivencia, explicárselo sin base, sería presentarle una mera idea, tal vez ininteligible...

—...trate al menos...

—Ex nihilo omne ens que ens fit —recordaba en voz alta.

—¿Qué dice Ud., Enrique? Eso suena a latín.

—Sí, lo es. Pero para comenzar, a expensas de un ‘reductio ad absurdum’, desde el punto de vista biológico, la creencia más común y accesible a todos es que la vida es lo que llevamos cada uno dentro y que la vida ‘está en el mundo’. ¿Qué puede significar para Ud., Delio, “estar en el mundo”?

—Pues aquí estoy ahora, hablando con Ud., mientras observo estos barrotes, estas paredes húmedas, el camastro, el lavabo...

—Y de ese relacionarse uno con los objetos que nos rodean surge la conciencia de la existencia de las cosas: ¿qué es esto? Es entonces que adquirimos conciencia de la existencia de nuestra vida en relación a la valoración de los objetos existentes en nuestra vida. Cuando cuestionamos su sentido al preguntarnos: ¿qué es mi vida? y tratamos de observarla bajo una óptica más totalizadora, es entonces que comprendemos que la existencia en su totalidad, abarca las cosas, me abarca a mí, a ese yo que puede pensar las cosas, abarca ese otro ángulo desde el cual cuestionamos nuestra vida. Esa existencia total es lo que denominamos ‘vida’.

—Se va explicando Ud. de una forma bastante clara, Enrique, pero lo que todavía no acabo de entender es ¿cómo se puede decir que la vida es dada?

—Mi vida está en el mundo. La existencia total es que mi vida, como sujeto, es también vida para un objeto, aunque mi vida en sí, no pueda estar en un objeto. Yo estoy con las cosas en el mundo. Los objetos son 'entes' que están 'en' la vida, pero el 'ente' de la vida misma no está en ninguna parte...

—...eso no lo entiendo...

—Si yo le preguntase: ¿quién existe? ¿qué me respondería?

—Existo yo, existe Ud.

—Existe la vida. Y la vida nos es dada. Nos encontramos en la vida, nuestro 'yo' se encuentra en la vida. Efectivamente, 'tú vives', 'yo vivo', 'vivimos'... pero ese vivir es también ocuparse: por ejemplo, Ud. abre la llave del lavamanos... o sea, se relaciona con los objetos que hay en la vida. Se ocupa con esos objetos. Al ocuparse, comienza a preocuparse: ¿cómo puedo hacer para lavarme con esta agua tan helada? Y comienzan a surgir los obstáculos, y con ellos, la conciencia de los límites de nuestra existencia. Cuando comprendemos la existencia de esos límites, comenzamos a comprender la nada. Porque los objetos que están en mi vida, están en mi vida como negación de la nada. Con la vida sucede igual. La vida es, porque querer ser, es querer no ser la nada...

—iba discurriendo cuando Delio observó:

—A mí me parece, Enrique, que Ud. habla de la nada como si fuese algo, y ese algo debiera de ser Dios...

—...algo para ser, necesita del no ser... la vida es y no es... —decía mientras empezaba a recordar el sueño de la zarza ardiendo.

—Ese es el punto que no acabo de comprender... ¿no surge todo de Dios?

—...de la nada... de los abismos del no ser... —iba recordando ahora el centro cósmico.

—...pero... ¿de dónde parte ese impulso que atraviesa el no ser para ser? ¿de dónde parte la necesidad de no querer ser la nada? —insistió Delio.

—...es el omega...

—no entiendo...

Reaccionando ante esta observación, Enrique trató de explicarle: para contestarle esa pregunta tendría que hablarle del tiempo y de la muerte. La vida es anticipación. La vida tan pronto como ha sido, deja de ser. El tiempo que la vida consiste es un tiempo en donde lo que va a ser está antes de lo que es... —comenzaba a visualizar los elementos proteicos de su sueño. El presente es un 'sido' del futuro...

—...¡Enrique!... ¡ahora sí que creo que Ud. anda medio loco... hasta aquí llegan las revueltas... parece como si Ud. tuviera un sombrero de mago desde donde van saltando las cosas así, como un acto de magia! —dijo bromeando.

Esta salida de Delio rompió el tejido de sus explicaciones echándose a reír.

—¡Hacía tiempo no reía así!

—¡No se burle! —le dijo en broma. Sabe, Enrique... ya he ido conociendo más o menos como Ud. piensa, cuáles son sus sueños... y sin embargo, no sé nada de su historia... por ejemplo, ¿dónde nació? ¿quiénes son sus padres? ¿es casado o soltero?... y si es soltero, ¿tiene novia? ¿cómo es su vida? ¿qué hace cuando no va a la universidad?

—Ya hombre, pregunta a pregunta... ¿cuál quiere saber primero?

—Bueno... hábleme de sus padres.

—Mi padre nació en Avilés, Asturias, hijo de pescadores y familia de raíz liberal. Aprendió a tocar el piano antes de hablar y como decían que era un niño prodigio, consiguió un estipendio que le permitió estudiar. Por su talento, llegó a ocupar una cátedra de música por oposición en la Universidad de Oviedo. En un viaje que hizo por el Mediterráneo, conoció a mi madre, María Teresa de Bode, hija del Marqués de Bode. Todavía conserva su belleza prodigiosa. Rubia, de ojos claros... dicen que en su juventud, se parecía a Lucrecia Borgia... claro, en su físico, no en su alma, que es la de una soñadora. Ella es poetisa. Le viene por la rama del padre. Mi abuelo era poeta, nacido en Alemania. Mi abuela, catalana. Mi madre nació en Barcelona. Se casó con mi padre después de un corto noviazgo y yo nací dos años después, el veintisiete de enero de 1904. Tres años más tarde, mi padre aceptó una cátedra en la Universidad de Valencia, y allí vivimos hasta que yo cumplí los diez años. Después de la muerte de mis abuelos maternos, quienes les dejaron a mis padres una herencia considerable, nos trasladamos definitivamente a Barcelona —después de una breve pausa, continuó:

—Yo hice mis primeros estudios y después la secundaria en una escuela jesuita. Entré en la universidad con las calificaciones más altas. Comencé a estudiar filosofía, interrumpiendo mis estudios por el ejército. Cuando regresé a la universidad, comencé a publicar mis inquietudes filosóficas en una conocida revista catalana. En 1927, fui becado a la Universidad de Freiburg, en Alemania, donde tuve el raro privilegio de escuchar varias conferencias de un filósofo alemán que estaba revolucionando el pensamiento moderno. Mis

inquietudes se fueron profundizando. Desde entonces no fui el mismo. Después de dos años en Alemania, enamorado de la tierra, las montañas, los abetos que allí son tan sobrenaturales, regresé a Barcelona contratado por la Universidad estatal. Me fue bien. Comencé a publicar mis ideas en mis propios libros. Nunca llegué a casarme aunque estuve a punto de hacerlo. Con una chica andaluza de mucha vida y salero pero como ella decía ‘muy lanzá’, y por eso tuvimos muchos disgustos. Yo soy bastante celoso.

—¡Yo también! —le interrumpió Delio identificado con él. Mi Eugenia es una mujer poco común... decidida, fuerte, radiante como un sol... ¡Y qué cuerpazo!... ¡si le cuento! Un día, íbamos al río como todas las tardes, y allí jugábamos... bueno... ya sabe. Yo le quitaba la ropa y ella a mí... me deleitaba verla desnuda. ¡Qué senos! ¡Qué caderas!...

—Bueno... bueno, hombre... no me la describa así...

—¿Qué reacción es ésta, Enrique? ¿No es Ud. un filósofo? ¿O profesor? ¡O lo que sea!!

—¡Uno no filosofa todo el tiempo, Delio... y antes que pensador... soy hombre!

—¡Y yo!... un mozo enamorado... como decía esa canción: “soy mozo y enamorado/ nadie hay más rico que yo/ no se compra con dinero...” —y Enrique comenzó a cantar también: “¡la juventud ni el amor!” —riendo en dúo otra vez.

—Pues... —continuó Delio. —Le sigo contando... ese día uno de los jornaleros de mi padre había ido por allí. Nosotros no lo vimos. Después de salir del río, desnudos los dos, nos hicimos el amor. El jornalero salió detrás de los arbustos y se quedó parado mirando... Desde entonces, comenzó a rondar a mi Eugenia

hasta que un día en que lo sorprendí, me le fui encima con toda la fuerza salvaje de la tierra que tengo en las venas... por poco lo mato.

—Yo he sido celoso... pero nunca me he visto en una situación semejante... hasta ahora... el día que tenga que recurrir a los puños, ese día me alejaría de esa mujer. No lo concibo.

—Porque no ha querido de veras. El día que quiera con pasión... ese día... ya verá...

—Pues aunque uno no pueda llegar a predecir las acciones de los otros, sí puede saber lo que uno puede llegar a hacer...

—...lo que uno haga, depende también de las circunstancias.

—De uno mismo, Delio, que todo depende de como uno las interprete.

—Por mucho control que uno ejerza en algún que otro momento, hay cosas que sencillamente son inevitables. Si Ud. encontrara a la mujer que ama en los brazos de otro, ¿qué haría?

—Pues ya se lo dije, Delio. Me alejaría de esa mujer. Por eso le decía al hablar de la vida y las cosas que cada cual las interpreta a su modo, según su historia, su procedencia, su forma de ver las cosas según las va viviendo, según las va cuestionando...

—...hasta que la muerte las acabe...

—No. Hasta que la muerte las comience. La muerte no es sino el principio... por eso le hablaba del 'futuro- sido'. Vivimos para la muerte.

—Perdone, Enrique, pero me pierdo en el camino... —admitió con candor.

—Cuando comience a estudiar, va a comprenderlo todo con mucha más claridad —le afirmó con convicción.

Delio, al oír las palabras de Enrique que le abrían de nuevo la ilusión a un futuro prometido, distintas imágenes comenzaron a poblarle la imaginación: se vio estudiando en la universidad, con los libros bajo el brazo, camino a su casa donde lo esperaba su Eugenia.

—Enrique... voy a soñar un rato. Tengo mucho en qué pensar. Antes, quiero darle las gracias, porque aunque no haya comprendido del todo lo que me explicó, sí me ha dado pan para muchos días...

—Delio... —le respondió con voz grave: —eso que me acaba de decir es una de las cosas más hermosas que haya oído hace mucho tiempo. Las gracias se las doy a Ud., porque ahora, de nuevo, me siento ‘ser’. Yo creía que había llegado al principio del fin y ahora tengo que comenzar a convencerme que no es sino el fin de un principio...

—No le entiendo, Enrique, pero quiero decirle que hoy, siento la necesidad de rezar mucho por Ud.

—Yo no rezo de la misma forma, pero a mi modo, también rezaré por Ud. Hasta mañana, Delio.

La fuerza de una nueva ilusión, comenzó a transformarse en el mundo interior de Delio en nuevas visiones, a medida que iba sintiendo cómo entre Enrique y él iba surgiendo el afecto de una bella amistad. Enrique, también embargado por este sentimiento, lentamente fue trazando en pinceladas finas, una nueva estructura a las visiones de su sueño.

* * *

—¡Enrique!! ¿Anda despierto? —le gritó Delio con un tono que tenía algo de urgencia.

—¡Sí, hombre! ¿Qué pasa? —le preguntó inquieto. —He tenido un sueño... desperté sudando a media noche y no pude dormir más. Por primera vez en mi vida, sentí temor a la oscuridad. Quise prender un candil... ¡pero aquí estamos tan desprovistos de lo más elemental que necesita uno!... ni siquiera un paño para uno limpiarse... ya sabe qué... —rezongaba entre dientes. —¿Qué le pasa, Delio... cuénteme?

—Tuve un sueño... un sueño espantoso...

—...cuéntemelo...

—no sé... cómo... estaba Ud. ahí metido también, Eugenia, la novia suya... esa andaluza o no sé qué... don Fermín... Francisca... mis hermanos...

—...pero... ¿qué diablos puede haber soñado Ud. que ha despertado de tan mal humor???

—¡qué sueños ni qué ocho cuartos... fue una pesadilla... algo que no era un sueño... los sueños no son así... son de otra manera. No sé por qué diablos tenía que haberse aparecido Ud. toreando a mi Eugenia! —dijo de mal humor.

—¿Toreando a quién???

—¡A mi Eugenia! —dijo desesperado y continuó: —Estábamos en el ruedo todos, jugando como así lo hacía de niño con los novillos de don Fermín. Yo retozaba y no sé cómo se me enredaron los pies, caí y un novillo vino hacia mí.

Lo tenía encima cuando Ud. me arrastró bajo las patas del novillo. Me arrancó de un tirón la camisa roja de franela que siempre llevo puesta, y comenzó a incitar a aquel novillo que de pronto se convierte en un toro de lidia. Oía aplausos, y Ud. de torero, en el redondel con mucho garbo saltaba por aquí... por allá... yo que estaba sentado en la plaza con don Fermín de un lado, Francisca del otro, vi a mis hermanos y a su andaluza de banderilleros irle a ayudar. De pronto, los ojos rojos del toro se convirtieron en los pezones de los senos de mi Eugenia, y Ud. quedó perplejo. Se le tiró encima y se convirtió en la mujer que amo... Yo salté no sé cómo a la arena, y con fuerza traté de separarlos pero no podía. Ud. estaba inconsciente y Eugenia, convertida en toro de nuevo, con un cuerno, me hirió el pecho... yo comencé a sangrar... y ahí desperté. ¿No me oyó Ud.? Debo haber gritado mucho porque siento la garganta irritada otra vez, como cuando llegué aquí...

Después de un largo silencio, Enrique le dijo:

—¿Y cómo se siente ahora?

—Cansado... fatigado... no sé...

—Ya va varias veces que me repite la misma frase: “no sé”.

—Pues sí, no sé.

—No. Ud. sí sabe... —volvió a insistir.

—¿Cómo diablos puede un toro convertirse en una mujer... ¡en mi Eugenia! —decía Delio desconsolado sin comprender...

—Ese toro no es Eugenia... —le afirmó Enrique— ...es Ud.!!!

—¿Qué diablos está Ud. diciendo??? ¿Qué carajos está Ud. insinuando???
¿Qué ¡yooo! ¡Delio Caballero!... me haya lanzado sobre Ud.????

—Sí... con esa misma fuerza salvaje de un toro... pero no como Ud. imagina...

—¡Qué yo le pueda hacer el amor a otro hombre????!!! ¡¡¡Ni en broma!!!! ¡¡¡Ni se le ocurra por un momento!!!

—No... yo no he dicho eso... no es hacerle el amor... va más allá de la fuerza física, primitiva de su sangre.

—¡Déjese de naderías y de cosas de tuerce-locos!!!

—dijo casi fuera de sí.

—Bueno... Delio... entonces... ¿qué cree Ud. que significa su sueño? —insistió su amigo.

—Pues... ¿qué va a significar???

—¿Me lo pregunta Ud.? Ud. mismo ha sido el autor de su sueño...

—De un sueño ¡NO!... de una pesadilla... y eso de autor... eso fue un presagio...

—¡Ud. no puede creer en presagios!!!

—¿Y por qué no??? Los sueños a veces nos dicen cosas... nos revelan cosas que a veces no logramos comprender... pero después la vida los va aclarando...

—Los sueños nos revelan mucho... de lo que pasa muy dentro de nuestra alma

—dijo tratando de convencerlo y continuó: —Si los sueños fuesen presagios... y por alguna fuerza misteriosa entrase en nosotros esas imágenes... entonces... esas imágenes revelan la realidad tal como la aprehendemos. ¿No?

Entonces... Delio... si yo estuve allí, y Ud. nunca me ha visto, ¿cómo soy yo? — le preguntó buscando un argumento que lo convenciese.

—Pues lo soñé alto... como de 1,75 de estatura, moreno, musculoso, de ojos color miel...

—No, ese no soy yo. Yo soy rubio, de ojos azules, y mido 1 metro y 65 centímetros. Ese que me describe debe de ser Ud.

—¿Cómo puedo ser el toro, Eugenia y Ud. a la vez?... ¡No entiendo nada!

—A veces somos muchos en un solo cuerpo. La personalidad del ser humano es muy compleja, como ha demostrado la psicología moderna. Ahora recuerdo que Unamuno nos hablaba de los 6 'yos' que componen la personalidad...

—¡He salido de las llamas para caer en las brasas!

—Delio, escuche: Unamuno decía que somos los que somos, los que quisiéramos ser, los que otros ven en nosotros, los que otros creen que nosotros somos, los que otros... —iba recordando cuando Delio le interrumpe:

—En fin, uno es los otros...

—Y uno mismo.

—Pues yo soy quien soy, y siempre lo he sabido. Nunca me he preguntado, ¿cómo quieres ser, Delio?

—Búrlase Ud., pero ha sido Ud. mismo el autor de su propio sueño, o más bien, pesadilla. El corral es la prisión. No la de aquí —la externa— sino la interna, la prisión que todos vivimos...

—¡Yo siempre fui muy libre! ¡Jamás... óigalo bien... jamás supe que era eso de prisión hasta que llegué aquí.

—La ‘prisión’ es sólo una palabra. Tal vez para Ud. esa palabra sea el ‘ruedo’... pero al fin y al cabo es lo mismo.

—¡Pues en un ruedo al menos hay más espacio... y hay espectadores...

—Eso es lo que Ud. quisiera... pensar que hay otros fuera de su prisión atentos a su vida... —dijo haciendo una pausa y continuó: —...y esos espectadores, don Fermín, doña Francisca... no son sino el símbolo del poder fuera de Ud. que Ud. quisiera ser a la misma vez.

—¡Nooo!! —gritó. —¿Cómo se atreve a decirme que soy yo el que quisiera ser ellos... esos matones desgraciados que han acabado con la aldea en que vivía con mi familia!!!

—Esos matones que al menos son fieles a sus principios, equivocados o no!... y de esa forma... poder ser Ud. el que controla su propia vida —fue descubriéndole Enrique.

—Yo siempre he sido dueño de mí.

—Le recuerdo ahora sus palabras cuando hablábamos de Dios y de la humanidad...

—No, Enrique. No confunda. Hablábamos de la fe en los demás...

—De una fe que según Ud. nace de Dios y de ahí la volcamos en otros... es la fe que Ud. mismo quisiera tener en sí!

—No me provoque, Enrique.

—Si siente eso, entonces estoy tocando en la llaga de su interioridad... de esa parte nuestra que no nos revelamos a nosotros mismos por temor...

—Por temor... ¿a qué? —replicó Delio.

—Por temor a cuando nos enfrentemos a esa revelación, entonces no saber cómo proceder desde ese punto...

—¿Si se trata de ser dueño de sí mismo...?

—Sí, de eso se trata, pero para ello, hay que estar dispuestos a revelarnos a nosotros mismos nuestros 'yos' internos...

—Dígame, Enrique, ¿cree Ud. que yo he vivido en la obscuridad? ¿Cree Ud. que yo no me atrevería a confrontarme a mí mismo mi propio yo interno?

—Lo está haciendo ahora, Delio. Además... no se trata de una confrontación, sino de una revelación...

—La confrontación es cuando sentimos al otro, enemigo, como el toro al torero... enemigos... pero...

En ese punto, Delio comenzó a comprender que Enrique tenía razón. Iba a decir 'amante', porque entre el toro y el torero existe una profunda relación... como la de él con Eugenia... era el cuerpo... pero hay mucho más...

—Delio, ¿a qué le teme?

—No sabría decirle. Primero tendría que ver si siento miedo de algo, y después, analizar el por qué.

—Pues es así cómo se comienza... ¿por qué no dejamos esta discusión para otro día cuando Ud. esté más dispuesto a hablarla, y por lo pronto, comenzar nuestros ejercicios matinales?

—Necesito fuerzas... y estoy cansado, Enrique.

—¡Delio! ¡no se parece a Ud.!

—¿No acaba de decirme que tenemos varios ‘yos’?

—Sí, pero nunca traicionar por ello el que tan fielmente nos ha acompañado en nuestros momentos de mayor resplandor y lucidez. Y la energía suya... ¡por Dios, Delio! ¡No la pierda!

—No. Se lo prometo. Tiene razón, Enrique. Además, por más cansado que esté, el ejercicio siempre da energías. Ahora voy a hacerlos.

* * *

Cada uno fue entregándose a sus quehaceres matinales. Después, Enrique a su siesta, y Delio a pensar sobre el sueño que había tenido. Sumergidos así, en el sopor de la tarde, Delio y Enrique comenzaron a sentir entre sueños el sonido de unos metales como si fuesen unos címbalos oxidados descubriendo un ritmo extraño. De pronto, una voz grave acabó de despertarlos:

—Por aquí. Estos de acá. Los de las celdas 44 y 45 —ordenó el alcaide.

—Salga, salga Ud. —le dijo a Delio, quien desprevenido, comienza a temblar mientras lo esposan.

—Ud. también, salga —le ordenan a Enrique, esposándolo mientras observaba a Delio en concreto, en cuerpo, en materia, aquel ser que había pensado ser como ahora lo veía.

—¡Delio!

—¡Enrique!

Se dijeron ambos al unísono a medida que caminaban por aquel estrecho túnel, temblorosos, con las manos frías...

—Por aquí —repitió el alcaide mientras los conducía por un estrecho pasadizo que cerraba otra puerta de hierro.

—¡Abranla! —les ordenó a otros carceleros que les acompañaban y que ni Enrique ni Delio habían visto jamás.

Cuando pasaron por el umbral, entraron en un salón muy amplio donde en fila, y todavía en la penumbra, habían más de cien hombres como ellos, esposados. Enrique parpadeaba a medida que trataba, como un niño por primera vez, de distinguir los colores... le había herido la vista el rojo de la camisa de su amigo. Mientras tanto, Delio miraba a Enrique, sorprendido, pues nunca se lo imaginó ser así: muy delgado, parecía más alto que él. Miraba cómo lo observaban sus almendrados ojos azules. Al sonreírle, le notó unos simpáticos hoyuelos en las mejillas. Parecía ser más joven de lo que era. Ocupado en estos pensamientos, dejó de temblar. Enrique, también más calmado, iba observando todo a su alrededor. Los dos comenzaron a sentirse acompañados uno de otro, compartiendo un momento tal vez muy importante en la vida de ambos. Iban sintiendo en aquel silencio, como un pacto secreto a su mutua amistad.

Mientras el alcaide sostenía en sus enormes y sórdidas manos, lo que parecía ser un documento, ambos pensaron: ¿será el decreto a nuestra absolución... o... a nuestra condena?... cuando el alcaide, con voz grave, comenzó:

25 Enero 1937

MINISTERIO DE JUSTICIA

Decreto-Ley

Es un hecho evidente que una vez iniciado el movimiento de rebelión militar producto de la deslealtad de un grupo de generales traidores, el pueblo español, al aprestarse a la defensa de su libertad, no quiso prescindir del concurso de un

El Gobierno se encuentra ante situaciones de hecho creadas por lo excepcional de las circunstancias que él no provocó y la imperiosa necesidad de otorgarle el único cauce legal a su alcance. Y si a esto se agrega el sentir, siempre generoso de las masas populares, en relación con cuantos se encontraban separados provisionalmente de la vida ciudadana y que en proporción considerable forman parte actualmente de las Milicias que se batían en los frentes por la defensa de la República, es bien notorio que existen motivos de alta equidad que aconsejan una medida que coordine *el olvido del hecho consumado* y la resuelta aspiración que tiene el Gobierno de adoptar cuantas resoluciones están a su alcance en evitación de que situaciones análogas puedan en lo sucesivo repetirse. Confía el Gobierno en que a la generosidad de esa medida corresponderá la gran masa consciente del pueblo español haciéndose acreedora a ella con su conducta ulterior, al objeto de asentar sobre base firme e inquebrantable las normas de convivencia social que

gran número de ciudadanos que por efecto del medio social en que vivía España con anterioridad a la subversión, se hallaban cumpliendo condena o procesados por sus actividades contrarias a la legalidad establecida.

demandan al propio tiempo el interés y el prestigio del régimen.

Por todo lo cual, siendo potestativa de las Cortes la concesión de las amnistías, con arreglo al artículo ciento dos de la Constitución, de conformidad con el Consejo de Ministros y a propuesta del de Justicia, formulada por acuerdo unánime de la Diputación permanente de las Cortes, con arreglo a lo prevenido en el artículo sesenta y dos del citado texto constitucional,

Vengo a decretar lo siguiente:

Artículo primero. Se concede amnistía a los penados y encausados por delitos cometidos por móviles políticos o sociales *con anterioridad al quince de julio último.*

• *Artículo segundo.* Se concede igualmente amnistía a los penados y encausados por delitos comunes y militares cometidos *con anterioridad a la fecha expresada en el artículo anterior.*

Cuando Delio oyó estas palabras, comenzó a sudar frío. No eran las fechas que a él le correspondían. Lo habían encarcelado el diecinueve de enero... Volvió a oír la voz grave del alcaide que continuaba:

ÓRDENES

Usando de la prerrogativa que me concede el artículo ciento dos de la Constitución de la República, de conformidad con los informes recibidos por el Presidente del Consejo de Ministros, d. Francisco Corto-Cabellos; y el Ministro de Justicia, d. Luís de los Amparos, les decreto amnistía a los siguientes penados que deben ser puestos en libertad inmediatamente, según conforme el Decreto-Ley:

Don Bartolo Cartaya
Don Felipe Sánchez
Don Emilio Mola
Don Ramón Serrano
Don Santiago Quiroga
Don José Bosques Sotelo
Don Gregorio Castañón
Don Ramón Pérez de Agua
Don José Ortega y Roqué
Don Fernando de los Lagos
Don Diego Maura
Don Miguel Martínez
Don Indalecio Rojas

Don Diego Martínez Palacios
Don Angel Hierro
Don Antonio Hoyos-Villanueva
Don José López Garret
Don Alfonso García Casas-Viejas
Don Alejandro Nonoux
Don Ramiro Ramos Fandemas
Don José Antonio Tiodós
Don Antonio de la Pradera
Don José María Mil Dobles
Don Diego Diasputás
Don Eduardo López Nueve
Don Ricardo Samgún
Don Roberto Ruíz Masas
Don Sábado Batet
Don Joaquín Chapablanca
Don Miró de los Planos
Don Francisco Trajano
Don Víctor Caballero-Rubio
Don Delio Caballero
Don Enrique Vergara de Bode
Don Víctor de la Victoria

Después de tres días de procesos legales, firmas, decretos, leyes, papeles y más papeles, Delio y Enrique, al pisar el pórtico de aquel monumental edificio estilo romanesco, al fin libres de esposas e hierros, se dieron un caluroso abrazo muy fuerte sellando con él su amistad. Iban subiendo las interminables gradas hacia la vieja catedral, todavía desconcertados, sin comprender bien por qué habían sido encarcelados, por qué absueltos, y por qué sus nombres aparecían en aquellas ORDENES. No sentían el frío despiadado del invierno, por un lado, atentos al mapa que los orientaba por la ciudad; por otro, iban conjeturando, tratando de aclararse lo que no veían claro... tal vez todo se debiera al hecho que ellos no eran enemigos de la República y cómo no fueron procesados, sus nombres aparecían entre los anónimos de la prisión. Así iban

discurriendo, tan absortos, que no se habían dado cuenta que ya estaban frente a la fachada románico-gótica de la catedral... —¡qué bella!— ...aquella enorme torre parecía darles la bienvenida... era como el atalaya de la Torre del Homenaje de una fortaleza medieval. En silencio, ambos llegaron al umbral, donde se detuvieron, por el impacto que les produjo lo que desde allí percibían: a lo alto, el reflejo de los rayos del sol se irisaban por las rosetas que en colores se refractaban en el oro que reverberaba sobre el altar, ensombreciendo a lo bajo, figuras moribundas tiradas por todo el piso de la catedral. Enrique sintió un vahído extraño.

Cuando al fin entraron, fueron reconociendo a muchos de los rostros que en fila, como ellos, habían esperado su absolución o su condena. Parecían musulmanes poblando una mezquita con todas sus pertenencias y esperando, infinitamente, la alfombra mágica de su consuelo. Delio se sintió desconsolado. Enrique también sintió un gran pesar. —¿Aquí nos hemos de quedar? —le había dicho Delio al ver aquello. —No nos queda otro remedio, al menos hasta que nos avisen —respondió Enrique.

Después que la vista de nuevo se les acostumbró a una nueva oscuridad, comenzaron a abrirse paso entre aquellos cuerpos. Dieron con una de las tantas capillas laterales, desnuda de todo ornamento, donde sobre el cansado lomo de una gran arca con bisagras de hierro y candado, yacía un montón de mantas y cobertores. Cada uno tomó una, y al encontrar un rincón acogedor, se tiraron al piso para descansar de la fatiga que se había apoderado de ellos por la tensión en que se encontraban desde el pronunciamiento del Decreto-Ley. Sus figuras también se fueron perdiendo en la penumbra bajo la sombra de dos planchas grabadas en oro que decían:

.....

D I O S

La Fe fundamenta todas
las virtudes del soldado...

Refuerza el espíritu
necesario a tu azarosa vida
con el culto a Dios

Sírvele siempre

Muere por El, que morir
así es vivir eternamente

Ante Dios nunca serás
héroe ANONIMO

La Tradición habla a tu
alma, purifica tus senti-
mientos y te acerca a Dios

Ella te enseña a amar a
la Iglesia

Sé siempre católico
práctico, con conocimiento
claro de lo que Dios desea
para servirle... Tú, soldado
de la Tradición, habrás de
tener puesto en el reino
de Dios

.....

.....

P A T R I A

La Patria es tu Nación;

tu nación, España

ESPAÑA: Unica e indivi-

sible, en su rica varie-
dad, autárquica regional,

es: Sublime arcano de
tradiciones, Relicario

de grandezas,

Madre de Nuevos Mundos,

Luz de la Historia,

Albergue de Santidad,

Defensora de la Iglesia
Católica

España sin la cruz

dejaría de ser España

Estúdiala para conocerla

Conócela, para amarla

Amala, para honrarla

Ten presente que el más

Puro de los amores

después de Dios,

es el de la Patria

.....

El insistente sonido argentino de la campanilla de plata labrada que tocaba el monaguillo anunciando los oficios de la misa diaria, los despertó algo sobresaltados. Después de la misa, un interminable sermón en latín, y la retirada del sacerdote, los monaguillos, como mariscales de un ejército bien organizado, comenzaron a dirigir a aquella población de hambrientos hacia el claustro lateral de la catedral. Allí fueron repartiendo entre éstos, una ración humilde del pan de todos los días. Enrique y Delio se acogieron a aquel buen

gesto. Después de comer, todavía parados en fila, como buenos soldados para devolver el plato vacío que tenían en sus manos, Delio le dijo a Enrique:

—Yo no entiendo por qué hemos de quedarnos aquí. Todavía no nos han dicho nada del comunicado que hace dos días les enviaron a nuestras familias. Yo creo, Enrique, que todo era una farsa.

—...te pueden escuchar...

—Tal parece como si todavía fuésemos penados...

—Siempre lo seremos, Delio, mientras estemos vivos.

—Pues todo esto es muy nuevo para mí.

Iban diciendo esto mientras caminaban de nuevo hacia el lugar destinado por ellos a su descanso. De pronto, oyeron unos gritos, un vocerío de malas palabras y vieron cómo algunos de aquellos excarcelados se arrojaron encima de otro que parecía haberles robado algo.

—¡Parece que aquí hay más toros y cañas de las que hay en la Plaza de Toros en Valencia! —exclamaba uno de aquellos hombres.

—¡A mí siempre me han gustado las ‘dis-putas’, ‘dis’-putísimas!! ¡Archiputísimas!!! —iba inventando otro penado a medida que se acercaba a aquella riña.

—¡Estos son los misericordiosos que protege la iglesia!!! —fue arrojando otro mientras se alejaba de aquella reyerta que se iba destapando en violencia. De pronto, unos comenzaron a darse de puños. Una turba llegó hasta el altar, agarrando candelabros y todo lo que encontraron a mano, tirándolos con fuerza. Uno de ellos gritó:

—¡¡Gracias, HijodePUTAAAAaa!!! ¡¡con este cáliz tendré pan para muchos días!!!

En eso Delio, de un salto, llegó hasta el atril y golpeando sobre la madera con toda su fuerza, comenzó a dar voces:

—¿Pero qué diablos!! os habréis creído que es esto??!!! ¡¡Estáis en la casa de Dios y a ella le debéis respeto... y si no creéis, al menos tened un poco de respeto por el que hoy os ha dado alimento! ¿Es así cómo os comportáis en vuestras propias casas??? ¿No le debéis respeto ni a la propia madre??? Qué os proponéis actuando como salvajes!!! ¿¿¿Adonde irá la patria en manos de gentes como vosotros??? —decía con todo su ser, cuando uno de aquella turba se le encaró:

—¿Y quién carajos creéis que sois??? ¡El Mesías!!! ¡Ja! ¡¡Ja!!! ¡¡¡Jaaa!!!!... ¡¡El Mesías!!!! —y gritando esto comenzaron a chiflarle y a tirarle cuanto objeto tenían en sus manos. Enrique, escudando a Delio con su cuerpo, fue recibiendo los vituperios de aquellos que iban dejando atrás en la penumbra de sus atormentadas almas.

—¡Vamos, Delio!

—Sí, vamos.

—¡Recuerda... entre los encarcelados habían muchos que eran ladrones, asesinos, parricidas...!

Cuando al fin lograron salir de aquella penosa reserva, brincando el muro que la circundaba, se detuvieron un momento para contemplarla de lejos: su torre se perdía en el metálico cielo. Enrique respiró hondo.

—Vamos, vamos, Enrique... salgamos de este infierno.

—Delio... —le fue diciendo con un tono severo: —a una turba desenfrenada no se le puede exigir que reflexione...

—¡Y yo no puedo quedar callado ante tal blasfemia!... ¡manchaban con fango y sangre un lugar sagrado!!...

—La blasfemia es el verbo encarnado en su sangre...

—¡Cómo puedes hablar así!

—Esa gentuza no ha hecho otra cosa que profanar la vida con su existencia. No hay redención posible...

—¡Enrique! ¡te desconozco! te creí ser un hombre espiritual...

—¡Sí, lo soy!... pero no me lles por los ramajes de la inquisición... ¿qué te proponías al hablarles así? ¿No era incitarlos aún más a la violencia que es el único medio en el que se saben expresar?

—Enrique... eres profesor... ¿no crees en la enseñanza?

—Sí, pero todo depende del método que usemos y del potencial del otro... el lenguaje se puede aprender y aún hasta inventar... pero también tiene que haber alguna capacidad a priori...

—¿No crees que todos la llevamos?

—No.

—¿No crees que todos podemos aprender?

—No. El que grita no puede escuchar... necesita desesperadamente ser escuchado él... y como no hay lenguaje, no hay comunicación... Entramos en los abismos de una angustia primitiva...

—Una angustia que se puede tornar en fe por medio de la fe en los demás, haciéndoles reaccionar, descubriéndoles su propio potencial.

—¡Y qué querías! ¿descubrir alguno en esta turba?

—No hubo tiempo para descubrirlo.

—¿Y tú lo tuviste para pensar que así era?

—Al menos, hacerlos reaccionar.

—¿Crees de verdad que de haber tenido tiempo lo hubieras logrado?

—Quién sabe, Enrique... tal vez...

—Lo deseabas, Delio, pero no lo intuías. A veces el deseo, como la intuición, nos lleva por caminos equivocados...

—Pero a veces acertamos.

—Estamos hablando en círculos concéntricos.

—¡No puedo dejar esto a un lado! De esto tenemos que hablar.

—En otro momento, Delio... mira que hace frío —decía mientras titiritaba bajo la manta que llevaba sobre los hombros.

Delio, al escuchar el tono de voz de Enrique, de un tirón se arrancó la camisa que llevaba bajo la manta y se la entregó para que se la pusiese sobre la de algodón blanca que llevaba puesta.

—Pero, ¿y tú? No puedes andar sólo con esa manta.

—Con esta camiseta de lana que llevo y la manta, me basta. No te preocupes... y ahora vamos por aquí... busquemos el río... —decía Delio mientras cruzaba una calle ancha, solada en piedras, en cuyo centro había un empedrado romano rodeando una fuente seca que albergaba, con cierto bochorno, alguna deidad mitológica que ennegrecida y mugrienta, todavía se erigía con desafiante orgullo.

Enrique, quien apresuraba su paso detrás de él, al fin logró alcanzarlo, y agarrándole un brazo, con voz fuerte y firme le dijo: —¡Diantres, Delio!! ¿Hacia dónde vas??

—A Santángel del Seo... a buscar a mi familia.

—Pero, ¿te has vuelto loco?

—No, Enrique. Es lo único que me queda por hacer...

—Escucha. Tengo un plan: lo más lógico es que vayamos ambos primero a Barcelona. El camino está despejado, y enseguida que lleguemos, lo primero que hacemos es comunicarnos con tu familia y mandarlos a buscar. Créeme, Delio, en tren, la distancia es corta —le decía mientras buscaba en los bolsillos el portamonedas que le habían devuelto al ser indultado. Contó lo que llevaba... 3.000 pesetas... era más que suficiente para ambos.

—Enrique: vete a Barcelona. Yo me marcho a Santángel. Es lo que cada uno debe de hacer. Yo tengo que buscarlos. Un día más en esta oscuridad no puedo vivir. ¡Quién sabe lo que haya pasado en los días en que estuve en la prisión! Tal vez... un día más... pueda significar la muerte de algún familiar mío. ¡A lo mejor, ya ni viven! —decía ahora angustiado.

—Dime, Delio, ¿y cómo piensas llegar allá?

—Pues no sé... andando...

—¿Estás loco?

—Enrique... de aquí a Santángel no son más de 140 km. no serían ni dos días de andar a pie...

—¡No! a pie, de ninguna forma!!

—Me voy solo... no temas que yo soy fuerte y decidido...

—No puedo dejar que te marches solo a pie... ¡de ninguna manera! Escucha, Delio: ¿y si han extendido el Frente Aragonés, ¿qué hacemos? —trataba de hacerlo reflexionar.

—Pues con más razón aún debo marcharme inmediatamente... antes que sea demasiado tarde...

—No puedo dejar que te maten en el camino...

Delio ya no lo escuchaba. Determinado a ir en busca de su familia, continuó caminando a medida que iba repitiendo obsesionado: Tengo que ir a buscarlos... tengo que ir a buscarlos...

—¡Delio! —le gritó agarrándolo por los hombros. Escucha: te vuelvo a repetir que no puedo dejar que te vayas solo. Ya viste los diarios...

—Tengo que ir a buscarlos...

Enrique volvió a agarrarlo por los hombros, sacudiéndolo. —¡Reacciona, hombre!... Escucha... como te veo tan decidido, y no voy a dejar que te marches solo, entonces, confía en mí y hazme caso. El río no queda hacia

donde te diriges. Mira el mapa. Hay que cruzar el río Cinca primero, y en línea horizontal, daremos con el Ebro. Pero para llegar allí, primero vamos por la Avenida José Antonio hasta la estación de ferrocarril, tomemos el tren hasta el punto más cercano... Una vez allí, ya serás tú el que vaya indicando el camino hasta tu aldea. —¿Vale?

—Bien, vale... vale... —le fue diciendo condescendentemente terminando por darle una palmada en el hombro en gesto de pacto.

—Delio... antes quisiera telefonear a mi familia... dejarles saber que estoy bien... —dijo Enrique preocupado.

Mientras caminaban, Enrique observaba a Delio, cómo parecía precisar la urgencia de su angustia con un paso firme, como si atase su presente a su pasado en el cual, de alguna forma, él siempre estuvo presente.

Cruzando la Plaza de España, llegaron a la Central que se encontraba cerrada. Buscando la Plaza Nueva pasaron por unas calles estrechas, sucias y llenas de carteles tapiando las fachadas de las casas. Se internaron por una calle

simpática bordeada de casas con caracteres cúficos, ornamentados con estalactitas, almocárabes, follajes y diseños geométricos tallados en mármol y marfil. Desde allí divisaban la bellísima arquitectura neoclásica de la catedral situada en la Plaza del mismo nombre. Les impresionó el contraste entre la majestuosidad arquitectónica de los edificios y ver, en el mismo centro de la Plaza, un confesionario de alguna iglesia, ahora oficializado como quiosco de revistas y variedades. Allí Enrique compró sobre y estampillas. Después de enviarle una carta a sus padres, compró frutas y verduras que vendían en un puesto ambulante custodiado por fusiles y arcabuces de los siglos dieciséis y diecisiete. Ya armados y dispuestos al viaje, caminaron hasta la Estación Central de Ferrocarril. Compraron los billetes para un pueblo cercano a la aldea de Delio, todavía en la Zona Roja, y se sentaron en una banca a comer mientras esperaban por el tren. Habían tenido suerte. El último tren del día no debía tardar mucho. Acostumbrados ya a los carteles, no habían observado que la estación se encontraba también tapiada por ellos. Vieron que algunos decían: “Cine. Actualidades, gran estreno. España 36”; otros prometían riqueza en reales: “Se pagarán mil quinientos reales a quien entregue a Diego Corneales muerto, y doble cantidad al que le presente con vida”; y los más numerosos, los de la C.N.T.-F.A.I.: en fila, el soldado con la mano alzada y el puño cerrado amenazando: “no pasaréis”.

Durmieron allí un rato la fatiga del día hasta que el silbido del tren los despertó. En medio de aquel tumulto de gente, equipajes, bultos y quién sabe qué, encontraron unos asientos bastante incómodos que daban a la ventanilla del tren. Hasta allí les llegaba el bullicio de voces discutiendo la situación del país, la gritería de los muchachos alborotados y los niños corriendo de un vagón al otro. En el único asiento vacío, alguien había olvidado un diario de

información: El día. Enrique lo tomó y entre ambos lo fueron hojeando, buscando noticias del lugar hacia donde se dirigían... no había nada. Buscaban entre las fotos de cadáveres que pedían ser identificados... pero no se precisaba nada...

Dejando el diario a un lado en el momento en que el tren se disponía a la marcha, se entregaron a observar el panorama que como una película, comenzaba a descubrirles su belleza y su variedad... Ahora observaban cómo a lo alto de una loma, los despedía la majestuosa vieja catedral... y a su lado, una fortaleza mora... ¡La Zuda!... ¡estuvieron allí... y no la habían visto!! ...iban dejando atrás la ciudad... una basílica de estructura neoclásica rematada por cuatro esbeltas torres; cúpulas doradas, edificios con arcos de herradura, otros, con archivoltas lobuladas, almenares de fortalezas semiderruidas... un acueducto romano... ahora, bajo un cielo despejado, comenzaba a despoblarse el panorama... pasaban por un río... por valles... por otros ríos... y ahora el tren comenzaba a internarse por las llanuras trigueras... por la tierra amarilla descampada y pobre... descubriendo algún que otro conglomerado de casas areniscas, algunas mostrando con orgullo la blancura de la cal que el tiempo había descascarado, con sus pequeñas ventanas cuadradas y los techos forrados con irregulares artesones... Pararon unos minutos en Villanueva de Sigüenza donde el sobrio monasterio de Santa María los saludaba. Salieron de allí y el tren comenzó a serpentear por una orografía hosca... los páramos se alzaban amenazantes con sus cabelleras nevadas... pasaban por los Monegros...

Después de varias horas de viaje, al fin llegaron a la última parada de aquella línea. Se bajaron en una estación mugrienta, despoblada y pobre... Fueron hasta la ventanilla para orientarse:

—¿Cómo podemos llegar hasta aquí? —dijo Delio señalando un mapa de la estación.

—Hasta allá no sé... en otros tiempos era más fácil... ahora... no sé... —les dijo aquel empleado quien parecía trabajar a disgusto.

—¿Habrá algún tranvía que nos lleve? —preguntó Enrique.

—¡Ja, ja, ja!!! ¿tranvías? ¿por aquí? Ja, ja, ja...

—Bueno, ¿díganos al menos qué otros medios de comunicación hay aquí? —iba insistiendo Enrique.

—Pues, que yo sepa, ninguno. Aquí si no es a pie o en burro no se va a ninguna parte.

—¿Podemos quedarnos con este mapa? —le preguntó Delio.

—¿No creéis que ya vais pidiendo demasiado? —le respondió malhumorado el ferroviario.

—Espera, Delio... —y dirigiéndose al dependiente: ¿Cuánto pide por el mapa?

—...a ver... unas... dadme unos trescientos reales —les dijo aprovechándose de la urgencia que veía en aquellos forasteros.

—¡Baturro!!! ¡Ladrón!!

—Shhh, Delio... no importa... el asunto está en resolver el problema —le decía su amigo mientras sacaba el dinero del portamonedas.

Salieron de allí guiándose por el mapa.

—No debe estar muy lejos de aquí. Vamos hacia el oeste, hacia el Ebro —decía Delio mientras oían el fuerte silbido de los aviones y el ruido de los helicópteros de patrulla. Con cuidado de no ser vistos, saltaron unos alambrados y comenzaron a internarse por aquella orografía hosca y fría.

Anduvieron mucho rato, viendo carros de labor abandonados por todas partes, con varas como únicos pasajeros... No muy lejos, percibieron una patrulla de milicianos vestidos de paisanos, haciendo oficios de control. Delio había ido caminando con las manos metidas en los bolsillos estrujando algo que allí llevaba. Cuando lo sacó vio el pañuelo de hilo blanco que el carcelero le había regalado. Bandeándolo en señal de paz, se acercaron a los que montando en caballo aventajaban a los que iban en burro. Enrique se les acercó.

—¿Nos encontramos muy lejos de aquí? —dijo señalando el mapa.

—No. Estáis a unos cinco kilómetros de distancia. Pero todavía tenéis que llegar al río, si podéis... ésa es la zona ardiendo...

—¿A qué distancia aproximadamente se encuentra el río? —volvió a preguntar Enrique.

—Por aquí derecho hasta que veáis la Ermita del Pilar... o hasta que oigáis los estruendos de las bombas y los tiros... ¿de dónde sois? —les preguntó uno de ellos con curiosidad.

—Mi amigo es catalán y yo soy aragonés, aunque esta zona no la conozco bien —le respondió Delio.

—Andad con cuidado, que los legionarios marchan por las carreteras como líneas de penetración táctica. Es mejor ir por otros rumbos... y evitar zonas de combates... tenéis que andar con mucho cuidado... ¡A ésos... ya les

sorprenderemos pronto! —dijo uno de aquellos muy convencido que era el suyo un ejército muy bien equipado. En realidad, no lucían muchas armas...

—Vayan con Dios —les dijo Delio.

—¡Lo mismo... y suerte! —les gritaron a medida que se alejaban. De lejos, parecían un rebaño quijotesco...

—Delio, ¿por qué no tratamos de refugiarnos en algún lugar cerca para pasar la noche, y ya mañana buscaremos el río?

—Sí, vamos.

La noche ya se aproximaba. El día gris estaba por rendirse a la noche sin espectadores sidéreos. Era difícil precisar cuántas horas habían andado y cuán tarde era. Caminando por aquellos peñascos, las distancias no eran tan cortas como Enrique y Delio habían creído. Anduvieron por aquella orografía hosca por varias horas, en una soledad que ya no poblaba ni siquiera el eco de los silbidos de los aviones ni los helicópteros.

Poco a poco fueron detectando un ruido no muy lejano. Se fueron aproximando, y fueron oyendo con más claridad, un golpeteo uniforme, un taconeo militarizado, un martilleo extraño. El oído guió la vista. No muy lejos percibieron un humilde molino. Impulsados por una renovada energía, llegaron hasta allí. Al entrar, sintieron hasta la médula los punzantes ecos del ruido de las silbantes correas del hidráulico. Llevándose las manos a los oídos, tapándoselos, Delio le dijo a Enrique descorazonado:

—¿Y ahora?

—No vamos a dar marcha atrás...

Notaron que el piso alrededor del pozo de aquel aposento cúbico, todo forrado en madera y escalerillas, era de paja.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Delio?

—No sería difícil... con estas pajas y un poco del material que llevamos puesto, podemos improvisar unas sordinas, ¿no crees?

A pesar de la fatiga que ambos sentían, se entregaron a la nueva tarea con la ilusión de desafiar a aquel inoportuno intruso del ruido. Cuando al fin lo lograron, cayeron desplomados del cansancio, sin decirse nada más que ‘descansa’.

* * *

Un culatazo en las espaldas los despertó abruptamente:

—¿Quiénes sois??!! ¿¿¿Qué diablos hacéis aquí??!!! —les gritó una figura inmensa, corpulenta y maciza a medida que les apuntaba con un fusil.

—Nos refugiamos aquí para pasar la noche —le explicó Enrique.

—¡Esto no es ningún aposento privado, ni hostel del camino, ni nada parecido!!! —les gritó aquella figura amenazante, cubierta en negro, poniendo sobre el pecho de Delio una de sus enormes y gruesas botas.

—¿Qué quiere? ¡No somos enemigos! —le dijo Delio.

—¡Enemigo es todo el que entre sin ser llamado!!! ¡¡Intrusos!!! —gritó el que parecía ser un cavernícola.

—Mi amigo y yo vamos camino a Santáγγελ del Seo al sur de Zaragoza... todavía nos queda mucho por andar...

—¡Ahhh! ¡De los del otro bando!! —dijo comenzando a provocar a Enrique con el fusil.

—Ni de uno ni de otro —le afirmó Enrique.

—¡Da lo mismo del bando que seáis, que molineros no sois!!! —les volvió a gritar con igual furia.

—No, no de oficio.

—¿Y de qué?

—Nosotros molemos otros trigos... —dijo Enrique.

El cavernícola, sin entender para nada lo que estos hombres le decían, creyó comprender que se burlaban. Con el fusil comenzó a tantear a Enrique.

—¿Por qué nos provocáis de esa forma? ¿Qué queréis conseguir? Ante estas palabras de Enrique, el cavernícola reaccionó, preguntándoles: ¿Andáis armados?

—No, no andamos armados.

—¡Levantaos a ver!

El molinero los fue tanteando a ver si era cierto lo que decían. Al comprobar que efectivamente no estaban armados, ya más tranquilo les dijo:

—Por aquí nadie anda seguro. Llevas un poco de vida contigo y te la roban sin más. A mí me mataron a toda mi familia... entraron en la choza en que vivíamos muy pero muy tranquilos sin jamás meternos en nada... y con una

ametralladora los fusilaron a todos... hasta al bebé de seis meses. Yo andaba por acá, trabajando como todos los días sin saber nada de lo que había pasado. Cuando llegué y vi a todos los míos bañados en sangre... juré a toda la real familia por allá arriba que la iban a pagar. Desde entonces ando armado... ya no me importa nada más... si veo a algún caqui por ahí, me le lanzaré arriba hasta arrancarle el corazón!!

—Por la fuerza, sólo logrará que le quiten a Ud. su vida —le dijo Delio alarmado de ver mucho más odio de lo que aquel cuerpo podía contener.

—¡Para lo que la quiero! ¿Qué sentido tiene sin los míos?

—La que ellos desde el otro mundo pueden ver y Ud. se niega a aceptar —le dijo Delio.

—Yo antes rezaba con fe, ahora no sé por dónde anda. Cuando enterré el cuerpo de mi mujer y el de cada uno de mis hijos y el del bebé, sentí que me enterraba a mí mismo también. Vi sus cuerpos sin moverse... sin alma... ¿adonde fue todo??? A esto le doy vueltas y vueltas y siempre acabo contestándome con la misma pregunta: ¿adonde fue todo???... y... ¿para qué??? ¿para qué esos desgraciados los mataron??? ¿qué consiguieron con la muerte de los míos??? ¿por la patria!!! La patria mía era mi familia... con ellos se me fue todo... todo! —iba diciendo cuando su corpulento cuerpo comenzó a estremecerse ahogándose en los sollozos que no quería descubrir.

—¡Yo temo por los míos también —admitió Delio.

—Delio... no anticipes... no sabes nada todavía. Puede que los tuyos estén bien, que se hayan refugiado en algún lugar cercano.

—Ojalá, Enrique, pero... temo...

—El temor nos lleva a la ceguera, Delio, y la ceguera es el peor de todos los demonios. Por miedo se han cometido los peores crímenes...

—El temor sólo nos avisa lo que intuimos...

—Recuerda, Debo, la intuición a veces nos lleva por caminos equivocados.

—Yo creo que el joven tiene razón —dijo el molinero ya más repuesto.

—Lo único que no se puede perder es la fe en Dios. Para Ud. no habrá nada que le pueda servir de consuelo. A veces no entendemos los designios de Dios, pero la vida es una prueba —dijo Delio con convicción.

—¿Una prueba? ¿para qué? —le contestó el molinero.

—Una prueba de fe.

—¿De fe a prueba de una deslealtad hacia nosotros??? ¡Dios me ha traicionado!!! —gritó con fuerza el cavernícola, repitiendo de nuevo:

—¡¡¡Dios me ha traicionado!!!!

—¿Y qué le hace pensar que Dios existe? —le preguntó ahora Enrique.

—¿Qué, qué?

—Eso mismo. ¿Por qué cree Ud. en Dios? —le volvió a preguntar.

—Pues existe y ya. ¿Cómo que Dios no existe?? —se repetía para sí el cavernícola lo que nunca había puesto en duda.

—¿No cree Ud. que nacemos para morir? ¿Que la muerte ya está en la vida?

—¡Nacemos para vivir!!! ¡Mire los animales!! ¡Las plantas!! ¡La naturaleza!... ¡¡¡para vivir!!! bajo el sol, para crecer, para comer, para hacer el amor... para amar.

—Si tanta fe todavía tiene en esa visión de la vida, entonces, ¿por qué no piensa en su propia vida? Que Ud. tiene vida... que Ud. come... que Ud.... —le iba diciendo ahora Delio cuando el molinero lo interrumpe:

—Pero no amo... los míos se fueron...

—Pero puede volver a amar —seguía insistiendo Delio.

El molinero, haciendo un gesto como si esto fuese un disparate, se incorporó y le dijo: —Ud. chaval, seguro que ama. No sabe lo que es perder lo de uno de esa forma tan criminal. Estos que hacen la guerra son más criminales que el mismo Torquemada porque no se detienen ante anda.

—Lo que estamos haciendo es taconeando sobre el mismo tema... ¿por qué no pensar ahora, ¿hacia dónde va? —dijo Enrique.

—Yo no tengo a dónde ir —dijo el molinero.

—Ud. puede reconstruir su vida... casarse de nuevo... —continuaba diciéndole Delio, y añadió: —¿Por qué no viene con nosotros?

—¿A Zaragoza?? ¡ni loco!! ¡No quiero ver a ningún caqui!! Si voy, iba a andar disparando todo el tiempo a todo lo que viese... No. Vosotros id. Chaval: id con Dios. El no os abandonará, y... ojalá que encuentre a su familia. A mí dejadme aquí en mi molino. Es mi fortaleza... de aquí nadie me saca que los míos no están enterrados muy lejos... Así lo hice para visitarlos todos los días. Siempre les llevo flores del camino. Comprended. Idos con Dios.

—Sigue afirmando su existencia —iba diciéndole Enrique a Delio a medida que se alejaba de allí.

—Viste... sigue afirmando su existencia —decía Enrique sin comprender.

* * *

Comenzaron de nuevo a internarse por las cumbres y los peñascos, evitando la carretera a orillas del río. El frío se hacía cada vez más intenso y la debilidad les iba reclamando algo de comer. Pensaron albergarse por unos jarales que parecían una cueva, cuando descubrieron, al llegar, que era una trinchera. Uno de los peñascos era un abandonado tanque blindado de fabricación alemana. Con cuidado, Delio salió de allí para espiar los alrededores. Todo tranquilo. Se abandonaron a comer, mientras discutían la táctica geográfica del tramo más corto a seguir.

—¡Alto o disparo!! —los sorprendió un soldado parado en lo alto de uno de aquellos peñascos, apuntándoles con un fusil.

—...somos paisanos... —dijo Enrique.

De repente, aquella figura armada se les tiró encima para arrancarles las mantas que llevaban puestas. A Delio le rasgó la camiseta para verle el hombro y mientras hacía lo mismo con Enrique, éste le preguntó: —¿Qué busca Ud.?

El soldado, todavía amenazándolos con el fusil, le preguntó a Enrique: —la camisa roja... ¿sois anarquistas?

—Yo sí —se adelantó Delio a admitirlo.

—¿De qué bando?

—De la O. I. A.

—Vamos —les ordenó el soldado marchando detrás de ellos.

Llegaron a un campamento muy bien armado de trincheras, tanques, fusiles, ametralladoras, antiaéreos y teléfonos de campaña.

—Delio, ¿dónde habremos caído?

—Enrique... me parece que estamos en territorio conocido.

—Encontré a éstos en el camino —le dijo el soldado a otro que parecía ser un general.

—Ahora voy, detenlos.

—¿Qué hacemos con ellos, mi general?

—Ahora voy...

Mientras se acercaba la remellada figura del general, iba cobrando visos grotescos. Con ojos de breque, y voz de soprano desentonada, comenzó a preguntarles: —¿qué hacíais por estos lugares?

—Vinimos buscando a mi familia —respondió Delio.

—¿Entonces no vivís aquí?

—Yo no. Mi amigo sí —dijo Enrique.

—Ah, ya veo. Fuiste a buscar a tu amigo —dijo dirigiéndose a Delio, y concluyendo: —por eso andabais por zona de combate, no?

—¿Cuál? Andamos algo desorientados —admitió Delio.

—¿De dónde venís?

—De la prisión —le contestó Delio.

—¿Cuál?

—La de Lérida.

—Allá fueron a parar muchos de... —iba a decir ‘los nuestros’, cuando decidió continuar:

—¿Cómo os llamáis?

—Enrique Vergara de Bode, catalán.

—Delio Caballero, aragonés.

—Por alguna casualidad... —hizo una pausa el de ojos de breque observando a Delio con curiosidad:

—¿...por alguna casualidad... eres pariente de Rolando Caballero?

—Hermano. ¿Le conoce Ud.? —iba diciendo Delio a medida que sus ojos se iluminaban. —¿Dónde, dónde está mi hermano?

—¡¡Rolandooo!! —iba desentonando el general a medida que los ojos de Delio se abrían más a la esperanza.

—¡Rolandooo!! —continuaba desentonando.

La frente de Delio parecía más despejada. Su rostro resplandecía con una nueva luz. —¡Enrique!! —exclamó con dulzura llegando a su amigo un timbre muy nuevo despertando un sentimiento de ternura.

*

—A sus... ¡Delio! ¡te creíamos muerto! —exclamaba abrazando a su hermano.

—¡Rolando!! ¡yo temía por todos vosotros! Dime, ¿cómo está la madre? ¿el padre? ¿Juliancito? ¿Alicia? ¿Juan Luis? ¿María Elena? —preguntaba ansioso mientras abrazaba a su hermano mayor.

—Todos están bien... excepto el padre.

—¿Qué ha pasado??? —preguntó alarmado.

—¡Rolandooo!! —volvió a desentonar el general que se había distanciado un poco dejando a los hermanos juntos.

—Ahora te explico, Delio. Deja ver qué quiere el general.

Mientras la figura corpulenta de su hermano mayor se iba alejando, el rostro de Delio fue contrayéndose... ensombreciéndose en el silencio de aquellos minutos que parecían una eternidad.

—Dígame, general, a sus órdenes.

—¿Es ése en verdad tu hermano?

—Sí.

—Comunícale inmediatamente a él y a su amigo que les necesitamos aquí en las filas del campamento...

—¿Y si se niegan?

—¡Cómo van a negarse!

—Bueno... ¿y si se niegan?

—¡No se trata de mí ni de ti! ¡Estamos en guerra!! ¿Todavía no lo entendéis?
¡Se trata de defendernos! ¡Comunícaselo inmediatamente!

—Sí, mi general —le dijo Rolando a medida que caminaba hacia Delio, quien, desesperado por saber de su padre, se lanzó hacia él agarrándolo por los hombros.

—¿Qué le ha pasado al padre, Rolando, qué le ha pasado al padre? —preguntaba alarmado.

—Lo mataron.

—¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Cómo??

—Don Fermín... ya sabes lo que sucedía... fue delante de Juliancito.

Pasaron unos minutos de silencio.

A medida que Delio cobraba conciencia de lo sucedido, comenzó casi a gritar:

—¡Criminales! ¡¡Asesinos!!

—¡Delio, cuánto lo siento! —le dijo Enrique conmovido.

—¡Mi padre muerto!

—¡Hermano! —le dijo Rolando abrazándolo.

Volvieron a pasar unos minutos de silencio. Rolando lo apartó de sí. —Delio, todavía tenemos mucho que hablar —le dijo poblando aquel silencio.

—¿Juliuncito? ¿La madre? —decía reaccionando.

—La madre, ya te podrás imaginar... Juliancito, bien. Es Juan Luis. Anda desaparecido... desde el día de la refriega no lo hemos vuelto a ver.

—Llévame hacia donde están los míos, Rolando, por Dios. Llévame hacia donde están ellos —decía reflejando en su mirada la angustia, el dolor.

—No puedo. Son órdenes del general. Aquí debo permanecer. Los nacionales a cada rato nos sorprenden y no podemos descuidarnos. El general me acaba de comunicar que os necesita en las filas del ejército —decía mirando ahora a Enrique. —Usted es...

—Enrique Vergara de Bode —le dijo dándole la mano y añadió: —Siento mucho lo sucedido, Rolando, Delio. Aquí me tenéis, como a un hermano más.

—Gracias, Enrique.

—Rolando... llévame a verlos... —continuaba insistiendo Delio.

—No puedo...

—Dime entonces dónde están... ¿están en la casa? ¿en casa de doña Inés? ¿en el pueblo? ¿dónde, dónde están?

—En la casa. La madre no quiere irse de allí.

—Vamos, Enrique.

—No, Delio, no os podéis marchar. Son órdenes.

—Ya no somos penados. ¡Vámonos, Enrique!

Rolando, al ver la determinación de Delio, comprendió que tenía que hacer algo por él: —Esperad... volveré a hablar con el general. No te prometo nada. Esperad aquí.

Mientras Rolando se alejaba, Enrique le dijo a Delio: —¿sabes? mi apoyo no te faltará. Te estoy queriendo como a un hermano...

—Yo a ti también, Enrique.

—Escucha... en cuanto al general... es lógico que nos necesiten aquí, pero...

—...Es cuestión de principios, Enrique. Si me lo exigen, yo no puedo negarme... ellos luchan por mi causa.

—Vamos a ver a tu familia primero... hasta aquí llegamos para eso y no vamos a dejar de hacerlo por nada ni por nadie. Recuerda.

—Bien. Pero si nos lo impiden y tú tienes que regresar solo a Barcelona, tu vida puede correr peligro...

—En cuanto al regreso, ya veré cómo me las arreglo cuando llegue el momento. Pero en cuanto al reclutamiento, yo no sé qué es eso de tomar un fusil en mis manos y menos para luchar por una causa que desconozco —iba diciendo Enrique cuando Rolando llega con una nueva luz en el rostro:

—¡Delio!! ¡Ha accedido!! ¡Vamos!! ¡Las patrullas de camino nos pueden custodiar hasta allá! —anunció Rolando.

Después de los preparativos y una espera que a Delio le pareció una eternidad, llegó la patrulla: un grupo de milicianos montando en burro, en camisas rojas, cascos de combate y fusiles.

—¡Vámonos! —gritó uno de ellos mientras disponía de tres burros para los nuevos patrulleros.

Enrique vio que algunos de aquellos milicianos llevaban unos pañuelos en listas diagonales rojas y negras. Sintió náuseas... un vago olor a huesos...

—¡Vámonos! —gritaron con urgencia.

* * *

El sol iba perdiéndose ciegamente en el horizonte, mientras Delio avanzaba misteriosamente por las venas de un tiempo desconocido. Había vivido esos días y su padre ya no vivía... y lo había visto en su futuro, visitándoles a él y a su Eugenia en Barcelona... él de estudiante... graduándose... con la toga y el diploma... y su padre... vistiendo su pasado... indicándole el camino... no vio nada... no veía nada... la sotana... la capa del torero... la camisa roja... no veía nada... temía... ¿él? ¡No! ¡Él no le temía a nada!... quería perfumar su interior con el aroma de la cocina de Eugenia... los espárragos y la longaniza de Fuentes... o los huevos al salmorejo... el cazo quemándose al fuego... hacerle el amor a Eugenia... ¡qué diablos estoy pensando!! ¡Mi padre está muerto!!... escuchas, Delio... tu padre está muerto!! ¿a qué le temes?... ¡Dios mío! A nada... no le temo a nada... ¡Juliancito... la voz de la madre... ¡hermano! le tocó vivir esos momentos de terror de ver cómo nos mataban al padre... ¿y nosotros? ...¡ciegos!... ¡asesinos!! ¡¡criminales!!!... bueno... Delio... ¿y qué vas a hacer ahora? ¿lanzarte sobre el tal Fermín y arrancarle el corazón?... ¡no!... (vio la sangre)... ¡tú!... no, yo no... ¡tú! el que le afirmaste al molinero que la vida es una prueba... ¿yo?... el que ahora está tratando de hacerte ver... ¿qué?... ¿a qué prueba te está sometiendo Dios ahora? ¿a mí?... ¡piensa en tu madre! sí... piensa en ella!!! ¿a qué prueba la está sometiendo Dios a ella? ¿A Juliancito?... no... no puedo creer que esto sea una prueba de fe... no me

abandones... ¡Dios mío!.... déjame sentirte cerca... dime... pero dime... ¿no tengo derecho a saber por qué? ¿por qué?... por...

A su lado, Enrique, fiel, iba sintiendo el pulso de Delio rendirse lentamente al desconocimiento de un paisaje que lo iba anestesiando. Poco a poco él también se fue abandonando a las extrañas imágenes que comenzaban a revelarle la limitación de no ocupar el alma de su amigo con los dioses del consuelo. Fue extendiendo su mirada por aquel valle oscuro, buscando alguna imagen que le tradujera alguna idea fiel de la no-muerte para ofrecérsela a su amigo y así alimentar aquella llama interior que a él lo había albergado en la prisión cuando más lo necesitaba.

Continuaba callado. Sentía una represión vital que no podía romper. Temía que cualquier imagen se metamorfoseara en el dios de la compasión y la misericordia, debilitando la poca fuerza que todavía sustentaba a su amigo. Continuaba callado. Sentía ahora mucho más una represión vital que no quería romper... Se vio en aquella caravana de penados camino a la hoguera de un silencio sin llamas...

—¡Delio! ¡Enrique! ¡Llegamos!! —gritaba Rolando, quien había ido presidiendo aquella caravana.

Habían llegado a la aldea de Santángel de Seo sin ver los escombros que la noche celosa escondía, y ahora se encontraban ante unos alambrados entretejidos a unos setos que marcaban la entrada a la hacienda O.I.A.

Después de despedirse de la patrulla de milicianos, comenzaron a internarse por aquel lugar. Apenas se distinguía nada... la oscuridad los iba abarcando a medida que trataban de abrirse paso por una senda obstruida por tablas quemadas, maderos, troncos y ramas de árboles. Rolando y Enrique fueron despejando aquella vereda mientras Delio los ayudaba sin haber despertado al hecho de que ya se encontraba allí... a pocos pasos de los suyos.

—¡Delio... despierta! —le gritaba Rolando montando de nuevo en su burro.

Continuaron el camino. Delio iba viendo imágenes extrañas... ésa no era su hacienda... no reconocía nada. Pararon frente a dos casas muy largas, una de ellas, semidestruida por el fuego. Todavía conservaba la parte central intacta.

A la par que los tres pisan el portal de una de aquellas casas y Rolando grita, ¡madre!!, salen cuatro figuras exclamando con sorpresa: —¡¡Rolando!! ¡¡¡Delioooo!!!

—¡Hijo!! —exclamaba conmovida una hermosa mujer mientras abrazaba a Delio.

—¡Madre!! —decía Delio despertando a la ternura de su madre, acariciándole sus cabellos grises.

—¡Hijo! ¡cómo he rezado por tu vida! ¡Dios ha escuchado mis ruegos. El ha visto el sufrimiento de mi alma!! ¡Gracias, Señor! —rezaba la madre mientras con ambas manos sujetaba el rostro de su hijo como si temiera que se desvaneciese en sus sueños.

Todos en fila esperaban su turno para abrazar a aquel hermano que habían creído perdido. Enrique los iba observando. Le llamó la atención un hermoso cabello negro peinado en una trenza gruesa que se perdía más allá de su

cintura. Aquel otro debía de ser Juliancito que parecía menor de lo que era... y María Elena sería seguramente la rubia alta de ojos color miel.

—Ud., joven, ¿es amigo de mi hijo? —le dijo la madre mirándolo con una dulzura para él poco conocida.

—Sí, amigos como hermanos.

—Para mí, tener un hijo más es una bendición... basta que quiera a mi hijo así —le decía tomando sus manos y cubriéndolas con una de las suyas, todavía temblorosas de emoción. Su mirada lo acogía en el calor de aquel hogar.

—Hijos, entrad...

—¡Yo soy Alicia! —le dijo con un tono claro y firme la de la trenza negra. Era bellísima.

—Y yo soy María Elena —le decía suavemente la rubia alta mirándolo con sus bellos ojos color miel.

—Yo soy Enrique —dijo estremeciéndose mientras tomaba entre las suyas la mano delicada que ella le ofrecía.

—¡Y yo Juliancito! —dijo con voz de pitido.

—Mamá, voy a prepararles algo de comer. Seguramente vienen famélicos de haber pasado hambres terribles —dijo Alicia.

—Sí, hija, ve, que yo iré a ayudarte en unos minutos. Les voy a preparar un buen baño caliente —dijo la madre.

—Y yo iré a arreglar las alcobas —dijo María Elena.

—Delio... Enrique... idos a descansar... se les ve muy fatigados... Ya mañana será otro día... hablaremos con más tiempo y más descansados todos. La emoción ha sido muy fuerte. Enrique... ésta es tu casa mientras quieras, que siempre será tu hogar. Idos a descansar. Yo os llevaré la comida a la cama — dijo la madre dándoles un beso en la frente.

—Hasta mañana, madre. Ud. también descanse.

—Nunca olvidaré sus palabras —le dijo Enrique besándole las manos.

Se percibía el resplandor del sol queriendo penetrar por aquellas persianas de tablillas que heroicas resistían su fuerza. Enrique abrió los ojos a un perfume que invadía aquella alcoba de una suave femineidad. Alguien había puesto en la mesa de noche, un delicado jarrón de porcelana con unos ramos de violetas. Vio un bello armario de caoba en la pared de enfrente, y hacia los extremos de las ventanas, unas cortinas estampadas recogidas a los lados. Sintió el mullido colchón de aquella cama armada con una cabecera de caoba que hacía juego con los demás muebles. Había dormido profundamente. ¿Cuántas horas? No lo sabía, pero debían de haber sido muchas. Se sentía cómodo allí... no quería levantarse... Miró hacia la cama de Delio... estaba vacía. ¿Habría dormido allí o en otra alcoba? Parece que allí porque percibió el edredón y las almohadas algo en desorden. Se levantó estirándose con determinación y comenzó a hacer sus ejercicios diarios. No quería dejar de hacerlos ahora que podía. Respiró hondo y volvió a sentir el perfume de violetas invadir su cuerpo. Se sintió distinto, renovado, con energías para afrontar un día nuevo, lleno de un nuevo resplandor. Buscó algo de ponerse en el armario y salió de la alcoba.

—Buenos días —dijo saludando a la madre que estaba en la cocina preparando la comida del día.

—¡Buenas tardes, Enrique! Has dormido casi quince horas o más. ¡Así estarías de fatigado! —dijo la madre mientras Enrique se le acercaba para darle un beso en la frente.

—¿Cómo te sientes, hijo? —le dijo de nuevo con aquella dulzura...

—Ya más repuesto, madre. ¿Dónde anda la familia?

—Rolando regresó al campamento. Delio debió salir muy temprano porque ni Rolando ni yo lo hemos visto. Yo siempre me levanto con el sol pero él debió despertar antes del amanecer. Alicia se fue a caballo como hace todas las mañanas desde que murió el padre, y María Elena fue al pueblo con Juliancito a buscar viandas y víveres.

—Déjeme ayudarla.

—De ninguna manera. Toma. Te había preparado este zumo de naranjas desde temprano. ¿Tomas café?

—Sí.

—¿Quieres una tortilla de patatas? Ya es casi la hora del almuerzo y los muchachos no han de tardar. Tal vez Delio haya ido a casa de su novia.

—Eugenia. Me ha hablado mucho de ella. Parece enamorado.

—Yo no lo creo. Me parece que es más bien una pasión que un profundo amor. Ella no es una chica tierna. Tiene un carácter fuerte, duro, a veces, demasiado duro. Y Delio es muy apasionado. Ella al principio ni lo miraba, pero Delio insistió hasta que bueno... comenzaron a enamorarse. Pero siempre tienen disgustos, peleas. Y tú, Enrique, ¿eres casado o soltero?

—Yo nunca me he casado. Vivía demasiado entregado a mi profesión... mis estudiantes eran mi familia. Cuando comencé a enseñar, comprendí que la enseñanza es una entrega...

—Sí. Lo entiendo muy bien —dijo la madre identificada con él. —Yo fui maestra hasta que me casé. Pero viví esa entrega, esa dedicación: fui maestra, madre, familia, cura...

—¿Cura? —dijo Enrique echándose a reír.

—Sí, cura, porque los estudiantes venían a mí para

—No entiendo bien lo que quiere decir con ello —decía Enrique aturdido.

—Cuando nos abrimos al ser amado, aun a expensas de no ser comprendido, estamos diciéndoles que nos importa su presencia en nuestra vida, le damos importancia a su persona, a sus pensamientos, a sus sentimientos...

—¿No cree, madre, que si nos abrimos al otro, estamos cerrando algo en ellos? ...¿tal vez... su propia expresión?

—Enrique... ¿y cómo puede surgir el diálogo si no es así? ¿No has observado cómo las flores se abren a la menor caricia del sol?

—...pero se cierran...

—Después de abrirse, después de dejarles saber al mundo que el sol es lo que las nutre... lo que les da vida. Cuando amamos y compartimos, el alma se abre como una flor para dar y recibir. ¿Cómo, Enrique... cómo se puede recibir con el alma cerrada?

—¿Y ese es el punto que Ud. no ha encontrado en su hija?

—No del todo. A veces he creído llegar a algún rincón de su alma, y después surge algo que me desengaña.

—¿No será que Ud. se aproxima a ella con una idea preconcebida de como ella debiera de ser, y ella se cierra porque el sol es demasiado fuerte y sus tiernos pétalos en vez de recibir vida, estén recibiendo su muerte?

—Nunca lo había pensado así —dijo la madre estremeciéndose. —Yo me echaba la culpa de su hermetismo pensando que tal vez no la supe querer como a los otros. A Delio, por ejemplo, siempre sentí que aún si no lo hubiese querido así, él se hubiese abierto al sol de forma igual porque es como una flor silvestre...

—¿Qué hace a un ser humano ser como es? ¿Cómo siendo de una misma madre, pueden crecer de forma tan distinta? Ud. misma ha dicho que Delio es como una flor silvestre... ¿de dónde proviene esa fuerza? ¿Por qué madre, por qué cree que lleva culpa en la forma en que se ha desarrollado la personalidad de sus hijos?

—Enrique... porque... madre hay sólo una, y a los hijos se les quiere de una forma muy distinta. El amor que yo le tengo a Alicia no es el mismo que le tengo a María Elena...

—¿Es la culpa de no quererlos a todos de la misma forma? ¿No habrá un punto que los une a todos en un mismo amor? ¿Qué siente cuando piensa en todos a la vez?

—Una prolongación de mi persona en ellos, un sentimiento infinito de ternura...

—...amor...

—...pero entonces despierto a la individualidad de cada uno... a rasgos que desconocía, a palabras que nunca les había enseñado...

—...a la propia vida reclamando su propio crecimiento.

—Sí... y me maravilla... y me sorprende... y me maravilla... y entonces me siento viva en ellos de una forma distinta.

—¿Y en María Elena?

—También en ella. Sus ojos me revelan dulzura, y la absorbo pero no puedo ahondar más allá...

—Ahora recuerdo una frase de Delio que se la digo pensando en todo lo que me ha dicho: ‘creo que Ud. se exige demasiado a sí misma al sentir esa responsabilidad. Ellos mismos son responsables de sus reacciones, de sus conductas, de... su propia personalidad...

—Yo siempre respeté esa capacidad innata en los otros para el propio desarrollo... pero al tratarse de los hijos... uno va viendo cómo se van escapando de uno mismo...

—¿A qué le teme, madre? ¿A la muerte?

—Eso es algo que siempre pienso... sobre todo desde que me mataron a mi Chema...

—¡Madre!!! —gritaba Juliancito entrando con las compras del mercado.
“¡Madre!! ¡Mire lo que conseguimos!! ¡No lo va a creer!!

—¿Qué cosa, Juliancito?

—Hola, madre —decía María Elena llegando hasta ella para darle un beso.

—Hola, Enrique.

—Permíteme, María Elena —le dijo Enrique to-mando una de las cestas que ella traía. —¿Cómo os fue?

—En el pueblo no se habla de otra cosa que de la guerra y todos andan armados. Dicen que tal vez llegue aquí muy pronto... que siguen los bombardeos por la Zona Roja hacia el norte del Ebro.

—Tenemos que rezar —dijo la madre.

—¡Madre... no ha visto todavía la sorpresa que le hemos traído! ¿No ha visto, madre? —decía Juliancito sacando de la cesta unos tentáculos oscuros.

—¡Percebes!

—¡Sí, madre!! ¡Para Ud. que tanto le gustan!

—¿Pero cómo habéis conseguido esto?

—Alguien que acababa de llegar del norte... los trajo de allá.

—Gracias, hijo. ¿Habéis visto a Alicia?

—No ha de tardar, madre —le dijo María Elena disponiéndose a ayudarla con los preparativos para el almuerzo que ya estaba casi listo.

Enrique observaba sus movimientos, su rostro, sus ojos, y sintió curiosidad por hablar con ella.

—¡Hola, mamá! ¡mira lo que os traigo! —decía Alicia mientras entraba besándolos a todos.

—¡Flores! ¡Madreselvas! ¡Qué bellas!

—...entonces... fuiste tú la que puso las flores...

—decía Enrique cuando María Elena se volteó para mirarlo.

—No, fui yo —dijo ella.

Durante el almuerzo, Alicia, María Elena y Juliancito contaban las anécdotas del día. Se habló de todo: de comidas, de percebes, de política, de caballos, de la vida de Enrique... se habló de todo, menos del padre. Se había hecho un círculo de silencio alrededor de él. Enrique observaba a Alicia, aparentemente despreocupada, conversadora, con un buen sentido del humor; mientras María Elena era más reservada, observadora y tal vez profunda...

Después de almorzar, Enrique salió para caminar un poco por aquellos alrededores. No sentía sueño... había dormido mucho y había despertado tarde... era mejor esperar a la noche, y volver a dormir como lo había hecho la noche anterior. Fue camino a la caballeriza para ver aquellos caballos de los cuales Alicia le había platicado tanto. Fue acercándose cuando creyó percibir unos sollozos... fue dirigiéndose hacia el lugar de donde venían cuando descubrió a Juliancito de cuclillas sollozando.

—¡Juliancito! ¿Qué te pasa? —le decía Enrique agachándose, tratando de encontrar su mirada.

—¡Nada! —le respondió tajante, seco. Nada. No me pasa nada.

—¿No crees que los hombres lloramos también? Yo he llorado muchas veces...

—Yo no. Yo nunca lloro —decía sin poder controlar las lágrimas que le brotaban de sus ojos.

—¿Es tu padre?

—Sí.

—¿Lo extrañas mucho?

—Sí —iba admitiendo mientras su cuerpecillo se sacudía sin poderlo controlar.

—¿Quieres hablar conmigo?

—Esta es la hora en la que el padre nos daba la lección diaria mientras la madre hacía sus labores en la casa... —decía volviendo a llorar.

—¿Y tú estudiabas mucho? ¿Aprendías bien todo lo que él te enseñaba?

—Trataba, pero no me gusta estudiar.

—¿Por qué no te gusta? ¿No te interesa aprender?

—Antes... no me gustaba hacer los deberes. Alicia siempre me mortificaba porque decía que yo nunca iba a aprender a escribir.

—¿Y por qué crees que ella te decía eso? ¿Sólo para mortificarte o por celos?

—¿Por celos? ¡Si ella era la preferida de papá!...

—No, no digo por celos de hermanos... que son naturales. Siempre entre los hermanos hay celos. Lo decía porque tal vez tú aprendieses más rápido que ella...

—...un día... —de pronto fue recordando a medida que sus ojillos negros se iluminaban. ...un día... papá nos explicó cómo se producían las estaciones.

—¿Las estaciones del año?

—Sí. Y yo lo entendí muy bien. Cuando papá le preguntó a Alicia, ella no supo responderle y yo sí.

—¿No te sentiste muy orgulloso de ti?

—Sí.

—¿No crees que tu padre estuvo muy orgulloso de ti, que le diste la alegría de interesarte por lo que él te explicaba?

—Creo que sí.

—Y tu madre... ¿no crees que ella se sentiría orgullosa también si supiera que tú te interesas por saber?

—Tal vez...

—¿No estás seguro?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ella también nos explicaba cosas... pero siempre andaba metida en la cocina, lavando, trabajando y no tenía tiempo para estar con nosotros... nada más que cuando nos daba las clases.

—No tendría quien la ayudara.

—¡María Elena que para eso es la mayor!

—¡Pero María Elena también tenía que aprender... además ella todavía es muy joven... sólo tiene dieciocho años! Ya verás, Juliancito, que a medida que vayas creciendo, el tiempo te irá mostrando que tus hermanos no son tan viejos como tú los ves ahora. ¿Qué edad tienes?

—Trece...

—Ellos también tuvieron trece años, y a ti te debió de parecer en aquel entonces, que ya eran unos viejos con barba blanca... así como...

—¡El viejo de los molinos de viento!

—No, ése era Don Quijote, y no tenía barba blanca.

—Yo siempre me lo imagino como el viejo de la barba blanca...

—Pero él no era tan viejo... —decía Enrique observando cómo el rostro de Juliancito había ido cambiando y ya estaba más animado.

—Dime, Juliancito. ¿Por qué no me llevas por los alrededores? Yo no conozco nada de esto.

—Bueno... vamos... —dijo ensillando a dos caballos muy hermosos.

Recorrieron casi toda la hacienda. Juliancito iba mostrándole los alrededores que habían sido destruidos en la refriega, mientras Enrique se preguntaba en qué lugar habrían asesinado a 'Chema'. De pronto, Juliancito para abruptamente el caballo que a su vez da un relincho alzando las dos patas delanteras, tumbándolo del asiento. Enrique fue velozmente hacia él.

—¿Estás bien? Dime, ¿estás bien?

—Sí... fue sólo un susto.

—¡Menos mal!... ¿fue aquí, no?

—Sí, aquí fue —dijo estremeciéndose de nuevo, pero ya sin llorar.

—Vamos... vámonos de aquí —le dijo, mirando cómo Juliancito, ya más repuesto, se montaba en el caballo sin su ayuda, disponiéndose ambos a regresar a la casa.

* * *

—¡Hola, María Elena! ¿Qué haces tan callada en este rincón oscuro? —decía Enrique mientras entraba en aquella sala acogedora, e iba hacia la chimenea frotándose las manos para hacerlas entrar en calor.

—¡Hace frío! —siguió diciéndole, observando cómo ella ponía a un lado un libro.

—¿Qué lees? —y cogiendo el libro en sus manos, leyó en voz alta: “¡Víctor Hugo, *Les Misérables*... y en francés!... ahora recuerdo que Delio me había dicho que tu madre les había enseñado el catalán y el francés. Tú también aprendiste, ¿no?

—Sí.

—¿Te gusta leer novelas...?

—No.

—¿Y por qué leías ésta...?

—Es distinta. Esta no es sólo una novela... es un documento social e histórico...

—¿Te gusta la historia?

—Sí, mucho.

—A mí también me gusta mucho, y ésta ha sido una de las novelas más preferidas. Cosette... Jean Valjean... son personajes que me acompañaron mucho en mi juventud...

—¡Ud. no es tan viejo! —le dijo mirando su rostro con curiosidad.

—No lo parezco, pero a veces me siento como el viejo de la barba blanca —decía recordando a Juliancito.

—¿Qué edad tiene, Enrique?

—Acabo de cumplir treinta y tres...

—A ésa se le llama la edad de la conciencia...

—Creí que ibas a decir la de Cristo...

—No.

—Lo asociaste... ¿lo pensabas?

—...sí...

—...pero...

—No.

—¿No crees en él?

—No es tan fácil.

—¿Sí o no?

—Enrique... por favor...

—Yo tenía entendido que tu padre os enseñaba los dogmas de la iglesia...

—Sí, pero nunca nos inculcó ninguna creencia. Nosotros no somos practicantes, con la excepción de mamá.

—Dime, y tú, ¿crees en Cristo? ¿crees en Dios?

—Creo en Dios.

—¿Y en Cristo?

—...por favor...

—Dime, María Elena...

—Me va a creer una hereje. Prefiero que Ud. me hable de sus creencias.

—Yo no soy creyente, María Elena, y no quiero influir en tu forma de pensar.

—Bueno... yo no creo que Cristo haya sido el hijo de Dios. Si hubiese sido, entonces, Dios para mí no tendría sentido.

—María Elena... eso que me dices... ¡Mira los siglos que hace, y todavía su sentido sigue alimentando la fe de los pueblos!

—Por la desesperación, por la orfandad... porque si desde temprano se le enseña a un hijo a amar, no necesitaría desesperadamente buscar un símbolo para poblar el camposanto de su corazón...

—Entonces, ¿por qué crees en Dios?

—...Dios es otra cosa... No es un símbolo. Se le siente en uno. Yo lo he sentido en mí. Lo he visto en la

—De una forma muy vaga, sin concretar datos.

—¿Y qué me dices de todos los copiosos volúmenes que los siglos han acumulado de investigaciones, de interpretaciones...

—Enrique... ¿no cree que si fuese un hecho probado, se necesitarían tantas interpretaciones, tantos estudios? ¿No cree que entonces existiría una sola religión? ¿Por qué entonces los judíos se afanan por desmentir que el Mesías ha llegado? Y entre ellos también ha habido mentes profundas. ¿Por qué, si Cristo era el hijo de Dios, no predicó por todos los rincones del mundo? ¿Por qué no llegó a tantos que vivían en la oscuridad? Cuando leo, por ejemplo, que ‘la salvación se origina en los judíos’, y más adelante se aclara que ‘el padre busca a los de esa clase para que lo adoren’, me niego a aceptar este tipo de exclusión a otras razas. ¡Son tantas las preguntas!... ¡y mucho más las interpretaciones que debieran de ser una y única!

—¿Y no es eso mismo lo que tú estás haciendo, María Elena? Estás viviendo convencida de tus propias interpretaciones, a pesar de tus dudas, que son muchas. Lo que no comprendo es tu advertencia original de que me pudieras haber parecido ‘una hereje’, que no es sino un concepto de la doctrina católica... Esa doctrina que ha subyugado por tantos siglos la capacidad innata de la inteligencia de seres como tú a despertar de una forma saludable a su propia conciencia, capitalizando la culpa y el pecado con el látigo de la inquisición... ‘por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa, por tanto...’ ¡daño! ¡debiera de quedar ese látigo enclaustrado y sepultado en las catacumbas!

—¿Cree que mi espíritu está dañado por esta formación?

—Tu espíritu tal vez quiera reafirmarse en ser dueño de sí mismo, luchando por la ilusión de una libertad que intuye... —decía Enrique tomándole las manos, y añadió:

—¿Sabes, María Elena?... Ahora, pensando en todo lo que hemos hablado, acabo de concebir la forma a una idea que hacía mucho tiempo sentía... Me has hecho concebir a una España sin la cruz que la ha martirizado hasta las entrañas. Antes de mi encarcelamiento, cuando estuve en Madrid, hablé mucho de esto con mi amigo Ramiro, quien me leyó una estrofa inédita de uno de los más tremendos poemas de Unamuno, titulado ‘El Cristo de Velázquez’, que decía más o menos: ‘Mira, mi España, tú has nacido adrede/ para erguir en tu cielo este tu Cristo/ para llevarlo al Maladeta altivo y allí plantarlo cara a Europa’. Y ahora, después de hablar contigo, siento mucho más la idea de que cuando el español deje de clavar la cruz sobre España, sobre su tan maltrecho y agónico corazón, en nombre de palabras cuyo significado matan con el acto, sobre un pecho sangrando siempre que pide ser liberado... que necesita respirar hondamente para sanar su herida tan profunda... si esto es posible... cuando dejen de martirizarla con la tiranía de la cruz... cuando el español conciba a una patria sin la cruz... entonces, y sólo entonces, podrá España respirar el aire puro de una existencia saludable —dijo exaltado y haciendo una pausa, continuó: —Yo también, como tú, me pregunto muchas cosas... si yo fuese creyente... si yo creyese en Dios, en el pecado original... entonces creería que Cristo como hijo de Dios, debió de haber nacido aquí en España, sobre todo ahora, en estos momentos históricos... cuando la Inquisición es todavía mucho más profunda.

—Dígame, Enrique, ¿no ha sentido la presencia de Dios en sí?

—No.

—¿Cree Ud. que la vida aquí en este valle de lágrimas es todo? ¿Cree que aquí termina todo?

—No es un fin... es un principio... por eso me reafirmo tanto en la vida, en la existencia...

—Pero no es libre.

—La libertad es sólo una idea, un concepto... una ilusión.

—Se siente. Sólo cuando sentimos a Dios en nuestra alma, después de despertar al cristo interno, podemos ser libres.

—¡No! ¡Todo lo contrario! Sentir a Dios en nosotros es añadir un yugo mayor al que ya todos llevamos... Nuestros pensamientos y acciones estarían dictaminados por la conciencia de El.

—De nosotros mismos, Enrique. No es el Dios de la Biblia... es otra cosa. Yo creo que Ud. no ha entendido lo que le quise decir cuando le hablaba de despertar al cristo interno... Me refería a asomarnos a nuestras propias honduras y penetrar hasta sentir desde lo más hondo del ser la plenitud de la creación, del origen...

—María Elena... hablas así porque eres mujer...

—¡Enrique!

—Perdona... no quise ofenderte.

—No, no me has ofendido —le dijo ahora tuteándolo. —En esa plenitud he sentido la presencia de Dios en mí. Y ello no quiere decir que mis acciones o

mis sentimientos estén ‘dictaminados por la conciencia de su presencia en mi vida’. No sé cómo explicártelo... —le decía ansiosa de hacerle comprender algo que ella sentía tan profundamente. Al no encontrar las palabras precisas, le dijo: —Enrique... ven conmigo... te voy a mostrar algo —y tomándolo de la mano de una forma muy espontánea lo llevó hasta las caballerizas. Ensillando a dos caballos, le entregó uno a él mientras ella montaba en otro.

Poco a poco se fueron internando por unos caminos que Enrique no había recorrido antes. Llegaron a una vereda tan estrecha que tuvieron que dejar los caballos y seguir a pie. Así, cogidos de mano, llegaron.

—Mira, Enrique —le dijo mostrándole una pequeña cruz al lado de una vasija con violetas.

—¿Es ésta la tumba de tu padre?

— Sí.

—¿Fuiste tú la que puso las violetas aquí?

—Siempre, todas las mañanas. Pero mira esto —decía mostrándole ahora algo verde que brotaba al lado de la cruz. —Lo descubrí esta mañana. Ya comienza a crecer... pronto se convertirá en árbol y dará frutos...

—¡María Elena! —le dijo atrayéndola hacia él. —¡ María Elena! —decía inclinando su rostro hacia el de ella... —María... —iba perdiendo en su boca que comenzaba a besar... —¡Enrique! —exclamaba ella ahogando su nombre en sus besos... besándose... abriéndose como una flor al sol... ¡Enrique!... ¡María!...

* * *

Al regresar, ya casi al anochecer, vieron a Delio y a la madre sentados en el portal de la casa, platicando.

—¡Hijos! Os he dejado la comida en la hornilla porque temía que se enfriara. Ya todos comimos.

—Ahora voy a preparar la mesa para Enrique y para mí.

—¡Enrique, ven! Siéntate que tenemos que hablar —le dijo Delio muy serio.

—¿Qué pasa, Delio?

—Le estaba diciendo a mamá que nos tenemos que marchar de aquí pero ella se niega a irse.

—No puedo, Enrique, Delio, comprendedme... aquí está mi Chema... Mi vida... todo... además... ¿a dónde iríamos?

—A cualquier otra parte... pero aquí no podemos quedarnos.

—Delio: eso se dice muy fácil pero hay que ver lo que cuesta dejar detrás todo lo que es de uno... y movilizar a todo un batallón como esta familia.

—Esas son excusas, madre, porque todos somos mayores y estamos dispuestos a trabajar. ¿O no lo hemos demostrado trabajando de sol a sol al lado del padre? ¿No lo hemos demostrado al ir a defendernos de los invasores? Ahora hay que pensar en el futuro...

—Delio... ¿cómo se puede pensar en el futuro sin una idea clara del presente? No sabemos lo que pasa en el país... Además, ¿a dónde vamos a ir? —insistía la madre.

—Yo los llevaré conmigo a Barcelona. Allí tengo una casa muy amplia donde todos podríamos vivir cómodamente. Yo creo que el cambio sería muy beneficioso para todos... para los muchachos... vivir en una ciudad donde hay más oportunidades de desenvolverse, de encontrarse...

—Por ellos iría... pero no por mí... Dejar esto para mí iba a ser un poco... como morir...

—Es natural, madre, porque desconoce hacia dónde va. Una vez allí, ya verá que el cambio iba a ser favorable para todos... —le afirmó Enrique.

—No seríamos carga para ti, Enrique, que ya sabes, trabajo donde sea y como sea, que soy fuerte y...

—...¡decidido! —Enrique le completó la frase echándose a reír.

—Sí, soy decidido.

—¿Y Eugenia?

—De eso hablaremos más tarde —le dijo Delio en tono de semiconfesión.

—¡Enrique! ¡Ya la comida está servida!

—Ya voy, María Elena. Piénselo, madre. Yo me tendré que marchar pronto y si se deciden, nos vamos todos juntos.

—...Enrique... temo... —le dijo la madre tomándole sus manos.

—No lo piense mucho, madre. ¡Todos a Barcelona!

—¡Vamos, Enrique! —volvió a insistirle María Elena.

—Sí, ya voy... todos iremos...

—¡Enrique! ¿qué haces? —le preguntó Delio entrando en la alcoba, observando a su amigo inclinado sobre la mesa de noche.

—Escribiendo.

—Deja ver... —dijo con curiosidad, tomando en sus manos un papel amarillento y muy estrujado donde había garabateado palabras ininteligibles. ¿Qué es esto, Enrique?

—Mi pergamino...

—Cosette... la orfandad... enseñar a amar... el silencio... la soberbia... el egoísmo... el origen... el pecado... España y su cruz... ¿Qué diablos es esto?

—Es muy complicado... ya lo iré desarrollando todo cuando llegue a Barcelona. Yo me tengo que marchar... ¿lo sabes? ¿Y tú? ¿Estás decidido, Delio?

—Sí, pero temo por la madre. Ella no quiere irse y estuve tratando de convencerla. Le dije que de cerrar la hacienda, no la perdería... que pensara en los muchachos... estamos en peligro aquí, Enrique. En cualquier momento puede haber otra refriega... hoy hice muchas cosas...

—Cuéntame.

—Primero fui a ver al viejo... tenía que rezar... recé mucho... ¿Sabes? Había despertado y salí con el fusil para...

—¿Con un fusil?...

—Sí... el que guardo siempre en el armario...

—¿Qué querías hacer, Delio??

—Ir a casa de don Fermín.

—¿Y fuiste?

—...sí...

—¡Delio! ¡No habrás...!

—No, no lo encontré, pero...

—¿Y si lo hubieses encontrado?

—Quería preguntarle por qué, por qué mató a mi viejo...

—¿Y crees que te lo iba a decir?

—No sé, pero tenía que confrontarlo.

—¿Con el fusil?

—Por eso fui a rezar primero... a pedirle al padre que me hablara... que me diera alguna señal...

—Tu padre está muerto, Delio.

—Sí, pero su alma vive. Sabe lo que pasa por acá...

—¿De verdad crees eso? ¿No crees que la muerte es ya un descanso de todo esto?

—...se ven las cosas desde otro ángulo... ¿recuerdas lo que me decías?

—Sí, pero yo hablaba de otra cosa. En todo caso, no recibiste ninguna señal. Fuiste tú el que se la llevaste a tu viejo con el fusil...

—¡No, Enrique!

—¿Qué querías... la venganza?

—La justicia.

—Por tu propia cuenta... ¿a qué le llamas justicia?

—Al reclamo del honor... a poner las cosas en orden cuando han sido manchadas...

—Tu padre está muerto, Delio, y no hay nada que puedas hacer para resucitarlo a la vida. ¿Qué querías... caer en lo mismo que condenas... en las manos del crimen? ¿Manchar con fango y sangre un lugar sagrado... el lugar sagrado del amor de tu familia? ¿De la memoria de tu padre?

—...Enrique... por favor... no sigas... ya todo eso lo pensé...

—Pero fuiste.

—...para hablar... para saber...

—¿Para saber qué? —dijo Enrique callando de pronto al ver el rostro de Delio tan ensombrecido.

—Bueno, bueno, Delio, dime... ¿qué hiciste cuando llegaste a la hacienda de don Fermín? ¿Alguien te vio?

—Sí.

—¿Quién? ¡Por Dios, Delio, quién?

—Eugenia.

—¿Eugenia? ¿Y qué hacía allí?

—No lo sé.

—¿No le preguntaste? ¿No querías saber?

—No tuve tiempo.

—¿Qué hiciste, Delio?

—...Enrique... no me preguntes...

—¿Qué hiciste, Delio!!

—Le hice el amor.

-¿Allí?

—Sí...

—¿Y tu honor??? ¿Ese honor del que me acabas de hablar??? ¡Delio! ¡Cómo has podido!

—Me estás juzgando, Enrique.

—Sí.

—Tú no comprendes... no sabes lo que sentía... la desesperación... el dolor... Lloraba... lloraba como un niño y Eugenia... reía... con una risa suelta... despiadada...

—...cruel...

—Sí, cruel... y mientras más reía más quería poseerla...

—Tener control.

—Sí, poseerla.

—No a ella. Poseerte a ti mismo.

—¿Qué dices?

—¿Recuerdas el sueño del ruedo?

—Enrique... ando muy fatigado... ha sido un día de muchas tormentas... y Juan Luis...

—¿Qué le ha pasado a Juan Luis?

—Estuve buscándolo... salí de la hacienda camino al pueblo...

—¿Lo encontraste?

—No. Pero me informaron que se había incorporado al P.O.U.M. ¡Mi hermano! ¿puedes imaginar?

—Pero Delio, ¿por qué es tan terrible que se haya incorporado al P.O.U.M.? Tú mismo me dijiste una vez que éstos no eran trotskistas...

—No, pero son muy militantes. Tienen un ejército muy bien organizado...

—Pero no luchan contra vosotros, ¿no?

—No, pero se han movilizado... ya no andan por acá.

—¿Cómo es que no le ha dejado saber a tu madre su destino?

—No lo sé.

—Delio, aclárame algo. Cuando fuiste a la hacienda de don Fermín...

—Enrique... por favor...

—¿Te vio alguien más?

—No sé quién era... estábamos Eugenia y yo en el corral haciéndonos el amor. La casa estaba deshabitada... la habían cerrado. Eugenia andaba por los alrededores cuando me vio llegar con el fusil. Me siguió... cuando nos estábamos haciendo el amor, alguien nos estaba vigilando.

—¿Cómo lo supiste?

—Oí ruidos detrás de unos arbustos.

—Temes ahora por tu familia...

—Sí, eso también.

—Dime, Delio... ¿temes que ese alguien haya sido uno de los jornaleros de don Fermín, o?

—¡No sé!

—...o tal vez... alguien que andaba por allí con...

—¡No! ¿Con Eugenia? ¡No!... —exclamó no muy convencido.

—Mañana, Delio, comenzaremos con los preparativos para irnos de aquí lo más pronto posible. Tenemos que preparar a tu familia para el viaje que nos

espera. No podemos irnos de la misma forma en que llegamos hasta acá. Tenemos que pensar en tu madre... aunque todavía es una mujer joven y saludable.

—¿Y cómo nos vamos a ir?

—Por la carretera central en las carretas que vosotros guardáis en las caballerizas.

—¿Y los legionarios?

—No creo que se atrevan a disparar a una familia con mujeres y niños bandeando la señal de la paz. A lo que hay que temer es a los bombardeos, o a pasar por zona de combate. Estudiaremos bien el mapa para tratar de llegar a la Estación de Ferrocarril. Una vez allí, en tren, estaremos a salvo.

—Eso espero.

—Mañana, ya más descansados, hablaremos del viaje con la familia. Ahora, vamos a descansar, Delio.

—Vale —le contestó su amigo también, muy fatigado.

—Hasta mañana.

Se oía un martilleo persistente en la ventana.

—¿Quién diablos nos estará despertando con ese... —decía Delio malhumorado, dirigiéndose a la ventana. Al abrirla, un olor a humedad invadió la alcoba. Llovía.

—¿Delio?... ¡buenos días!

—¿Qué buenos días de nada... ¡mira cómo está el tiempo!

—¿Qué quieres? ¡Que haya sol siempre! ¡Hasta la lluvia deja sentir la vida! ¡Es como si con cada gota que cayese, despertase algo nuevo en nuestro ser interno! —decía Enrique estirándose, sonriente... había soñado con María Elena.

—Voy a desayunar...

—...espera. ¿Por qué no hacemos los ejercicios matinales? ¿No recuerdas? Yo los sigo haciendo y me he sentido muy bien.

—Yo no ando hoy con humor...

—...te ayudarán 'a enfrentarte con un nuevo día'.

—Enrique... pareces un hombre enamorado... ¿María Elena?

—Más tarde te cuento. Después de los ejercicios.

—Bueno, vamos.

Enrique comenzó a estirarse con fuerza como todos los días mientras Delio hacía los ejercicios de flexión.

—¿Ves, Enrique? Se hacen así...

—¡Madre! ¿Cómo ha amanecido hoy? —le dijo suavemente María Elena mientras llegaba hasta ella para darle el beso matinal y ayudarla con los preparativos del desayuno.

—Estás muy guapa hoy, María Elena. ¿Qué te has hecho? ¿Es el pelo?... a ver... no... no es el peinado... es el mismo de siempre. ¿El vestido?... no... no es eso.

—¡Buenos días, madre! —le decía Delio al unísono con Enrique mientras ambos llegaban hasta ella para darle un beso.

—Buenos días... hijos. Aquí les prepararé el zumo de naranjas.

—¡María Elena! —exclamó Enrique al verla tan hermosa.

Ella se la quedó mirando.

—¡Vamos, hija! ¡Mira que ya los revoltillos andan listos.

—Ya voy... madre.

—Comenzaron a desayunar todos en silencio. Enrique y María Elena mirándose turbados. La madre pensando en lo que Delio le había dicho la noche anterior...

—¡Madre! ¡Hoy comenzamos los preparativos para irnos! —dijo Delio con un tono decidido y firme.

—...ya hablaremos...

—No se trata de hablar, madre, sino de hacer. ¡Hay que movilizarse!

—¿Irnos adonde? —preguntaba María Elena mientras Alicia entraba...

—¿Quién se va y a dónde? ¿Se marcha Ud. Enrique?

Hubo un silencio como si paralizara los movimientos de todos en una instantánea... se comenzó a oír el silencio suspendido en vilo.

—¡¡Yo de aquí no me voy!!! —desató Alicia su tormenta. ¡¡¡Yo de aquí no me voy!!! —volvió a gritar con una fuerza salvaje, dejándolos a todos en suspenso.

—Juliancito, hijo... ve a tu alcoba —le dijo la madre al hijo que se acercaba para darle un beso.

—¿Qué pasa, madre? —le preguntó en un susurro que todos pudieron oír.

—¡Dicen que nos marchamos!! ¡¡Os marcharéis vosotros pero yo no me voy... conmigo no contéis!!!

—Alicia... escucha... nos tenemos que ir... —le decía la madre acercándose a ella.

—Nuestra vida peligra aquí. Se espera que haya otra refriega más sangrienta aún —dijo Delio.

—¿Y quién ha decidido? ¿Por qué no me habéis consultado? ¿Ha venido alguno de vosotros a preguntarme, 'Alicia... ¿no crees que nos debíamos marchar???' ¡Pero no!! Aquí se toman decisiones sin contar con uno... ¡Y es mi vida!!!

—¡Hija! ¡Por Dios santo! ¡Yo siempre he tenido muy en cuenta tus sentimientos!

—Eso cree Ud., madre, pero jamás me ha preguntado ¿Alicia, no crees? ¡para lo que sea! Lo que hace es imponernos lo que siente pensando que así sentimos nosotros también. ¡Y no es así, madre!! ¡No es así!! ¿Acaso vino a preguntarme, Alicia, ¿no crees que debiéramos de enterrar a tu padre aquí? ¡No! ¡El padre le pertenecía a Ud. nada más! ¿Y nosotros, los hijos? ¡No contamos para nada en las decisiones grandes, no! —dijo llorando amargamente desapareciendo como un ciclón hacia su alcoba.

—Yo voy, madre. Ud. quédese. Son los exabruptos naturales de la edad... —le decía María Elena yendo hacia la alcoba de su hermana.

Enrique la siguió con la vista... observándola...

—Enrique... vas a pensar que somos una familia de salvajes. Esta es la primera vez que veo a Alicia reaccionar de esa forma. No le he dado una bofetada no sé cómo... Yo no creo en la violencia, ni en el castigo corporal, pero creo que los hijos necesitan de vez en cuando una mano firme.

—Madre... Alicia es muy voluntariosa... muy rebelde. Ud. le ha dado una buena educación. El que ella no haya aprendido es otra cosa —dijo Delio.

—Es la edad seguramente —dijo Enrique no muy convencido de ello, pero tratando de nivelar el aire de tormenta que Alicia había dejado allí.

—Enrique... por favor... no piense Ud...

—Madre... ¿por qué ahora me trata de 'Ud.*? ¿No soy de la familia? Me hace sentir como un extraño...

—No... perdona, hijo.

—Ud. no tiene por qué disculparse ni tratar de disculpar a sus hijos...

—Tal vez no los supe criar... —admitía con dolor.

—La enseñanza no depende sólo de nosotros, sino también de la voluntad del otro por aprender. Ud. ha sido una madre excelente. No se culpe por la forma en que ellos se han desarrollado...

—Enrique... una madre siempre siente culpa del desarrollo de sus hijos...

¿Porqué ellos mismos la hacen a Ud. sentirse culpable? ¡No tienen derecho! Es muy fácil culpar a los padres, a los hermanos, a los amigos de lo que no sale bien... de las propias ineptitudes. Es muy difícil admitir nuestras propias debilidades, nuestros defectos... pero hay que crecer. Alicia tiene que encontrarse a sí misma... y mientras viva tan limitada en este círculo donde no hay ambiente para una chica joven y tan bella como ella...

—Enrique... temo que la ciudad la eche a perder.

—¡Todavía más de lo que está! —dijo Delio bromeando. —Yo creo que debemos de comenzar a prepararnos para la partida.

—¿Para cuándo? —preguntó la madre con tono muy triste.

—¡Para hoy! —dijo Delio.

—No, Delio, para hoy, no. Dejémoslo para mañana. Tengo mucho que hacer...

—iba suplicando la madre.

—¿Qué tiene que hacer? —insistía Delio.

—Hacer el equipaje...

—No se puede llevar mucho... tiene que escoger cuidadosamente lo más necesario —le advirtió Delio, añadiendo: —¿Y qué más necesita hacer?

—Ir al pueblo... cambiar unos cheques.

—No, iré yo —le afirmó su hijo.

—Delio... cuando mataron a tu padre y don Fermín desapareció por el temor a que los jornaleros de tu padre lo mataran... ya sabes que lo adoraban... digo, cuando mataron a tu padre y yo le tuve que hacer frente al problema económico de la familia, fui al pueblo con los cheques que tu padre por mucho tiempo no había podido cobrar.

—¿Y lo consiguió?

—Sí, hijo. El padre Bartolomé me ayudó.

—Entonces, ¿no necesita mi ayuda? —se ofreció Delio.

—No, hijo, gracias. Haz tus cosas. Empaca lo tuyo.

—Bueno... dejamos el viaje para mañana. ¿Qué te parece, Enrique?

—Bien, bien —le decía mientras Delio se disponía a salir.

—Tengo algunas cosas que hacer, madre, pero regresaré temprano para preparar los caballos, el equipaje y hablar con todos a la hora de la cena.

—Ve con Dios. —Y dirigiéndose a Enrique: —Dime, ¿no has podido comunicarte con tu familia?

—No. Les envié una carta. Por Barcelona todo anda tranquilo por el momento. Creo que ellos estarán bien.

—Preocupados... tal vez angustiados...

—Sí...

—¡Madre... ya viene... —anunciaba María Elena entrando.

—Perdone, madre... no quise ofenderla así —le dijo Alicia dándole un beso.

—No te preocupes, hija. Yo siempre te he querido mucho. ¿Lo sabes?

—Sí, y yo a Ud. Perdone... es el dolor de dejarlo todo... a papá... la hacienda, los amigos... toda una vida... todo lo que ha pasado... Perdone —decía mientras la madre se levantaba para abrazarla y darle un beso.

* * *

—María Elena...

—Enrique... ven... —le dijo tomándole la mano. Salieron hacia el portal, sentándose muy juntos.

—Escucha, María Elena... ¿comprendes que tenemos que marcharnos de aquí?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo?

—Por la madre.

—¿No por vosotros? ¿Por ti?

—No.

—¿No quisieras ir conmigo?

—Enrique... por favor... —decía huyendo de su mirada.

—¿Qué sientes por mí?

—Todavía es demasiado pronto para hablar de nuestros sentimientos...

—Para el amor no hay tiempo.

—...enrique... —iba ahogando en sus besos.

—...maría Elena... ¿no me amas? —le suplicaba besándola por el rostro, en la boca.

—Aquí no, que nos pueden ver.

—¿Dónde?

—Ven —y cogidos de mano, corriendo para escapar de la lluvia torrencial que caía, llegaron a una glorieta escondida entre unos avellanos que Enrique no había visto.

—Aquí me refugio para leer y pensar.

—...maría Elena... —decía besándola.

—...enrique, no...

—...maría Elena... —le decía tocándole sus pechos... te quiero —iba ahogando en sus besos.

—...enrique, no...

—...sí... —iba diciéndole mientras la volvía loca... sí... no... sí...

* *

—María Elena... dime... ¿por qué no quieres marcharte con nosotros?

—Iré, Enrique.

—Pero no lo deseas, lo haces por tu madre...

—Sí, por ella.

—No comprendo.

—Aquí me he formado... aquí tengo mis raíces... aquí he crecido...

—Pensé que te creías ser un ser libre.

—Lo soy. La libertad no se encuentra fuera de uno. Si yo me fuese con vosotros, sería libre igual.

—Con un yugo.

—No. Un yugo es algo que uno se impone. El peligro está en dejar que nos domine.

—¿Y tú nunca lo has sentido?

—Sí, pero no he dejado que me domine. No he perdido por ello mi libertad.

—No entiendo.

—Precisamente por haber sido libre, me lo he impuesto a veces... como ahora...

—...tu madre... Cosette...

—Sí.

—Ella te domina.

—No, no es eso.

—No has sentido su amor —iba descubriéndole Enrique cuando ella se incorpora y lo mira fijamente: ¿Por qué dices eso?

—Porque hablé con ella.

—Y ella así lo cree...

—¿No lo has sentido tú?

—No, Enrique... lo que he sentido... lo que siempre me ha dolido profundamente es saber...

—¿Saber qué?

—Saber que ella cree que nunca me ha querido. Es haber sentido en su alma el peso de una culpa que ella nunca debió sentir.

—¿No te has sentido huérfana?

—...a veces... pero no de la forma en que tal vez tú estés pensando... huérfana de comprensión... de saber que mi madre nunca me llegará a conocer... —decía sintiendo un nudo en la garganta que iba reclamándole las lágrimas.

—¿Por qué crees que tu madre nunca te llegará a conocer?

—...porque... —iba diciendo mientras trataba de controlar los sollozos rebeldes. ...porque...

—Porque no te has abierto a ella —le concluyó Enrique.

—No, no es eso. No es tan fácil.

—Ella cree que tú eres muy hermética.

—Porque he llegado a convencerme que ella nunca me comprenderá.

—Te resguardas en el silencio.

—Sí, en un silencio que ella cree ser una forma de soberbia o de odio. ¡Enrique! ¡qué lejos estoy de sentir eso! Tal vez... lo haya sentido en algún momento, pero el silencio, como forma de soberbia o de odio, no. Por eso callo. Ese es mi dolor. Callo porque hablar sería profundizar en un punto demasiado doloroso para ella, y hacerle ver que yo sé que ella siente culpa es hacerle sentir aún más el dolor de que yo sé.

—¿No sería liberarla de ese peso de la culpa?

—Enrique... si mi madre llegara a saber que yo comprendo lo que pasa por su alma... temo que la culpa se profundice...

—Se trata de compartir...

—...se comparte cuando nos abrimos al otro con la seguridad que nuestras palabras o acciones no van a ser juzgadas o sentidas de una forma porque ya había una idea preconcebida... Yo creo que ella siente que el silencio es lo que debiera de acompañarme...

—¿Y no estás preconciendo tú esa idea, María Elena...? ¡Qué lejos está tu madre de sentir eso que dices!

—Yo me cierro en mi silencio como una forma de amor y de respeto.

—Ella no lo siente así. Dime, ¿por qué dices eso?

—Eso forma parte de algo que he pensado mucho y ya está en mí.

—Es curioso... así le hablaba a tu hermano una vez... dime, ¿qué es eso que has pensado mucho?

—En la zarza ardiendo... Enrique... yo me he llegado a convencer de que las palabras no siempre traducen el mundo tal como lo sentimos, como lo vemos, como lo pensamos.

—Explícate.

—A veces cuando hablamos con otra persona, si esta persona observa nuestros gestos, nuestra cara, nuestros ojos, se distrae del mensaje que tratamos de hacer llegar... y si se concentra en el mensaje...

—En el mensaje sin cuerpo...

—Sí, puro, sin la envoltura... digo, si tratamos de hacerle llegar este mensaje puro, entonces, va envolviendo nuestras palabras con sus ideas, con su sentir... que ya en sí es muy complejo.

—No acabo de entender hacia dónde vas. ¿No crees en la comunicación?

—Depende. Hacer llegar a la otra persona nuestro mundo interior, de una forma pura, es imposible.

—Pero a veces, por la otra persona, descubrimos en nosotros mismos formas de nuestro mundo interior... por la conciencia de la otra conciencia... nos revelamos a nosotros mismos.

—¡Pero el ser humano es tan complejo! ¿Cómo se puede dejar de sentir la complejidad del ser humano? ¿Cómo se pueden llegar a distinguir los distintos niveles de un ser humano?

—¿Los distintos niveles?

—Sí. Yo he llegado a creer firmemente que los sentimientos forman parte del ser primitivo...

—¿No sientes?

—¡Sí, Enrique, y mucho! por eso mismo he tratado de salirme de ellos, de mi propio sentir, para acompañar al otro en un nivel espiritual... para que el otro florezca, como las flores, que para abrirse necesitan del espacio.

—De un espacio que todas pueden poblar.

—No siempre. Por ejemplo, cuando murió papá, yo sentí un dolor muy muy profundo... fue algo que no te podría describir... estuve muchas veces sola llorando sobre su tumba, sin que nadie me viera.

—¿Por qué no querías compartir tu dolor? ¿No era encerrarte en un silencio que le hacía daño a los que te quieren? —repetía ahora las palabras de la madre.

—No era cuestión de compartir mi dolor... hubiera querido hacerlo, pero pensaba en ellos, en su propio dolor y silenciaba el mío, porque ellos necesitaban de ese espacio...

—¿Y de quién es esa imposición? ¿Por qué? ¿No crees que hubieras sentido el alivio de dejar salir ese peso?

—Esa es una forma de egoísmo que siempre he combatido en mí. ¿Compartir por sentir el alivio propio? No. Compartir es otra cosa: es un diálogo sólo posible cuando sentimos en la otra persona la voluntad de allegarse a nosotros para comprendernos, para alimentar alegrías y amor; pero no para abrumarla con las lágrimas de nuestro dolor... eso sería sobrecargar la atmósfera.

—No se trata de verter el dolor en el ajeno... no es eso... se trata de hacer sentir a la otra persona que nos importa haciéndolas partícipe de nuestro sentir... aunque no nos comprenda... pero tratar.

—Enrique... yo creo que debemos compartir, sí, pero alegrías, amor...

—Abrirnos para recibirlo también, María Elena.

—¿No crees que recibo el tuyo?

—Lo he sentido, aunque no me lo digas.

—Te lo diré.

—Dímelo ahora...

—Te quiero... —ahogaba en sus besos.

—Te amo —decía besándola. María Elena... pro-méteme algo.

-¿Qué?

—Que tratarás pronto, de hacerle sentir a tu madre que ella te importa, que te abras a ella para hacer renacer el diálogo entre vosotras... para que te vaya comprendiendo mejor...

—¿Por qué imponerle algo así, Enrique? Tratar de que me comprenda es exigir... Callo por eso mismo... porque la quiero mucho.

—Trata al menos...

—Bueno... —decía ahogando sus palabras en sus besos.

—¡Hijos! ¡María Elena! ¡Alicia! ¡Juliancito! ¡Delio! ¡Enriquece! ¡Ya la cena está servida!

—Madre, perdón que no la haya venido a ayudar, pero Alicia me necesitaba. Estuvimos platicando mucho y ha accedido... la ayudé con el equipaje. Permítame, déjeme ayudarla en lo que pueda —decía María Elena quitándole de las manos una cazuela enorme y entrando con ella al comedor todos comenzaron a exclamar: “¡hummm! ¡esto huele divino!!

—Mamá, ¿qué es? —preguntó Alicia.

—¡Sorpresa, hijos, que esto lo he preparado con todo el amor que os tengo! —decía sentándose a la mesa.

—¡Paella! —exclamaban todos mientras la madre les iba sirviendo.

—¿Y dónde consiguió todo esto? ¿Al fin fue al pueblo? —preguntó Delio.

—Sí, hijo. Allí pude resolver todos los problemas que tenía que resolver.

—¿Y los cheques? ¿Los pudo cobrar?

—Sí, sin dificultad. También le pasé un telecomunicado a Rolando... Ojalá podamos verlo antes de irnos. Parece que todo ha estado tranquilo en estos días.

—Sí, eso parece... —le afirmó Delio y continuó: —yo también estuve por el pueblo... quise despedirme de unos amigos y ver si lograba enterarme de algo

más con respecto a Juan Luis, pero no pude conseguir las señas. No se sabe por dónde anda.

—Tal vez Rolando lo logré. El me lo prometió la última vez que estuvo aquí... digo... el día que os trajo a vosotros. Ese día me dijo que él podría averiguarlo por medio de uno de sus compañeros. Eso espero. Enrique... aquí le dejaré una carta con tus señas... por si acaso Juan Luis regresa y no nos ve por acá.

—Sí... es una buena idea...

—¡Madre! ¡nunca nos había hecho una paella como ésta! ¡Está deliciosa!!! —dijo Alicia tratando de desviar la atención de la madre de su dolor. Enrique también añadió: —¡Deliciosa!

—¡Exquisita! —iban diciendo todos en coro, mientras la madre los miraba con esa dulzura siempre en su rostro: Hijos... me hacéis muy feliz... y tenerte acá entre nosotros, Enrique, ha sido una bendición de Dios.

—Cuidado, madre... mire que Enrique no cree... —le decía Delio cuando la madre lo mira: —Hijo... aunque no crea... yo creo por él y por todos vosotros.

—Es Ud. muy noble, madre —dijo Enrique.

—Yo le hablé mucho de Ud. a él en la prisión...

—Siempre con mucho orgullo y amor.

—Bueno... bueno, Enrique. Y a todos os quiero preguntar: ¿ya habéis hecho vuestros equipajes? ¿Estáis listos? —preguntó Delio.

—¡Sí! ¡Sí! —iban respondiendo todos excepto Juliancito, quien permanecía callado.

—¿Y tú, Juliancito? ¿Ya recogiste tus cosas?

—No.

—¿Y qué esperas? ¡Mañana, en cuanto nos levantemos, partiremos. Son varias horas de camino hasta llegar a la Estación Central. Recuerden: mañana temprano —dijo Delio.

—Sí, sí, sí... —decían todos.

—No debéis llevar mucho equipaje... sólo lo necesario. Madre, ¿por qué no revisa lo que lleva cada uno? —advirtió Delio.

—¡Noooü ¡Mi equipaje ya lo hice con la ayuda de María Elena... no hace falta que la madre pierda tiempo para venir a decirme lo que tengo que llevar y lo que no.

—Alicia... —dijo María Elena tratando de controlarla.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta allá? —preguntó Alicia.

—Con la carreta y los caballos, iremos por la carretera central —dijo Enrique.

—No quiero olvidar que tengáis cuidado con lo que os ponéis... recuerden... algo blanco en señal de paz. La camisa roja, o el pañuelo rojo y negro pueden comprometerlos. ¿Vale?

* * *

Enrique despertó a un rayo de sol que se había colado por un filón de aquellas persianas de tablillas que todavía persistían en su heroica misión. Miró detenidamente todos los rincones de aquella alcoba que quería recordar en un futuro con el aroma de una felicidad hasta entonces desconocida para él. Sí. Esos días allí había sido inmensamente feliz. Se sentía a gusto en el calor de aquel hogar que la madre había mantenido limpio y resplandeciente en todo momento. Sentía pesar de dejar aquello. ¡Si yo... que acabo de ingresar en la familia, por decirlo así, me siento de esta forma...! ¡qué no sentirán los muchachos! ¡Y la madre!... Buscó la mirada de Delio, pero todavía dormía. Parecía tener sueños plácidos porque sonreía. Hacía tiempo no lo veía sonreír así.

Comenzó a estirarse, cuando oye la voz de Delio:

—¿Qué pasa, Enrique, amaneciste bien?

—Sí, con nostalgia, pero bien.

¿Nostalgia? ¡Tan pronto te has enamorado!

—Sí, de este lugar... de tu familia...

—¡De María Elena! ¡Que los he observado cómo os mirabais! ¡Por más que lo quieras negar... se os nota!

—No, ¿negarlo? ¿negar nuestro amor? ¡nunca!. Dime, Delio, ¿no sientes nostalgia?

—Si dejo que la nostalgia me invada, entonces sí no me iría de aquí. Para mamá es difícil... lo sé. Ella aquí fue feliz. Es su pasado, su juventud, su vida, su

amor por el padre... lo ha sido todo para ella. Para nosotros no es igual... Aunque aquí crecimos, somos jóvenes y todavía nos queda mucho de vida por hacer, por explorar... pero para ella... su vida ya ha sido hecha.

—La vida está continuamente siendo, Delio... Mientras tengamos vida, estamos continuamente ex-plorando nuevas formas del ser. ¡Tu madre todavía es joven... y si no lo fuese, aún así, todavía tiene mucho por vivir, y vosotros mucha guerra que darle! —dijo bromeando.

—¡Pobre madre! —rió Delio.

—¿Hacemos los ejercicios, Delio?

—Sí, vamos.

—¿Ya lo tienes todo recogido?

—Sí.

—¿Fuiste a ver a Eugenia?

—Sí...

—...te voy conociendo...

—Le pedí que viniera con nosotros.

—¿Y accedió?

—Me dijo de esperar... que nosotros nos marchásemos primero y que me comunicara con ella tan pronto como nos estableciéramos allá, que ella vendrá a reunirse conmigo. Le propuse matrimonio...

¿Tú??

—Yo mismo me sorprendí pues siempre he creído en el amor libre. ¿Y tú, Enrique?

—Todavía es demasiado pronto para hablar de matrimonio... pero no sé si ella querrá.

—Ella siempre ha sido muy libre... Yo dudo, por más que te quiera, que acepte casarse.

—Pero tendrá que casarse algún día, ¿no?

—¿Y por qué? Nosotros crecimos en un ambiente poco tradicional en muchos sentidos... somos seres libres de convenciones; independientes, no vemos las cosas como los demás aunque la madre y algunos de nosotros seamos creyentes. Nuestra formación ha sido distinta.

—Sí, eso lo supe desde que hablé contigo por primera vez.

—¡Aprendiste Enrique! ¡Estás haciendo los ejercicios muy bien!

*

—¡Madre! ¿Cómo amaneció hoy? —le dijo Delio dándole un beso.

Cuando Enrique también se le acerca, nota en sus mejillas los rastros de unas lágrimas. —No se me ponga tan triste -le dijo dándole un beso- Nos iremos, pero vosotros volveréis tan pronto como acabe la guerra.

—Esperemos que así sea- ¡Hijos ya el desayuno está listo! Os dejo para ver si ya los otros hijos andan despiertos.

* * *

—María Elena, ¿ya desayunaste?

—Sí, Enrique. Todos estamos listos.

—Alicia, buenos días... ¿ya estás?

—Sí, ahora saco el equipaje.

—Déjame ayudarte. ¿Y el tuyo, María Elena?

—Ya lo puse en la carreta. El mío y el de mamá.

—¡No! ¡falta esto! —decía la madre cargando unos tableros...

—...¡Mis pinturas! ¡Mamáaa! —dijo corriendo hacia ella abrazándola.

—Sí, los quiero a mi lado, siempre conmigo... aunque no los haya entendido... aquí estás tú, mi María Elena... —le dijo con mucha ternura.

¡Bueno... bueno...! ¡ya estáis todos! —decía Delio cuando oyen el relincho de unos caballos... unos ruidos muy extraños... unos golpetazos en la puerta.

—¡Abran!! ¡Abran esta puerta o la tumbamos!! —ordenaba una voz grave.

—Voy... —decía la madre caminando hacia la puerta, cuando Delio la agarra de un brazo:

—¡Madre... Ud. y los muchachos... a la alcoba! ¡Inmediatamente! ¡No hagáis ruido!

—...Enrique... me parece...

—...Delio... yo también creo... —se decían cuando Delio abre la puerta.

—¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

—¿Os vais de viaje??? —cantó la misma voz amenazante, obstruyendo con su cuerpo el umbral de la puerta.

—Sí. Nos vamos de viaje —le contestó Delio.

—¿Huís? ¡Como cobardes! ¡Teméis enfrentaros a nosotros, ¿no?

—¡No huimos de nadie! ¡Y cobardes no somos!! ¿Quiénes sois y qué queréis?

—¿Qué pasa? ¿No me conocéis? ¡Así que ‘se pagarán mil quinientos reales a quien entregue a don Fermín Castejón muerto y doble cantidad al que le presente con vida!

—¿Delio... fuiste tú? —le preguntó Enrique.

—No, no fui yo.

—¡Cobarde!! ¡Lo niegas porque temes!! Pero nosotros hemos venido para entregaros a él. El da doble cantidad por todos vosotros, ¡marranos!

Y diciendo esto, yéndose Delio encima de aquel corpulento hombre, dándole de puños.

—¡Delio!! —gritó Enrique tratando de apartarlo de aquel hombre, cuando entran tres más armados. En ese momento, se oyó la voz de pitido de Juliancito que gritaba tembando:

—¡Dejen a mis hermanos o disparo! —a la par que Alicia entraba, apuntándoles con un fusil:

—¡Y yo también disparo!!

—¡Ja! ¡Ja! ¡Antonio!... ve hasta el muchacho que yo me encargo de esa trigueña que no está nada mal... En el momento en que aquel hombre se dispone a ir hacia ellos, simultáneamente, Delio le arrebató el revólver a la par que Enrique le quitó el fusil a Juliancito, y escudándolo con su cuerpo, comienza a disparar. Un tiro, otro, otro... disparaban él y Delio a aquellos hombres que caían bañados en sangre. De pronto, Enrique cae también.

—¡Dios mío!! ¡Enrique!!! —exclamaban la madre y María Elena corriendo hacia él horrorizadas de ver tanta sangre.

—¡Enrique!! —exclamaba Delio angustiado, buscando el lugar de la herida...
¡No! ¡No está muerto!!

—decía mientras María Elena y la madre se lanzaban sobre Enrique:

—¡No está muerto, mamá... no está muerto! —decía María Elena, exclamando con la madre: ¡Gracias, Señor!

Mientras María Elena y la madre auxiliaban a Enrique arrancándole la manga de la camisa para limpiarle la sangre, Delio iba arrastrando con toda su fuerza a los cuerpos inertes hacia fuera de la casa.

—No es grave, hija... ha sido en el hombro...

—Vamos al pueblo... allí lo pueden auxiliar.

—No, María Elena... madre... si vamos al pueblo será peor... tenemos que salir de aquí inmediatamente. Lo llevaremos en la carreta. Vosotros iréis cuidando

de él hasta que recobre el conocimiento. Continuaremos con el plan tal como lo teníamos previsto.

* * *

Al fin llegaron a Barcelona después de dos días de un viaje muy accidentado y agotador. Por la carretera habían pasado por zona de combate viendo cadáveres amontonados... mutilados... También, por el camino, Enrique había perdido mucha sangre y con la ayuda de milicianos pudieron llegar a la Estación de Ferrocarril. Ese día tuvieron que parar en Lérida, donde en un quirófano suizo de los Amis del Espagne Republicaine et syndicats socialistes suiss, lo auxiliaron. Le hicieron una transfusión de sangre, y lo operaron sacándole la bala que le había llegado hasta la clavícula sin que milagrosamente tocara la arteria subclavia. Lo vendaron bien y esa noche la pasaron allí cuidando de él. Al día siguiente, ya estaba más repuesto y decidieron continuar el viaje que fue directo, y como Enrique tantas veces le había dicho a Delio, sin problemas.

Se encontraban ahora, en una gran ciudad industrial en la cual se perdían entre tanta gente, tantos edificios, tanta milicia, carteles... La madre respiraba un aire distinto, olía a plomo, a aire viciado, a tabaco, al humo de los coches. Iba sintiendo como si la neblina de su muerte la fuese abarcando, mientras observaba a sus hijos, callados y todavía adormecidos por el trauma vivido. Alicia, de vez en cuando, alzaba la vista para mirar a tanta gente guapa, tantos letreros que anunciaban diversos espectáculos; Juliancito, iba durmiendo; Delio, ocupado pensando en proyectos de trabajo, sintiendo entre tanto

bullicio, la oportunidad de puertas que veía abrirsele. Enrique y María Elena, juntos, muy juntos, sintiendo en el pulso de su amor, que la vida en Santángel o en Barcelona para ellos, tal vez... sería igual.

Tuvieron que tomar dos coches de alquiler para llegar a la casa de Enrique. Vivía en un reparto residencial muy distinguido a pocas manzanas de la Universidad. Al abrir la puerta, sintieron el olor a polvo y humedad de una casa que no había sido habitada por muchos años. Entre Alicia, María Elena y la madre abrieron las ventanas y comenzaron a sacudir algo de aquel polvo, mientras Delio iba entrando el equipaje sin dejar que Enrique hiciera nada, sólo orientarlo hacia donde se encontraban las alcobas. Tal como Enrique les había dicho, la casa era muy amplia, tenía cinco habitaciones y una biblioteca muy grande. Se acomodaron todos para descansar de la fatiga del día. Ya habían cenado en el camino.

Se sentía extraño en su propia casa. Miró los muebles de la alcoba, todos nuevos, en su sitio, tal como él los había dejado, pero faltaba algo... No sentía ese calor, esa sensación acogedora de la casa de Santángel. Abrió la ventana para ver un cielo despejado, una claridad casi hiriente, fachadas de edificios que habían visto por tantos años. Se vistió rápidamente, olvidando sus

ejercicios matinales, con la ilusión de ver a la madre sonreír, sentir el calor de su dulzura.

—¡Madre! ¿Qué hace tan sola sentada en esta oscuridad?

—Buenos días, hijo. Esperaba por vosotros. No he podido preparar el desayuno porque acá no hay nada. ¿No habrá algún mercado cerca donde podamos comprar algo?

—Sí, madre. No muy lejos está el Mercado de San Antonio. Es famoso. La llevaré en coche.

Mientras se disponían a marcharse, sale María Elena de su alcoba.

¡Buenos días! —les dijo dándole un beso a ambos. —Enrique, ¿cómo te sientes? —añadió mientras observaba el vendaje en su hombro izquierdo.

—Mejor, me siento mucho mejor, María Elena.

—¿Hacia dónde vais tan temprano?

—Al mercado. Regresamos pronto —dijo la madre.

—¿No nos demoramos mucho, vale?

—Vale —decía mientras los veía marcharse. Comenzó a explorar la casa que tanto la había impresionado la noche anterior. Era bellísima, pero necesitaba un toque femenino... no era acogedora. Comenzó a planificar como debieran de colocarse los muebles.

Hacía falta flores... cortinas... limpieza... puedo empezar por ahí... comenzar a preparar la mesa para el desayuno.

—Buenos días, hermana. ¿Has descansado? —le preguntó Delio mientras le daba un beso.

—Sí, he dormido profundamente... me sentía muy agotada... la tensión de lo de Enrique me tenía con unos nervios que no quiero contarte.

—¿Estás muy enamorada, no?

—Creo que sí.

—El sí lo está.

—Eso parece... pero uno nunca sabe.

—¿No sientes su amor?

—Todavía es muy pronto para hablar de eso... el amor comienza a sentirse con el tiempo, con la compañía...

—Hermana... el amor se siente o no se siente. El tiempo lo profundiza, pero no lo despierta. No te noto muy entusiasmada con él.

—Siento que lo quiero.

—Tal vez porque sientas que él sí te quiere. Hace días me mencionó que él sí quería casarse contigo. ¿Y tú?

—No lo he pensado.

—¿Se han hecho el amor?

—¡Delio! ¡eres mi hermano!

—...y tu amigo...

—No, no nos hemos hecho el amor.

—María Elena... quiero que sepas que no sólo soy tu hermano, sino un amigo en quien puedes confiar. Siempre te quise mucho. Recuerdo como cuando éramos niños, jugábamos a ser soldados... ¿recuerdas?

—Sí —dijo riendo. Sí, recuerdo...

—Yo siempre te dejaba ganar.

—¡Ahhh siiii? ¡Y yo que creía tener aptitudes de general... o lo que sea!

—¡Y lo poco que sabías de lo que es una guerra!

—Ya lo voy aprendiendo, Delio... lo que hemos vivido en estos días...

—Sí... por eso mismo estaba sufriendo tanta ansiedad... pensando que no era sino el comienzo de algo todavía peor, y pensaba en vosotras, sobre todo en la madre...

—Por ella he venido.

—¿Y no por Enrique?

—No. Ya hemos hablado de ello. Yo siempre he sido muy sincera, y aunque callo mi dolor, no sé mentir cuando me preguntan.

—¿Lo dices por lo del padre?

—Sí. No sabes el horror del día de la refriega.

—María Elena... ¡Y ese día en las barricadas! ¿Y vosotros? Ya la madre me contó algo, pero no quise preguntarle más porque no quería ahondar en su sufrimiento.

—Hiciste bien. Yo hubiera hecho lo mismo. Alicia y yo hemos tratado de acompañarla dándole nuestro amor y apoyo sin estar constantemente hablando de algo tan doloroso para todos.

—¿Te duele hablar de ello conmigo?

—Doler, siempre va a doler, así hable o calle.

—¿No me quieres contar?

—Si tanto quieres saber... El día que tú te marchaste a las barricadas de la OIA, Rolando se hallaba en el pueblo y acabó en las barricadas de la columna Ferriá. Juan Luis desaparecido. Yo estaba en la casa con la madre cuando Alicia entró como una loca, gritando, desesperada. Hablaba entre sollozos... no le entendíamos lo que decía, y agarrándonos de la mano, salimos. Vimos a una cuadrilla de jornaleros de don Fermín que andaba por toda nuestra hacienda incendiándolo todo... Uno de ellos había tratado de incendiar la casa, pero Alicia lo siguió con el fusil del padre, evitando daños mayores. El jornalero, quien se vio sorprendido, huyó, pero después de incendiar la casa contigua, la de don Antonio (quien había ido a las barricadas también). Entre la madre, Alicia y yo, detuvimos el fuego. Poco después vimos a Juliancito llegar solo gritando —¡Han matado al padre!!! ¡¡Han asesinado al padre!!!—. La madre corría desesperada de un lado al otro, y entre Alicia y yo, tuvimos que calmarla. Hicimos lo indecible para que permaneciera en la casa. Cuando al fin lo logramos, fuimos a ver al padre. Lo encontramos muerto sobre un mar de sangre. Lo limpiamos y lo llevamos en la carreta hasta el pueblo donde lo velamos por dos días. Yo creí que perdíamos a la madre también. Nunca la había visto llorar tanto, tan pálida, tan ojerosa... ¡había tanto dolor en su

mirada! Fueron dos días de un silencio sobrecogedor... de un dolor indescriptible... no podíamos hablar...

—Dime, ¿llegaste a saber por qué mataron al padre?

—Según Juliancito, Fermín le gritaba ‘¡Cura indecente! ¡Por la sotana! ¡Muere por la cruz que tanto has predicado!’.

—¡Dios mío! ¿Por haber sido cura?

—Sí. Ese día también saquearon la iglesia del pueblo y asesinaron al sacerdote.

—¡Al padre Luis!

—Sí.

—Y el padre Bartolomé fue el que vino a reemplazarlo.

—Sí.

—¿Por eso don Fermín huyó?

—Sí. Nosotros no lo sabíamos... y nos refugiamos en casa de doña Inés, donde velamos al padre. Nos enteramos después que por todo el pueblo habían puesto carteles pidiendo que se le entregase vivo o muerto.

—Y creyeron que había sido yo.

—Parece que los jornaleros de don Fermín los habían ido quitando. Dime, Delio, ¿no fuiste tú también?

—No. Lo ignoraba. ¡María Elena! ¡cuánto debes de haber sufrido! —le decía mientras la abrazaba con ternura y la besaba en la frente.

—¡Hijos! —exclamó la madre entrando con las compras.

—No hablemos de esto frente a la madre... —le dijo María Elena a su hermano en voz baja, y dirigiéndose a su madre: —Déjeme ayudarla.

—No... voy yo... vosotras a la cocina. Y tú, Enrique, dame, que no estás en condiciones de cargar peso —le dijo Delio quitándole la cesta que traía.

—Delio... Enrique no me ha dejado pagar...

—¿Cómo voy a permitirlo, madre? ¡De ninguna manera!

—Ya yo arreglaré cuentas con Enrique —le dijo a su madre viéndola marcharse con su hija a la cocina para preparar el desayuno.

—¿Piensas ir hoy por la ciudad?

—Sí, eso estaba pensando. Quiero explorarla.

—En la biblioteca tengo un mapa que tal vez te pueda orientar. Yo te puedo dejar en algún lugar cerca. Hoy no podré acompañarte porque en cuanto desayune iré a ver a mis padres. Delio... ¿crees que la madre y los muchachos se sientan bien acá solos?

—¡Nosotras nos quedaremos arreglando y organizando las cosas por acá! —gritó la madre desde la cocina.

—Yo me llevaré a Juliancito —dijo Delio.

—Yo me marcharé a ver a mis padres —iba repitiendo Enrique con cierta ansiedad.

—Enrique, ¿qué es?

—No sé qué me pasa, Delio, yo mismo a veces no me entiendo.

—¿Temes que no estén bien? ¿que algo haya pasado?

—No... no es eso... temo volver a ver a mis padres de nuevo... es algo que no te puedo explicar.

—Yo creo que ya voy intuyendo... —decía Delio en voz baja cuando oyen la voz de la madre:

—¡Ya el desayuno está listo! Delio, ¿por qué no vas a despertar a Alicia y a Juliancito?

—Sí... ya voy.

*

—¿Queréis ir por el Barrio Gótico?

—Sí... —iba diciendo Juliancito entusiasmado con la idea de pasear por la ciudad.

—Allí os dejaré por el Palacio Episcopal. Guíaos por la Catedral. Yo no podré recogeros, pero el regreso no es difícil. ¿Ya te fijaste dónde estamos, Delio?

—Sí... no hay pérdida... no te preocupes por nosotros... yo nunca me pierdo...

—¡Ja! ¡Jaaa!, Delio, no me hagas recordarte...

—Bueno... bueno... Llegamos, ¿no?

—¡Mira, Delio! —iba gritando Juliancito mientras bajaba del coche.

—¡Adiós! ¡Qué la paséis bien!

—¡Conducid con cuidado, Enrique!

—No os preocupéis. ¡Adiós!

Iba conduciendo por el Paseo de Colón sin reconocer nada... se sentía extraño... como si él no fuese él... recordaba, sin quererlo, el último día en Santángel... la sangre... el fusil... él disparando... matando... Ahora, conduciendo por la carretera principal, que lo llevaba hasta Vilafranca del Penedés, iba ciego, como si una mano mágica lo fuese guiando... Mientras más se aproximaba a la casa de sus padres, más opresión sentía en el pecho... “—no te angusties, Enrique” —se decía, pero no podía evitarlo. Tuvo que parar el coche unos minutos... Oía el estruendo del fusil... Respiró hondo... No sentía ningún aroma.

Abrió las rejas de la residencia, conduciendo por los jardines despoblados de las flores que los adornan bellamente en el verano. Iba a tocar la puerta cuando lo sacudió una taquicardia muy fuerte que hacía años no sentía, y descubrió por primera vez cuando se sometió al jurado de examinadores para obtener el doctorado en filosofía. Volvió a respirar hondo. Otra vez. Pensó en Delio y se dijo: “—Sé fuerte y decidido como él”, y sin darse cuenta, ya había tocado el timbre. El mayordomo de librea le abrió, sorprendido, apenas sin reconocerlo:

—¡Don Enrique!

—Sí, Joaquín. Soy yo —le dijo dándole la mano.

Su madre está en la alcoba. Hace algunos meses que no se siente muy bien.

—¿Es grave?

—No se sabe... los médicos dicen que tiene que descansar. Yo llamaré a la sirvienta, a Edelmira.

—No, no se moleste.

—La emoción puede hacerle daño, don Enrique. ¡Me parece que sería mejor ponerla en sobreaviso que Ud. está aquí, bien, y vivo! ¡Cuánto me alegro de verle!

y alejándose comenzó a dar voces: ¡Edelmira!! ¡Edelmira!!!

Enrique fue hacia un recibidor amueblado con piezas finísimas estilo francés. Poco a poco el recuerdo iba poblando su memoria.

—¡Don Enrique! —exclamaba Edelmira con alegría.

—¿Qué tal, Edelmira? —le dijo dándole un beso.

—¡No sabe cuánto se ha sentido en esta casa su ausencia! ¡Yo que lo vi crecer!

—decía conmovida mientras lo conducía a la alcoba de su madre. —Pase, pase, don Enrique. Ya yo le avisé —decía mientras tocaba la puerta.

—Doña Teresa. Aquí está su hijo.

—¡Mamá! —decía Enrique aproximándose al lecho de su madre.

—¡Hijo mío! —decía María Teresa llorando mientras le abría los brazos a su hijo.

—No llores mamá... te puede hacer daño.

—Hijo... ¡no sabes cómo tu padre y yo te hemos buscado! Telecomunicados han ido y venido de Madrid casi a diario. Tu padre ha movido cuanta influencia tiene por acá y por allá, pero nada... Sin embargo, algo me decía que tú

estabas vivo... que nada te había sucedido... no sé si es que así lo quería sentir porque me alarmaba demasiado pensar cualquier otra cosa.

—¿No recibiste la carta que te envié desde Lérída?

—No, hijo.

—¡Cuánto debes haber sufrido!

—¡No lo sabes, hijo! ¡Mucho! Pero ahora, me siento feliz de volver a verte, saberte bien... ¿Y eso, Enrique, qué es eso en el hombro?

—No es nada, mamá, un rasguño.

—¡Menos mal!

—¿Y el padre?

—En la ciudad... ya sabes. Desde que se retiró lo único que hacía era componer, tocar el piano y de vez en cuando conducir algún concierto local...

—Sí, recuerdo.

—Últimamente ha andado muy ocupado con otras cosas. Ya sabes, la situación del país...

—...sí...

—¡Cuándo te vea!

—Les he extrañado mucho.

—¡Hijo! ¡Y nosotros a ti! ¡Qué decirte! ¡No sabes la angustia de no saber de ti!... Iba todos los días a la ciudad, de gestión en gestión, tratando de comunicarme con amigos: la Marquesa de Rosalinda, el Marqués de

Battemberg, con agentes del gobierno, con fulano, con mengano... ¡con el mismo Lluís Companys!... aunque temía por tu padre, pensaba en ti.

—¿Por qué temías por el padre?

—¿No sabes? El simpatiza con los nacionales. Esto te lo digo en voz baja porque nadie lo debe saber.

—¿Y tú, mamá?

—Bueno, Enrique... —después de unos minutos en silencio, admitió: —Yo también.

Enrique comenzó a sentir un vahído extraño... escalofríos... las manos comenzaron a temblarle...

—Hijo, ¿estás bien?

—Sí.

Y tocando una campanilla de plata labrada:

—¡Edelmira! ¡Edelmira!!

—Sí, señora.

—Tráigale un té y bizcocho a mi hijo. Apresúrate.

—Sí, señora.

—Mamá, no hace falta. Acabo de desayunar... ¡la madre nos acaba de preparar un desayuno delicioso!

—¿Qué madre?

Enrique reaccionó:

—Es algo largo de contar. Tiene que ver con mis días en la prisión.

—¿Tú, mi hijo, en la prisión?

—Sí, en la de Lérida.

—¿Cómo es posible?

—Por dios, mamá, te estás alterando.

—¡Cómo no voy a alterarme! Tu padre y yo estuvimos por Lérida hablando con Luís de los Amparos y no nos informó nada.

—Tal vez él lo ignorase... recuerda... si lo hubiese sabido, ¿qué iba a hacer?... estamos en guerra...

—¡Esos engaños!... ¡Yo te creía reclutado luchando por la patria!

—Mamá... todavía no había comenzado la guerra... eran días de saqueos, de huelgas...

—Por eso mismo, Enrique, yo pensaba que tú...

—Yo siempre he sido apolítico.

—Entonces, Enrique... tu padre pensaba...

—¿...qué...?

—Que luchabas con los nacionales, y que ahora éstos no tardarían en llegar acá.

—Tal vez porque él así lo desea.

—Yo no ando tan bien informada como él. No sé cómo se informa, pero lo sabe todo, todo, todo sobre las estrategias.

—Yo he comenzado a despertar. Creo que pronto la guerra llegará acá.

—Yo quisiera que todo acabara sin verter sangre. Cuando iba por la ciudad, cerraba los ojos para no ver esos enormes cartelones propagandísticos con esas fotos de esos barbudos rusos que se creen que con el grito y la revolución acabarán con el orden social...

—¿Las fotos de Lenin y de Stalin?

—¿No las has visto?

—Acabamos de llegar. Anoche.

—¿Acabamos? ¿Con quién has llegado? Aclárame eso de la madre...

—Es una familia a la cual he llegado a querer mucho.

—¿Quiénes son? ¿Cómo los conociste?

—Es la familia de mi amigo Delio, Delio Caballero, quien fue compañero mío en la prisión.

—¿Excarcelados amigos de mi hijo? ¿Y viviendo contigo? ¡Pero te has vuelto loco, Enrique!!!

—Por favor... te estás alterando otra vez... no conoces las circunstancias.

—Yo sé muy bien cómo he criado a mi hijo. ¡No me vas a fallar ahora!

—No se trata de fallarte, mamá.

—Doña Teresa, aquí le traigo el té y los bizcochos para su hijo.

—Sí, sí, pase —decía mientras se aderezaba el cabello.

—Póngalo aquí, sobre esta mesa. Edelmira: no estoy para nadie. ¿Entendido?

—Sí, señora —dijo marchándose.

Enrique... —fue diciéndole en un tono más suave. —Perdona, no quise ofenderte.

—Es natural que estés alterada. La emoción ha sido muy fuerte —dijo recordando a la madre.

—Sí. ¿Lo entiendes?

—Sí —le dijo sin comprender mientras comenzaba a tomar el té que ella le había servido. No hablaba. Se hizo un silencio profundo.

*

María Teresa había llenado las horas de aquel vacío con anécdotas de la casa, de los amigos, de las actividades sociales y literarias de la ciudad. Enrique la oía pensando en María Elena y la madre.

—¿No me escuchas, hijo?

—Sí... estaba pensando...

En otra cosa. Te vuelvo a preguntar: ¿vienes con nosotros el sábado al teatro Barcelona? León Felipe va a hablar y a recitar sus más recientes poemas. Me pidió que yo recitara algunos míos, pero todavía no tengo suficientes como para escoger. Estos últimos poemas que he escrito son demasiado desgarradores para volcar mi intimidad así en un público que tal vez no los sepa comprender.

Iría con mucho gusto. Siempre quise conocer a León Felipe, pero no puedo. Tengo otros compromisos.

—Con los excarcelados.

-Con la familia Caballero. Delio y yo, ambos, estuvimos en la prisión, pero eso no quiere decir que seamos asesinos, ni parricidas...

—¡No faltaba más!

—Bueno, me marchó. Ando todavía algo débil.

—¿No esperas a tu padre? El no tardará en llegar.

Observando que Enrique no la escuchaba, comenzó a alzar la voz:

—¿Por qué tienes tanta prisa? ¿No crees que a él al menos le debes un poco de tiempo por el que tanto nosotros hemos sufrido tu silencio?

Enrique la observaba callado. Si le respondía, no haría sino alterarla más, y a sus años ella no iba a cambiar, dijese él lo que dijese. Ya habían tenido demasiados disgustos por eso. ¿Será que está celosa? ¿Celosa de la madre? No... ni siquiera me preguntó más. Tal vez ella sola haya llegado a quien sabe qué conclusión. Pensaba en todo esto mientras avanzaba hacia la puerta.

—Adiós. Mañana vendré a ver al padre.

—¡Hijo! ¡No puedes marcharte!!

—Hasta mañana —decía abriendo la puerta.

—Hasta mañana, Enrique. Conduce con cuidado.

Mientras conducía iba sintiéndose libre... había olvidado esa sensación de libertad que le produce a uno tomar el volante y decir... voy... pero no... Todavía, no. Es temprano. Quiero llevarle algo a la madre y a María Elena. Pero... ¿qué? Decidió ir por las Ramblas. ¿La calle cerrada? ¿Por qué? Bueno... buscó un lugar para estacionar el coche. Después de hacer algunas gestiones, tuvo curiosidad de ir por las Ramblas para ver por qué habían cerrado la calle... no la reconoció. Vio una barricada construida con ladrillos y carretones de una sola rueda volteados y en graffitti dibujadas las iniciales C.N.T.

Caminó un rato, y pasando por el Teatro Barcelona vio que esa noche presentaban una comedia de los hermanos Álvarez Quintero... no estaría mal traer a la madre y a María Elena... ¡eso mismo! Animado con esta idea, se dispuso regresar a la casa, con la ilusión de poderle proporcionar alguna alegría a aquella familia que sentía como si fuese la suya.

¡Madre! —gritaba mientras entraba en la casa.

¡Madre! ¡María Elena! ¿Por dónde andáis?

—Shhh... Enrique... la madre está descansando. Ha trabajado mucho hoy, la pobre. Yo también... ¿Cómo están tus padres...?

Bien... bien. María Elena, ¿quieres ir conmigo y la madre esta noche al teatro Barcelona? Están presentando una comedia de los hermanos Quintero. Sé que a la madre le gustará. Espero que a ti también —le decía entusiasmado.

—Enrique... nosotras no hemos traído ropa elegante para este tipo de eventos. Andamos con cosas sencillas... ¡mira esto que llevo puesto!

Enrique la miró. No había reparado en ese detalle que le pareció nimio.

—Eso no tiene la menor importancia. ¡Eres guapa con lo que quiera que tengas puesto!

—No es sólo eso. Yo, bueno... iría si la madre accede, pero recuerda, ella guarda luto.

Perdona. Lo había olvidado. ¡Qué torpe soy!

—No, no digas eso. Pregúntale de todas formas. Quién sabe... a lo mejor accede. Tal vez le venga bien ir, salir un poco, distraerse.

—Eso es lo que había pensado mientras iba por la carretera. ¿Ya Delio y Juliancito llegaron?

No, todavía no. Es muy temprano. Tal vez para conocer a esta ciudad se necesite mucho tiempo.

—Sí. A Barcelona no se la puede conocer en un día. Yo vivo aquí y siempre la estoy conociendo. Es la capital de la cultura española: de la música, del teatro, del arte. Sus museos que guardan tesoros del arte romanesco, del arte catalán, son únicos en el mundo. ¡Y qué decir del arte contemporáneo! ¿Has oído hablar de Pablo Picasso, de Joan Miró?

—No.

—Pues quiero llevarte para que conozcas todo eso y mucho más: a los jardines botánicos, al ‘Parque Güell’ con sus losetas de cerámica que le dan un aire alegre y hasta de cuento de hadas; a ‘La Pedrera’, al ‘Templo de la Sagrada Familia’, prodigios de la arquitectura de Antonio Gaudí. También quiero llevarte a la Barceloneta, repleta de restaurantes donde se comen los mariscos más deliciosos del mundo. Hay mucho que explorar en esta ciudad. Tengo la

ilusión de poder compartir todo esto contigo, María Elena —le decía atrayéndola hacia él, besándola.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me esquivas? ¿No me quieres? ¿Recuerdas lo que me prometiste?

—Sí.

—¿Entonces?

—...te quiero...

—Y yo a ti te quiero, te amo —decía besándola de nuevo.

—Enrique... aquí no.

—¿Dónde? Ya sé... —decía mientras ella lo conducía a la biblioteca.

—¿La reconoces? —le preguntó orgullosa.

—Muy vagamente. Es otra cosa. ¡Flores! ¿Dónde las conseguiste?

—Caminé hasta el mercado.

—¡Tanto!

—No es tan lejos. Fui corriendo. No me llevó mucho tiempo. Poco a poco ya verás qué lindo lo vamos a dejar todo entre mamá y yo.

—María Elena... no quiero que trabajéis en la casa. ¡Ni tú ni la madre, que no estáis aquí de sirvientas!

—¡Enrique! ¡Cómo vas a decir eso! Mamá y yo trabajamos con el gusto de saber que eres un hombre que sabe apreciar las cosas, y lo hacemos con amor,

porque te queremos, y si no te quisiéramos, lo haríamos igual, porque nos da placer.

—De todas formas, no quiero que se me marchiten así —decía ahora pensando en su madre.

—Enrique... cuando se trabaja con gusto, ello da vida.

—Eso lo dices porque no conoces otro tipo de vida. Cuando dejes de hacerlo, verás que no es así.

—Nunca dejaré de trabajar.

—¿Aunque te cases conmigo?

—No hablemos de eso, Enrique, es demasiado pronto.

—Para mí no. ¿Por qué debiera de serlo para ti? ¿Acaso no me quieres?

—Sí, te quiero, pero por favor, no me hables de matrimonio por el momento. Espera un poco.

—Bueno, trataré de ser paciente.

—Enrique... Estaba pensando... ¿La universidad está cerrada?

—Eso parece. Mañana iré por allá para ver cuál es la situación, qué es lo que pasa.

—Si está cerrada, entonces, no has cobrado, ¿no?

—No, no he cobrado.

—¿Y no piensas que nosotros podemos trabajar para ayudar con el mantenimiento de la casa hasta que consigamos...?

—¿Otro piso? ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí.

—Esta es tu casa, María Elena, la tuya y la de tu familia.

—Gracias por ofrecerla, Enrique, pero... no es igual. La madre y yo estuvimos hablando mucho de eso hoy. Cuando se normalice la situación, regresaremos a Santángel...

—Cuando se normalice... quién sabe cuándo... pero hasta entonces, aquí podréis vivir —le decía mientras buscaba algo en los bolsillos. —Toma las llaves. Y lo del trabajo... eso ya lo veremos.

—Enrique... eso no me lo puedes prohibir —le dijo muy seria.

—No me has entendido... No, yo no te prohíbo nada de lo que tú quieras hacer... no son ésas mis intenciones... no tengo derecho aunque fuese tu esposo. Lo decía porque no quería que te angustiaras con obligaciones. Quiero que te sientas con libertad de acción. Compréndeme... no te lo decía por prohibirte nada —le decía con mucha dulzura.

—Enrique... ¡te quiero!

—¡Te amo! —le decía besándola de nuevo.

—¿No oyes pasos? Seguro es la madre. Ven, vamos a preguntarle lo del teatro.

—Madre, ¿anda despierta? —iban llamándola mientras se aproximaban a la cocina.

—Sí, hijos. Enrique, ¿viste a tus padres? ¿Cómo están?

—Sí, están bien, gracias. Al padre no lo vi. De regreso vi que presentaban una comedia en el teatro. ¿No quisiera acompañarnos?

—No, hijo, id vosotros. Yo prefiero quedarme y descansar.

—Madre... me ha impresionado el trabajo que han hecho aquí en la casa... pero me han trabajado mucho, y eso no me agrada. Mañana contrataré a una sirvienta para que venga a hacer la limpieza diaria.

—¡No! La haré yo. Ni criada, ni mamá, ni María Elena —gritó Alicia entrando.

—¿Qué hacías?

—Descansaba. Hoy estuve orientándome por la ciudad, buscando trabajo. Pero hasta que consiga algo, trabajaré acá. ¿Cómo contratar a una sirvienta que le va a cobrar miles de reales por hacer algo que nosotras hacemos mejor?

—De eso me ocuparé mañana —dijo Enrique decidido, sin entrar en argumentos que en aquellos momentos le parecían inútiles. Y cambiando de tema: —Alicia, ¿quieres venir al teatro con nosotros?

—No, gracias. Me quedaré acompañando a la madre.

—Alicia, ayúdame a arreglarme, no sé qué ponerme —le dijo María Elena.

—Sí... —fue diciendo la madre mientras observaba a sus hijas irse a la alcoba.

—Idos al teatro, vosotros sois jóvenes, tenéis que divertirlos —decía ahora observando a Enrique. Y con un tono más íntimo, le preguntó: —¿Qué te pasa? ¿Y tus padres? No me has dicho...

—Bueno... a mi madre sí la vi. Ella está enferma, en cama. No se sabe cuán grave sea. El que me documentó fue el mayordomo. Ella sólo habló de la familia y anécdotas de amigos...

—...porque seguramente no quería preocuparte... a lo mejor callaba su enfermedad porque sabía que tú ya habías pasado por mucho...

—No creo, madre. Yo la noté físicamente bien. Lucía animada... hablaba de actividades... pero no me preguntó por qué había estado preso... ni cómo me había sentido...

—Enrique... —le iba diciendo con esa dulzura que tanto lo arrobaba: —a un hijo, a veces, no hay que preguntarle... una madre intuye el dolor. Ella debe haber sufrido profundamente todo este tiempo. Ya hace año y medio o casi dos... mucho tiempo de sufrir día a día... eso acaba con la salud... tal vez ése sea el mal que la tiene en cama. A un hijo siempre se le quiere, y a veces, se adivinan las cosas... tú mismo te preguntaste una vez, si el silencio no es una forma de amor y de respeto a los demás. Tal vez ella lo sienta así, y por eso no te preguntó, para no ahondar en tu sufrimiento. Un hijo es célula de nuestras células... estoy segura que tu madre te quiere muchísimo... ¡quién no va a quererte, Enrique! —le decía besándole la frente.

—Gracias por sus palabras, madre. Yo a Ud. también la he llegado a querer como a mi propia madre.

—Hijo... —le iba diciendo con una dulzura que él hubiera querido escuchar de su propia madre. —Te quiero mucho, Enrique, por eso te hablo así. Tu madre es tu madre... ella, estoy segura, te quiere mucho. No dudes de su cariño. Ve al teatro con María Elena. A los dos les hace falta distraerse. Yo me quedaré descansando, me hace falta. Ya mañana me contaréis cómo la habéis pasado. Adiós, hijo.

* * *

Se despertó temprano con la urgencia de las tantas cosas que tenía que resolver. Se sentía feliz porque le había proporcionado a María Elena una noche inolvidable. La comedia fue simpatiquísima. La llevó a cenar a un restaurante al cual, en otra época, frecuentaba con amigas... pero ahora, con María Elena, todo le lucía tan nuevo... ¡tan distinto! Se sentía feliz con ella. Habían caminado por la ciudad, abrazados, compartiendo impresiones, sintiendo como si el amor de ella lo hubiese acompañado siempre. Hoy... voy a comenzar de nuevo con los ejercicios... Y pensando en esto, fue entregándose a sus quehaceres matinales mientras programaba el día.

* *

—Buenos días, madre —dijo dándole un beso.

—Buenos días, hijo. ¿Os habéis divertido anoche?

—Muchísimo... María Elena parecía una niña riéndose.

—Os hacía falta salir. ¿Llegasteis tarde? porque no os sentí.

—Sí, algo tarde.

—Ella todavía duerme.

—Madre: entre las cosas que quiero resolver hoy, quiero ver si viene de nuevo a trabajar acá una sirvienta hija de la que trabaja en casa de mis padres... y que

hace años está con la familia. No quisiera que me trabajarais acá. Ayer, le entregué unas llaves a María Elena y a Ud. le daré otra copia para que no tenga que depender de nadie si quiere salir... pero le ruego, hoy no me trabajen acá. ¿Vale?

—Vale, Enrique. Dime, ¿cómo se llama la sirvienta?

—Cecilia. Hoy iré a buscarla, pero antes tendré que pasar por la Universidad, ver cómo está la situación.

—¿No irás por casa de tus padres?

—No lo sé. Todavía no sé...

—Ve, Enrique, ve a ver a tu madre, a tu padre quien seguramente estará ansioso de verte.

—Bueno, madre, ya veré.

—¡Enrique, buenos días! —le dijo Delio entrando en el comedor y sentándose a desayunar lo que la madre ya les servía.

—Parece como si fuese días que no nos vemos. ¿Qué tal la pasasteis por la ciudad?

—Bien... Juliancito, distraído, descubriendo cosas nuevas. Yo compré el periódico para buscar información sobre los trabajos.

—¿Quieres venir conmigo a la Universidad? Supongo que estará cerrada, pero al menos ya sabes dónde queda y te iré mostrando algunas cosas.

—¡Sí, vamos!

—Vámonos.

*

Pasaron ambos por la Universidad, que efectivamente estaba cerrada. Allí vio Enrique a varios colegas y amigos, a quienes les presentó a Delio. Después fueron por toda la ciudad hasta que llegaron a la casa de Cecilia, la hija de Edelmira. No había nadie, pero pudo dejarle un recado con una vecina que tan pronto como regresase se comunicase con él o fuese por la casa que era urgente.

El día transcurrió sin mayores novedades... Enrique fue orientando a Delio en la ciudad, indicándole el sistema de transportación. Subieron a un tranvía que lo conducía una mujer. Al regresar, pasaron por el Hotel Colón donde vieron hacia el lado izquierdo de la fachada, una foto gigante de Lenin, y hacia el extremo derecho, otra de Stalin. En el centro había un cartelón con las palabras “adherit a la internacional comunista”, y más abajo otro que decía: “fusió dels partits de Catalunya. Federacio Catalana del P.S.O. Catala Proletari. Unió Socialista de Catalunya”. Los carteles comenzaban a vestir la ciudad de propaganda. Algunos, comunistas; otros, anarquistas: “La anarquía es la más alta expresión del orden. JJLL de Cataluña.” Otro decía: “Raó i força. Estat Catala”, con el dibujo de dos libros sujetos por una gruesa cadena de hierro y sobre ésta la espada de la justicia; otro leía: “treballadors, el POUM us espera”.

—¿Estás pensando en Juan Luis? —le preguntó Enrique a Delio mientras leía ese cartel.

—Sí... me pregunto si estará por acá... tal vez aquí lo pueda encontrar.

—No sería difícil si te dirigieses a la Oficina de Reclutamiento del P.O.U.M.

—Ya lo pensé.

—No está lejos. ¿Vamos?

Llegaron. Nadie conocía a Juan Luis Caballero. Delio dejó sus señas con la esperanza de que su hermano diera con ellos allí en Barcelona. Después de comer algo y comprarle flores a la madre, regresaron.

—¡Madre!, ¡madre! —iban llamando ambos cuando Enrique ve a la madre acompañada de su padre que venía a su lado, con paso lento.

—¡Padre!

—¡Hijo! —se decían abrazándose.

—¡Qué sorpresa, padre!

—Tenía muchos deseos de verte. Tu madre me dijo que habías estado por la casa. Sentí no haberte visto, y como temía que a lo mejor no fueses, decidí venir.

—Padre, te presento a Delio.

—¿Qué tal, Delio? —le dijo dándole la mano.

—Ya tu madre me ha hablado mucho de vosotros y de todo lo que habéis pasado en este tiempo.

—Vamos a la biblioteca, padre. Allí podremos hablar —decía mientras Delio y la madre se disponían a marcharse a sus habitaciones.

—No, no se marchen —les dijo el padre con un acento cordial, dulce. Quisiera poder compartir con todos la alegría de este reencuentro con mi hijo después de tanto tiempo. También quisiera poder conversar contigo —le decía ahora a Delio. —He estado horas hablando con tu madre... conocí también a tus hermanas, Delio; a Alicia, a María Elena... bellísimas las dos. Tienes una familia encantadora —le dijo tuteándolo.

—Gracias... gracias...

—Llámame Leopoldo.

—Bien, Leopoldo. Gracias.

—¿Pasamos?

—Vayan Uds. Yo iré a prepararle algo, Leopoldo. ¿Qué quisiera tomar?

—Un té, Cristina, gracias.

—¿Se quedará con nosotros a comer? Si es así, le prepararé una paella deliciosa... pregúntele a su hijo y a Delio, ¿no es así?

—Sí, padre, quédese, ya verá que la cocina de la madre es única.

—Otro día, hoy no.

—No lo fuerzo, pero ya sabe...

—Gracias, Cristina —le decía viéndola marcharse.

—¿Dónde, Enrique, dónde has conocido esta familia?

—¿No se lo dijo mamá?

—No me habló mucho. Cristina fue la que me dijo algo de cómo Delio y tú os habíais hecho amigos. Por lo que me ha contado veo que te han acogido como a un miembro más de su familia. Cuando un amigo así se encuentra, date por dichoso.

—Bueno, padre, sí lo he sido, porque he encontrado a Delio y a su familia también.

—Veo que llamas a su madre, ‘Madre’.

—Sí. Desde el primer día que llegué a la hacienda, me acogió como a un hijo, y eso no se olvida.

—Tu madre me ha enamorado, Delio... es encantadora.

—Cuidado, papá... que si mi madre se entera...

—¿Ella? No, hijo, ella no es celosa. Ya sabes que la quiero mucho a pesar de su carácter. No es una mujer fácil... a mí me ha costado muchos años de lucha, pero he logrado comprenderla.

—Es mi madre, y yo a veces no la entiendo.

—Es cuestión de carácter, Enrique. Ella da la impresión de ser una mujer orgullosa, altiva... —iba a añadir ‘egoísta’, pero prefirió callar. Después de una pausa, continuó: —y no lo es. De eso platicaremos. Tengo mucho que contarte... si no te lo digo yo, nadie te lo va a decir, y tú, ni te enterarías...

—Me hace falta hablar de ello, padre... tal vez hablando con Ud. se puedan disipar algunas nubes...

—Sí... de eso precisamente hablaba con Cristina, de la necesidad del diálogo... de la comunicación...

—A mí me hace mucha falta, padre...

—A todos nos hace falta, Enrique. Pero recuerda, la comunicación con los seres queridos a veces no se suple totalmente por el diálogo. Pero podemos lograrla si dejamos que la energía creativa del amor trascienda la incomunicabilidad de la palabra por la comunicación del espíritu. Yo la he encontrado con tu madre. También, en la música...

Después de un rato de silencio durante el cual Enrique reconoció lo que las palabras de su padre trataban de significar, y comprendiendo que no podía desarrollar el diálogo que necesitaba tener con él a solas, dijo: —¿No te mencioné una vez, Delio, que mi padre es compositor y además, toca el piano maravillosamente bien?

—Sí —y dirigiéndose a Leopoldo le dijo: —Enrique me ha platicado mucho de Ud. Me dijo que había sido un niño prodigio... que había aprendido a tocar el piano antes de hablar...

—...exageraciones...

—No sea modesto, padre —dijo aunque todavía inquieto por saber de su madre, añadió: —Dígame algo, algo que me ha tenido muy preocupado... es... la salud de mamá. ¿Qué es lo que tiene?

—Contigo aquí, ya verás que se recuperará pronto. Ella ha sufrido mucho, Enrique, sin saber de ti. Tal vez por eso mismo se las arregló para pensar que aunque te suponía en la guerra, no había pasado nada. Yo no. Yo temía por ti... y mucho más después de enterarme de algo que te va a entristecer, y que tal vez tú ignores.

—¿Qué es? Dígame...

—Es tu amigo Ramiro.

—¿Ramiro de Maeztu?

—Sí. Supe por un amigo que lo habían fusilado. Había parado en la cárcel la “Modelo”, en Madrid, y un día lo sacaron de allí, lo fusilaron y dejaron su cadáver quién sabe dónde.

—¡Y yo que pensaba tanto en él! ¡Era un hombre inolvidable... si lo hubiese conocido!

—Me hubiera gustado... en los momentos de mayor soledad y tristeza al pensar en ti, leía sus libros, sobre todo La crisis del humanismo, y me sentía cerca de ti...

—¡Padre... no sabía...! —decía conmovido.

—No le dije nada a tu madre. Muchas veces le oculté cosas para que ella no se alarmara. Yo creo que ella ve la guerra como un hecho que los periodistas inventan para llenar las planas de los periódicos... pero yo no... yo viví la primera guerra mundial... para mí, la guerra es algo muy doloroso...

—Yo siempre me mantuve al margen de todo acontecimiento de la nación, y ahora es que he comenzado a tomar conciencia de muchas cosas.

—Enrique... espero que no pienses formar parte de ninguna milicia ni de reclutarte...

—No se preocupe, padre. Además, ya mamá me dijo cómo Ud. pensaba sobre lo que estaba sucediendo...

—No se trata de cómo yo vea las cosas, hijo, sino de ti, de tu vida. Los rojos ya han comenzado con el reclutamiento obligatorio... hasta se están formando milicias de mujeres. ¿Las habéis visto? —les preguntó a ambos.

—No... no...

—Sí. La milicia de Rosa Luxemburg a cada rato marcha por las avenidas con su gran bandera con las iniciales B.F. y su gran estrella con la hoz y el martillo.

¿Ud. no simpatiza con los comunistas? —le preguntó Delio.

—Jamás podré simpatizar con el Kremlin... no es cuestión de que acá hagamos la revolución nosotros autónomamente... sino de caer en poder del Kremlin. Marx jamás predicó lo que allá se está haciendo. Si aquí en España se trató de hacer algo así con la Reforma Agraria y la Ley de los Cultivos, mira el resultado que ha dado. Nuestra historia, nuestro fundamento, no es una base sólida para el materialismo científico de Marx.

—¿Entonces?

—Es hora de que haya libertad, de que luchemos contra toda tiranía, de que podamos practicar libremente la religión sin temor al genocidio...

—La religión, la única que se permite aquí en España, ha sido, precisamente, la que ha sustentado el genocidio...

—Ha sido el poder, el estado...

—¿Y eso es lo que los nacionales defienden? ¿Y lo que Ud. apoya?

—Enrique... no se puede negar a España el derecho a practicar cualquier religión, incluyendo la católica, porque no se puede dividir a España de esa forma y decir: ése, fuera... Hay que declarar el derecho constitucional por

encima de todo, y esta guerra es necesaria, porque sólo así podremos algún día llegar a ser libres.

—Ahí diferimos, padre... la libertad es el dios de la mitología contemporánea...

—Yo creo que más bien ése es un problema que el español no se ha planteado ni podrá plantearse por mucho tiempo... porque no ha habido un régimen capaz de reconciliar las dos profundas facetas del carácter español: por un lado, el idealismo religioso; por otro, el materialismo práctico. Desde la Guerra de Sucesión, nuestra historia ha sido una sucesión progresiva de desmoralización... un proceso reaccionario a una forma u otra de gobierno. Mira todo lo que trajo, por ejemplo, don Alfonso, el 'enfant terrible' que algunos comparaban con Fernando VII o con Guillermo II. Se le acusaba por su liberalismo. Otros, han pecado de demasiado déspotas como la línea de los carlistas o los 'déspotas ilustrados'. Después Azaña... no han sido sino distintos colores de una misma bandera... que ha dejado de significar. Hay que rescatar al país de la gran desmoralización de ha sufrido, y sólo los nacionales lo podrán conseguir... Ya España ha pasado por mucho.

—Rescatarla, sí, pero sin cifrar todas las esperanzas en los nacionales, como Ud. ha hecho, padre. Y es cierto, de aquí a que podamos siquiera pronunciar la palabra 'libertad' (si es que se pueda), tendrá que pasar mucho tiempo. Yo, al menos, no tengo esa fe. Lo que sí quisiera es ver a España sin la cruz que tanto la ha martirizado.

—No, Enrique, España no puede negarse tanto a sí misma. La cruz ha sido su esencia misma. Hay que reconocerlo. Y a basta de sangre, de heridas que ahondan mucho más la división del país... ya basta de distintos grupos

insurgentes que reclaman victorias individuales que se concentran en pequeñas regiones...

—...padre... Delio es anarquista...

—Sí, hijo, ya Cristina me lo ha dicho... pero por lo que me ha contado, vosotros sois otra cosa...

—Es cierto, pero aún así, yo también me opongo a una forma de gobierno central. Crecí viendo cómo los sindicatos ayudaban al obrero... por eso soy anarquista de corazón.

Delio... de esa forma, anarquistas somos todos. Ese es uno de los puntos más favorables que el anarquismo puede aportar a nuestro país. Pero cuando se trata de violencia... de controlar por medio del terror...

—...como don Fermín... —recordaba Delio en voz alta.

Pero tú luchabas... no sólo contra él, sino contra los nacionales... ¿por qué, Delio?

—Nos defendíamos...

—¿De qué? —insistía Leopoldo.

—De las ofensivas... eran constantes... teníamos que proteger lo nuestro.

En la guerra a veces ni se pregunta uno por qué lucha... Luchabas contra los nacionales del mismo lado del que luchaba ese señor Fermín del que tu madre tanto me platicó... del mismo lado de Francisca... de la cual me platicó mucho también, y que por cierto, aquí en Cataluña se sigue como a una de las líderes de más peso... ¡y si oyeseis sus discursos!

—Pero nosotros no la apoyamos...

—Yo creí que luchabais al lado de ellos... —continuó replicando Leopoldo.

—No. Precisamente por eso mismo vino la refriega que acabó con la aldea... ellos se aprovecharon de la situación...

—...de una situación personal, pero, en lo que se refiere a España...

—...yo hablaba de Aragón...

—Pero Aragón no es España.

—Pero es parte de España y su individualidad hay que respetarla...

—...así como hay que respetar también las distintas regiones que componen esa maravilla que llamamos España. Si no, entonces, Delio, ¿qué es España para ti?

—Una gran nación que trata de abarcar y regir la patria donde nació.

—...‘la región’ donde naciste —le aclaró Leopoldo. Eso sería equivalente como preguntarle a alguien: ¿qué es para Ud. el mundo?... No... España es nuestra patria y no se trata de algo que abarca un local determinado. Tú mismo has compartido con mi hijo Enrique, que no es de Aragón sino catalán... y... ¿no sentís que os une algo más que el idioma?

—Sí, pero no todos los españoles son como él.

—Ni todos los españoles son como los otros...

—De acuerdo. Pero hay algunos que uno dice, ¡qué español es!

—Esos son los estereotipos y si va a analizarlo bien, verás, Delio, que estereotipos hay muchos... y de todo eso se compone España. Tampoco podemos negar su historia, compuesta tanto por visigodos como por celtas, iberos, fenicios, romanos..., etc..., ¡y qué no decir de las dos castas a las cuales se ha negado tanto!... Esos mismos prietos que están ayudando a Franco en la guerra... esos marroquíes... son tan parte de España como tú y yo...

—Yo nunca lo había pensado así.

—Tal vez porque vivías demasiado aislado, sin contacto con el resto de España, que hay que conocer... tú eres tan parte de ella como Enrique, yo e incluso mi mujer que lleva, sangre alemana... —decía ahora mirando a Enrique, cuando llega la madre con el té y unas empanadas españolas.

—Mire, Leopoldo, lo que le preparé. Espero que le guste. Y para vosotros también. Enrique, toma. Delio, toma —iba diciendo mientras repartía a cada uno una ración bastante generosa de aquel pastel que había preparado con tanto amor.

—Es cierto lo que Enrique me decía... los platos que Ud. prepara son únicos, Cristina.

—Me alegro que le guste. ¿Cuándo volverá por acá para comer con nosotros? ¿Por qué no trae a su esposa?

—Ella anda algo mal... no salimos mucho, pero en cuanto se sienta mejor, vendremos —y sonriendo le advierte: —Espero que no nos cancele la invitación...

—¡No... eso nunca! ¿Qué mayor placer que tenerlos acá a todos... a los padres de Enrique, a quien ya yo he prohijado?

—¿No le ha dado mucha guerra mi hijo, Cristina?

Todos los adoramos, y entre todos nos repartimos la guerra... así no se siente tanto —dijo Cristina bromeando cariñosamente.

Después que el padre se despidió de Cristina y Delio, ya en la puerta, se dirigió a Enrique:

—Ven por casa, Enrique, allá hablaremos...

—Mañana por la mañana. ¿Le parece?

—Te espero —y en voz baja: —dime algo, ¿te has enamorado?

—Mañana le contaré...

—Hasta mañana, hijo —le dijo abrazándolo.

Durante la cena, María Elena estuvo contándole a la familia la obra teatral que había visto con Enrique la noche anterior. Alicia la oía embelesada, la madre, con el gusto de que su hija hubiese pasado un rato tan agradable; Juliancito, callado, como siempre, algo aburrido, y Delio, nervioso, muy nervioso... Al terminar la cena, Enrique se excusó con la familia, y dirigiéndose a Delio, le dijo:

—Tenemos que hablar... te encuentro muy nervioso...

—Sí, un poco...

—¿Es la conversación con mi padre?

—...algo de eso...

—Vamos a la biblioteca.

*

—¿Qué te pasa, Delio? ¿Por qué tan inquieto?

—Por todo lo que tu padre decía. Yo en estos días he estado considerando la posibilidad de unirme a las milicias... la C.N.T. está reclutando...

—Delio, ¿no ibas a buscar trabajo?

—Sí... pensaba en la madre, pero también he estado sintiendo la urgencia de hacer algo por todo lo que he vivido... todo lo que soy... En estos días he estado como despistado, sin saber por dónde ando... caminando, pensando que tal vez por aquí, por allá, consiga trabajo... pero entonces, me veo mentalmente trabajando en una fábrica, supongamos, y no estoy haciendo nada por los míos...

—Los tuyos están aquí, y necesitan de tu apoyo...

—Yo sé que andas angustiado también, Enrique...

—Sí... soy feliz, y sin embargo, siento angustia... pero no es la misma tuya, es otra cosa...

—¿Son tus padres?... acaso... ¿tu madre?...

—Delio... ahora no quiero hablar de eso... Tenemos que hablar de ti, de tu familia... ¿Cómo crees que se está sintiendo la madre acá?

—No lo sé... creo que bien porque está ocupada, haciendo por los suyos... Sin embargo, Enrique, yo siento un vacío... tal vez ella lo sienta también...

—Es muy probable... pero tal vez en ti sea mayor porque eres joven y tienes la urgencia de hacer tu propia vida y temes equivocarte... tomar un camino equivocado, y no desarrollarte como te ilusionaba cuando hablábamos de que tú estudiases... ¿recuerdas?

—Sí. Eso es algo que tarde o temprano, haré.

—Lo que necesitas, Delio, es darte un margen para pensar muy bien lo que vas a hacer... tú eres fuerte, pero también, cuando te decides a algo te lanzas... y esos impulsos de actuar, me parece, los debes refrenar... yo creo que en realidad, nunca te has llegado a conocer...

—¡Cómo vas a decir eso, Enrique! ¡No hace ni unos minutos hablábamos de que precisamente yo antes era libre... hablábamos de la libertad del ser...

—Sí... esa libertad que tú vivías... o te creías vivir, pero... sin contacto con tu propio ser interno... Tal vez intuías tu potencial, pero no se te ha revelado porque el tipo de vida que hacías no te lo permitía... y ahora, que sientes tu vida en otro círculo, temas enfrentarte con ello, descubrirte a ti mismo...

—¿Y qué es lo tan terrible de ese descubrimiento?

—...¡quién sabe!... el temor es un sentimiento natural cuando nos enfrentamos a algo nuevo...

—Yo no temía venir a Barcelona, todo lo contrario...

—Porque para ti, entonces, era un reto... y una decisión necesaria en aquellos momentos. Es muy distinto pensar algo, que vivirlo, sentirlo, vernos cogidos en situaciones que no habíamos previsto... y en tiempos de guerra, el temor y la incertidumbre se acrecientan... es natural...

—¿Qué hago, Enrique? No sé qué hacer...

—Antes de hacer, tienes que pensar mucho en lo que quieres... se trata no sólo de resolver un problema inmediato, y eso, de ayudarme con la casa, como decía María Elena, es una preocupación que no quiero que ninguno de vosotros tengáis... Yo no tengo problemas económicos, y todos podemos vivir bien. No es eso, sino el enfrentarte ahora con lo que tú, Delio Caballero, quieres lograr para tu propia vida...

—No sólo la mía, Enrique, sino la de mi familia...

—Cada uno tiene que encontrar su motivación, Delio, incluso tu madre, que como te dije una vez, todavía tiene mucho por qué vivir. Pero, en cuanto a ti, tienes que medir tus aptitudes, posibilidades...

—Yo no sé...

—No las conoces, porque todavía no te has expuesto a ellas y temes defraudarte a ti mismo. Siempre te has creído con una gran fuerza para hacerle frente a todo... y Delio, tú no eres Dios... eres un ser humano, con tus propias debilidades... Tienes mucho que explorar de ti mismo, pero a medida que lo vayas haciendo, tienes que ir reafirmandote en los puntos positivos, y no dejarte caer frustrado ante cualquier obstáculo. Delio... doma tu impaciencia...

—...Enrique... me hablas así porque tú eres un pensador, no eres un hombre de acción, pero yo no puedo sentarme en un sillón a esperar cómodamente a ver por dónde se me abren las puertas... hacia dónde voy a ir... Yo me tengo que movilizar, hacer cosas, y si algo no se da por aquí, entonces, tratar por allá, porque si no... ¡entonces sí creo que es mejor que me acabe de morir! —exclamó angustiado.

—¡Cómo vas a hablar de muerte! ¿No recuerdas lo que tú mismo me decías cuando yo te hablaba de mí?

—Sí, lo recuerdo, y he pensado mucho en eso... en tus palabras...

—¡Dios mío!... ¡¡¡qué daño te he hecho, Delio!!! —exclamaba desesperado.

—No, Enrique... todo lo contrario. No me has hecho daño. Me has hecho ver cosas que yo antes no veía. Yo te admiro y respeto mucho...

—¡Dios mío!!! ¡¡¡qué daño te he hecho, Delio!!! —volvió a repetir agobiado en desesperación.

Delio, impresionado, porque era la primera vez que veía a Enrique así, lo abrazó con mucha ternura y apartándolo de sí, con sus manos en los hombros de Enrique, mirándolo fijamente, le dijo:

—Enrique: tú jamás me podrás hacer daño... porque entregas tu inteligencia con integridad... y con amor... sé que me quieres como a un hermano, y que...

—¡Nunca, Delio, nunca pensé hacerte daño!!!

—Y no me lo has hecho, Enrique. Escúchame... yo jamás me quitaré la vida.

—No es eso, Delio —decía ahora conteniendo su emoción.

—¿Qué te podré decir para hacerte ver que ‘me has dado pan por mucho tiempo’.

—Por Dios, Delio, no me recuerdes esas palabras que es peor... las recuerdo muy bien... ¡Dios mío, qué he hecho!!! —decía y repetía Enrique para sí, desesperado.

—¡Enrique... me estás haciendo daño ahora... verte así no lo puedo soportar... ya es mucho... mucho... verte así sí me hace daño! —le decía cuando Enrique reacciona.

—Perdona, Delio —le dijo abrazándolo.

—Perdona tú, hermano.

—Vamos a descansar.

—¿No quieres hablar de ti?

—No, ahora no.

—¡Dios mío, qué egoísta soy! —exclamaba Delio atormentado.

—¿Hasta cuándo vamos a recriminarnos de esa forma? Nos estamos haciendo daño mutuamente, Delio. Vamos a descansar. Mañana, mañana hablaremos.

—¿Me lo prometes?

—Sí... mañana...

* * *

Estuvo toda la noche sin poder dormir, dando vueltas por toda la casa. Iba a la cocina, a la biblioteca... trató de leer un rato, pero no podía... volvía a la recámara, salía... no podía pensar claramente... todo lo veía nebuloso... distintas imágenes de un sueño que recordaba vagamente aparecían y desaparecían... no podía recordarlo... no podía pensar en nada... sentía un vago olor a huesos, como si estuviese en un calcinatorio... de pronto, la angustia... respiraba hondo... aquí en la biblioteca se siente otro olor... pero no, no lo siento como cuando María Elena trajo las flores... ¿qué me pasa? yo mismo no me entiendo... y con qué derecho vas a tratar de hacerle ver a Delio nada, si tú mismo no te entiendes, Enrique... se decía atormentándose... pensando en lo que Delio le había dicho... no era la muerte física, sino la moral... la que tanto temía... pero... ¿por qué me voy a adelantar a las circunstancias... si tú mismo, Enrique, desconoces tanto... eres tan ignorante de todo... y no eres tú el que tanto has predicado que cada cual es dueño de su propia vida, de su propio destino... que cada cual escoge su propia vida y es responsable de sus acciones? ¿Por qué, entonces, por qué sientes esa responsabilidad hacia Delio... hacia Juliancito... hacia esa familia que te ha acogido como si fueras uno más entre ellos... pero que no llevan tu propia sangre... Escuchas, Enrique... tú no puedes ser responsable del destino de nadie... se decía dando vueltas... tratando de calmar la angustia que sentía...

No se había dado cuenta de que amanecía... que el sol brillaba por primera vez desde que llegaron a Barcelona... Seguía ensimismado en sus pensamientos... ¡¡Delio!! ¡¡Cuánto daño te he hecho!!!... se angustiaba... yo soy responsable de mis palabras, de mis acciones... si esas acciones o palabras llegan al ser querido de esa forma... ¡Dios mío!... no puedo evadir al ser querido de esa forma... ¡Dios mío!... no puedo evadir esa responsabilidad... no puedo... pero,

¿qué puedo hacer?... ¿podré hacer algo? ¡Dios mío!! —iba repitiendo sin darse cuenta de que ya no hablaba consigo mismo...

—Hijo... ¿qué haces tan temprano en la biblioteca? Pero... ¿qué te pasa, Enrique? No eres el mismo... ¿no has podido dormir? —le iba diciendo la madre preocupada de verlo en aquel estado.

—Madre... ando pensando...

—No has dormido en toda la noche... ¿estás preocupado por tu madre? ¿Fue la emoción de ver al padre?

—No... no es eso.

—Ven, siéntate. Yo te prepararé un buen desayuno y después puedes descansar un poco... para poder enfrentarte con vida a ese sol tan maravilloso que ha salido hoy. ¡Mira! —decía abriendo las ventanas.

—La luz es muy fuerte.

—Perdona, hijo.

—No... no las cierre... me tendré que marchar pronto.

—¿Adonde vas? ¿Por qué no descansas, Enrique?

—No... le prometí al padre ir hoy por allá.

—En ese caso, te hará bien ir por allá, volver a ver a tu madre, acercarte a ella. No hay mayor dolor para una madre que el silencio de un hijo.

—Sí. Me hará bien ir, hablar con el padre.

—Es un hombre encantador. Me recordó mucho a mi Chema.

—Ya Delio me dijo que se parecían.

—No en el físico, son muy distintos, pero sí en la personalidad, en la forma de hablar. El tiene algo muy distinguido y a la vez muy dulce. Mi Chema no tenía esa distinción, pero sí era un hombre todo corazón, y de una inteligencia muy noble. Eso fue lo que me enamoró de él. Era distinto a cuantos jóvenes había conocido por el pueblo.

—¿Tuvo muchos novios antes de casarse?

—¡Enrique!

—Perdone, madre... no quise ofenderla...

—No, no me has ofendido —dijo echándose a reír. —Me da gracia que creas que yo pueda ser una mujer capaz de levantar pasiones así. ¡Ojalá! hubiera tenido otros novios antes de casarme, pero en honor a la verdad, nunca me interesó... los veía a todos iguales hasta que conocí a Chema.

—El amor se conoce enseguida... llega sin que uno lo espere... Yo tuve varias novias... una vez por poco me caso. Pero... ¡me arrepentí a tiempo! y ahora... me siento feliz con María Elena.

—Ella ya sabes que es muy hermética cuando se trata de revelar sus propios sentimientos, pero en estos días aquí nos hemos unido mucho, y ha comenzado a hablarme de ella...

—¿Y qué le ha dicho de mí, madre? ¿Me quiere? ¿Me quiere como yo a ella?

—Sí, hijo, te quiere.

—Pero no me ama —iba diciendo en un tono triste.

—Sí, Enrique, te ama. Ella lo ha ido descubriendo en estos días... no sé cómo o cuándo... pero sí, ella te ama.

—¿Está enamorada de mí? ¿Qué cree Ud.?

—¿Qué es lo que en realidad te pasa, Enrique? ¿No pudiste dormir pensando en eso? ...si es por María Elena...

—No, no es ella. Son otras cosas.

—¿No quieres hablar?

—Perdone, madre, pero ahora no. Dígame, ¿cómo se siente aquí?

—Feliz, hijo, feliz de estar con todos, de sentir de nuevo la presencia de Delio en nuestras vidas... de pensar que a lo mejor en esta ciudad todos descubran algo de sí que sea positivo... que tal vez aquí logren lo que yo no pude hacer en Santángel...

—Pero Ud., madre, Ud., ¿cómo se siente?

—Echo de menos a mi Chema, mi casa, la aldea... es natural... A veces, siento una neblina extraña que me abarca, pero entonces, oigo a María Elena contarnos sobre la comedia que vieron recientemente, y siento otra cosa.

—¿Y Juliancito?

—Hoy le dije que a partir de mañana comenzamos las clases como lo hacíamos en la aldea... A él todavía le falta mucho por aprender. Quiero enseñarle el catalán y el francés. Aquí le va a hacer mucha falta.

—Es una idea excelente.

—Enrique... siempre me dices lo mismo... siempre me apoyas en todo... Por eso, por sentir tu estímulo, me siento feliz.

—Y yo con vosotros aquí, madre... algún día le hablaré mucho. El tenerlos conmigo ha sido algo muy importante en mi vida.

—Porque nos queremos mucho, Enrique. El amor nos une.

—El amor que yo hubiera querido tener de mi propia familia.

—El que puedes lograr abriéndote a tu madre, hablando con ella sin temores. No hay nada peor que no enfrentarse uno a las cosas según vayan pasando...

—Sí... gracias por hablarme así... lo necesitaba...

—¿Vas a ir?

—Sí, antes que se haga más tarde. Mi padre madruga y me espera temprano. Hasta más tarde, madre.

—Ve con Dios, hijo —le dijo dándole un beso.

Tocaba ahora el timbre de la residencia de sus padres con determinación... se sentía cansado... algo mareado... pero con muchos deseos de hablar con su padre.

—¡Hijo! te esperaba —le dijo el padre abriéndole él mismo la puerta. Tu madre todavía duerme. Ven, pasa... vamos a mi estudio.

Entraron en una habitación amplia donde un bellissimo piano de cola adornaba su centro y alrededor de él, butacas y sillas estilo Luis XV.

—Ven, sentémonos acá —le dijo mientras lo guiaba hacia un sofá a un extremo de aquel bello salón. Aquí estaremos cómodos sin que nadie nos moleste.

—Suenas Ud. muy misterioso.

—No, es que no quiero que tu madre nos escuche si se levanta y viene por acá... de eso quería hablarte, de ella. Por lo que me dijo el día que estuviste aquí, tuve la impresión que te habías marchado con la tristeza de pensar que a tu madre no le había importado mucho lo que te hubiese pasado.

—¿Cómo lo supo?

—Porque los conozco a ambos muy bien, Enrique. A ella le hice muchas preguntas. Todo lo que me contestaba era lo que ella creía, pero nada en concreto. No supo decirme cuánto tiempo estuviste en la prisión, ni por qué habías estado allí, ni qué rasguño era ése en tu hombro...

—Ella lo notó.

—Sí, lo notó y como creyó que te habían herido en la guerra, quiso restarle importancia para no sufrir...

—Pero al no preguntar es peor... ella llega a conclusiones muy rápidas y a veces, hasta extrañas.

—Porque le angustia lo que intuye. Ella tiene una sensibilidad muy fina, muy aguda. A veces, me deja pasmado con las cosas que dice. Por eso está en cama. Aunque trata de animarse, de vez en cuando sale, se distrae, no obstante, siente las cosas profundamente. No sabes lo que la ha afectado el haber ido a la ciudad, día tras día, de gestión en gestión...

—Sí, me dijo...

—Enrique... lo que ha hecho ella, sólo lo hace una madre. No sabes lo que ha sufrido. No es sólo el tratar de haberse comunicado con personas influyentes, amigos... que ya de eso te diré que amigos han sido muy pocos... las humillaciones que ha pasado... la han tratado muy mal, se han burlado de ella sin compasión, y ella, dejando el orgullo a un lado, persistía por el amor hacia ti... no sabes lo que es sufrir día a día... hasta...

—¿Hasta qué, padre?

—Hasta que sufrió un...

—¿Ataque al corazón?

—Dígame, ¿es eso??

—Sí, hijo. Tu madre está mal... tiene que guardar cama... pero yo creo que el que ella salga de vez en cuando le viene bien. Por eso, lo de León Felipe y otras conferencias... Yo he tratado de alimentarle esa vena artística que siempre ha tenido, porque es una gran poetisa, ya lo sabes, ¿no? Tu ausencia ha sido para ella como un poco de muerte... Ella te adora... lo que pasa es que tiene otra educación, otra formación, no es una mujer emotiva... Cuando siente mucho, y se pone nerviosa, habla de todo, huyendo de sus propias emociones.

—...sin hacerles frente...

—...por eso ha sufrido ese ataque...

—Dígame, padre, ¿en qué estado de gravedad se encuentra?

—Los médicos dicen que mientras guarde cama y no se altere... tomando las pastillas, podrá resumir su vida habitual en un par de meses...

—¿Cuándo fue?

—Hace poco... no hace ni dos meses... Yo creo que los presentimientos... la guerra... tú... y su propia naturaleza... ¡quién sabe, Enrique!...

—Pero en cuanto a mí, padre, algo le decía que yo estaba bien...

—Hijo... no sientas culpa... eso... el presentir que tú estabas bien es lo que le ha dado fuerzas para continuar viviendo...

—¡Qué injusto he sido, padre! ¡Qué egoísta!

—No, Enrique, no te recrimines de esa forma. Tú jamás podrás ser egoísta. Siempre fuiste muy noble, pensando en los demás antes que en ti mismo... Esas han sido siempre mis luchas contigo... porque siempre fuiste muy noble.

—Pero no con la propia madre.

—Sí, Enrique, con ella también. Por eso ella te adora como te adora.

—...y en vez de preguntarle a ella por su salud, yo esperaba que ella me preguntara por lo que me había pasado...

—Tal vez tú también temías... ¿o no crees que 'la sangre llama' y que no has heredado de ella esa intuición?

—Nunca lo pensé... siempre me he rebelado en contra del saber intuitivo, pero, creo que ése es un punto en mí que tengo que superar, porque ha sido más bien una negación de mi pensar que de mi sentir.

—El eterno conflicto entre la razón y la emoción.

—No, padre, yo no le he temido a la emoción... eso sí no creo que haya heredado de ella —si es que las modulaciones del sentir se heredan—. Ahí creo que me parezco más a Ud., o al menos, eso siempre he querido creer...

—¡A veces creemos ser los que nos creemos ser hasta llegarnos a convencer de que así es y ya!

—No, padre, no tan radical... yo siempre veo al ser humano cambiando...

—Entonces, Enrique, ¿no crees que pueda cambiar la relación entre tú y tu madre? Ella sufrió mucho los otros días porque se sintió incapaz de darte lo que tú necesitabas...

—Calor, comprensión...

—Ternura, reafirmación en su cariño... y sin embargo, Enrique, ¡cuánto te quiere! De eso no dudes nunca...

—La cuestión está en sentirlo, padre. Ella siempre ha sido muy fría, muy egoísta...

—¿Y no lo somos todos, Enrique? Me parece que eres injusto... que la juzgas demasiado severamente...

—Si conociera a la madre, padre...

—¿A Cristina?

—Sí... si la conociera, comprendería por qué me siento así... por qué he sentido la falta de esa dulzura en mi madre...

—Uno no le puede exigir a los demás que sean como otros, Enrique. Te has alejado de tu madre... juzgándola a distancia sin dejar que el amor te abra al

conocimiento de su persona. ¿Recuerdas lo que te decía en la biblioteca de tu casa? ‘que la comunicación con los seres queridos a veces no se suple totalmente por el diálogo’. Enrique... sólo la energía del amor nos puede llevar, ya conscientes de nuestra soledad existencial, a encontrar la vía para el crecimiento del espíritu. Y una vez llegado este punto, se transforma en energía creativa: en conocimiento y en arte. Te hablo así porque sé que quieres a tu madre... y antes de que sea demasiado tarde...

—¿Sientes esa urgencia porque pueda morir?

—Para morir sólo se necesita estar vivo... Yo he pensado mucho en la muerte desde tu desaparición...

—Es curioso, padre, Ud. me habla como yo mismo le hablo a los demás a veces, pero no a mí mismo... me estoy comenzando a observar y no me gusta...

—Porque... ¡Enrique! ¡juzgas demasiado severamente todo... a ti, a tu madre...! Tienes que abrirte... el amor puede conquistar esa distancia... comprender las diferencias que existen entre tú y tu madre, sin exigirle a ella que sea como tú quisieses que fuese... Además, eso que me dices de Cristina, ese es otro capítulo que tenemos que discutir...

—...¿discutir?...

—Sí. Te veo enamorado, en una luna de miel... ten cuidado, Enrique...

—...¿cuidado? ¿por qué?

—Porque te estás apegando mucho a gentes que en efecto, parecen quererte, pero que desconoces...

—Los he llegado a conocer muy bien, padre.

—Es muy poco el tiempo, hijo... Eso debe haber alarmado mucho a tu madre... y yo creo que ella presiente algo que yo ahora comienzo a pensar...

—¿qué?

—Que ellos no son iguales a ti... que cuando se destapen los conflictos ibas a sufrir profundamente...

—¿Qué conflictos pudieran surgir?

—De caracteres, de formación, políticos, religiosos, económicos... —iba diciendo a medida que Enrique comenzaba a respirar un aire distinto... quería recordar a María Elena...

—Ten cuidado...

—No me lo advierta así, padre...

—Te lo digo porque una cosa es el matrimonio, la convivencia con una persona amada, y otra, la de toda una familia que además, no conoces... Te has echado encima una carga demasiado fuerte...

—Yo no lo siento así, padre, todo lo contrario...

—Estarías muy solo... en la prisión... y te encariñaste con Delio...

—Lo he llegado a querer como a un hermano...

—Puede ser... pero hasta que salgas de esta situación quiero decirte que puedes contar con mi ayuda... que mi apoyo no te va a faltar... Soy tu padre y te quiero.

—Gracias, padre —decía Enrique mientras se sumía en pensamientos extraños.

—Hijo... estamos en guerra... ¿qué piensas hacer? Hasta que los nacionales lleguen acá, estamos viviendo una situación anormal. Todo anda cerrado, y los dirigentes del gobierno de vez en cuando se asoman a los balcones que hacen de tribuna para hablarles al pueblo, y lo único que dicen es que todo está normal. Mienten. No informan de nada... Yo si no es por los amigos que tengo... que nos reunimos a hablar...

—Por Dios, padre, tenga cuidado... —le dijo Enrique atemorizado. —Ahora soy yo el que le pide que tenga cuidado.

—No te preocupes, hijo, ya yo estoy viejo... eres tú el que tienes que cuidarte. Dime, ¿qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé. La universidad está cerrada.

—Hasta que termine toda esta matanza de hermanos contra hermanos... y cuando termine... van a ser meses, tal vez años antes de volver a la normalidad. No será de un día para el otro. Mientras tanto, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Seguiré escribiendo...

—¿Y dejar que todo ese batallón gravite sobre ti?

—Padre... de eso mismo hablábamos los otros días... las muchachas quieren trabajar. Delio también anda preocupado...

—Sí... ellos también han pasado por mucho, pero no les quites el ánimo. Que trabajen y que te ayuden. Por el momento, te voy a entregar un cheque que

podrás cobrar en el Banco de España... con eso tendrás suficiente por algunos meses...

—No, padre, yo tengo más que suficiente... no hace falta. No necesito de su ayuda material...

—Entonces, acéptalo como una ayuda moral... para ti y para ellos. Déjame contribuir en algo. No quiero que te angusties, Enrique, sino que pienses las cosas...

—Yo creí que las pensaba...

—Sí, pero de otra forma. Siempre has sido muy soñador, como tu madre, y muy poco materialista, a veces, muy poco práctico...

—Sí, eso es verdad.

—¿Me prometes algo, hijo?

—Dígame.

—Dos cosas: la primera, que te acercarás a tu madre... trata de comprenderla sin exigirle... así evitarás disgustos... de esa forma la harás feliz... y tú también lo serás, hijo... la vida es corta y se nos va de las manos en un abrir y cerrar de ojos por decirlo como se dice por ahí...

—Sí, padre.

—...y el segundo... por favor, Enrique... que no formes parte de ninguna milicia, que no te reclutarás en el ejército...

—No sé, padre...

—Bueno... esto tiene que ser decisión propia, pero piénsalo mucho, Enrique... no por mí sino por ti...

—Sí, padre, lo pensaré...

—Vamos a ver a tu madre.

—Sí, vamos.

Se pasó el día entero en casa de sus padres, hablando, compartiendo ideas, poesía, música... poco a poco se fue abandonando a la compañía de ellos, a la comprensión que iba despertándose en el diálogo. Ya no veía a su madre tan fría como él la había pensado... Tal vez la pensó así para evadir la culpa que él mismo sentía... Comenzaba a respirar ese aroma a naranjos que tanto lo había acompañado en su niñez... un aire libre... más despejado... El padre tocó en el piano La Fantasía de Schumann... él le daba una interpretación única... cada vez que la oía volvía a sentir algo muy profundo en sí, algo inefable, que no le sucedía ni cuando leía ni escribía... Miraba a su madre, arrobada como él, embelesada escuchando al padre tocar el piano maravillosamente bien... La música los unía de nuevo... Volver a escuchar La Fantasía, después de tantos años de no oírla sino en el recuerdo, despertaba en él una sensación desgarradora... no sabía por qué, pero así lo sentía. Ahora, volvía a la casa, a su propia casa... y no quería ver a nadie... quería estar solo como antes... como antes de haber estado encarcelado... volver a retomar los hilos de su propia vida... Hablar con el padre le hizo bien... Ahora, no quería regresar. Fue a abrir

la puerta, y se sintió distinto... —¿qué me pasa?... pero, ¿qué diablos me pasa?... tengo que despertar... dejar de martirizarme de esta forma...

—¡Enrique! ¿Cómo te ha ido? —le preguntó la madre al verlo llegar. —¿Cómo están tus padres? —le volvió a preguntar tan cariñosa como siempre.

—Bien... bien... —le respondió algo seco sin detenerse a hablar. —Madre, ya comí —le dijo mientras ella sacaba la comida que le había dejado en el fogón.

—Eso pensaba... pero bueno, hijo, mañana será otro día... no te preocupes. Quiero darte una noticia antes que te retires. La hija de Edelmira estuvo hoy aquí. Cecilia. Nos habló mucho a todos... le dijimos que tú querías hablar con ella pero no sabíamos cuándo llegabas...

—¿Se marchó?

—Sí, temprano. Dijo que mañana vendría a trabajar.

—Bien, sí, sí, madre. Hasta mañana. Me voy a acostar.

—Sí, hijo, descansa —le decía mientras observaba el rostro de Enrique... no era el mismo... había cambiado... tal vez los padres... Iba pensando la madre mientras comenzaba a presentir que algo no andaba bien. Mañana hablaré con él, se dijo.

*

—¡Enrique! ¡¡Enrique!! ¿andas dormido? —le decía una voz mientras tocaban la puerta de su alcoba.

—¿Quién es? —decía malhumorado cuando abre la puerta y ve a María Elena.

—Yo... soy yo... hace días que no sé de ti... quería darte un beso...

—Ven... —dijo atrayéndola hacia él... y besándola, comenzó a quitarle la ropa mientras ella se negaba.

—No, Enrique, ¡¡noooo!!!... ¡no quiero!!! —le suplicaba casi gritando.

—Sí, yo quiero poseerte, María Elena, déjame... sé mía... ven...

—¡No!!! —gritó forcejeando con él, y abotonándose la blusa, salió de la alcoba de él, llorando.

Enrique comenzó a refugiarse en sus libros y en sus escritos... comenzó a desarrollar todo lo que había escrito en su pergamino. Pasaba horas y días encerrado en la biblioteca sin dejar que nadie le molestase... Le había dicho a la familia que tenía que trabajar... que lo dejaran solo hasta que él terminara... pero no parecía terminar nunca. Cecilia había comenzado a trabajar en la casa y era la que ahora le traía el té o la cena a la biblioteca. Delio había comenzado a trabajar en las oficinas de reclutamiento de la C.N.T. porque hablaba el catalán y el francés muy bien, además, era un sindicato al que la O.I.A. estuvo por afiliarse y aunque terminaron por no hacerlo, su apellido le ayudó en las gestiones. No había sido fácil. Un compañero de trabajo le había prometido presentarle a su hermana que trabajaba para el Telégrafo de Barcelona, y tal vez allí, María Elena pudiera conseguir algo.

Pasaban los días... María Elena cada vez más nerviosa... promesas de trabajo por aquí, por allá... y ¡nada!... Quería encontrar empleo, vivienda... En el Telégrafo le habían comunicado una cita para una entrevista... Cristina, había comenzado a darle clases particulares a varios muchachos del vecindario que

se hicieron muy amigos de Juliancito... Alicia... se había hecho amiga de Cecilia... compartían y salían mucho... e iba abriéndose a la vida de la ciudad. Ya había firmado una petición de trabajo para entrenarse como conductora de tranvías... esperaba... y así iban pasando los días... las semanas...

La madre seguía preparando comidas deliciosas con las pocas cosas que conseguía en el mercado. Los alimentos comenzaban a escasear. Sus hijos ya ni aparecían a la hora de la cena... Muchas veces, comía sola, o no comía... Incluso Juliancito siempre andaba con sus amigos. María Elena... en la calle... Alicia... en la calle... Delio... en la calle... Enrique... en la biblioteca... Se preocupaba por sus hijos... no sabía nada de Juan Luis... ni de Rolando... sintiendo día a día un silencio que cada vez la iba abarcando más y más.

—Don Enrique... Don Enrique... —llamaba Cecilia tocando la puerta de la biblioteca.

—Estoy ocupado.

—Es un comunicado... es urgente...

—¿Y la madre? —decía mientras abría la puerta.

—Dándole clases a los muchachos... en la casa no hay nadie.

—Ya voy —decía dejando la pluma a un lado. Se dirigió hacia la puerta y vio a un miliciano con una carta en las manos.

—¿Aquí vive la Sra. Doña Cristina Caballero?

—Sí... ¿qué es esto?

—Yo soy amigo de su hijo, Rolando Caballero... hace ya tiempo me entregó esta carta para ella. Acabamos de llegar a Barcelona.

—Pase, pase Ud. —le decía mientras lo conducía a la biblioteca. La madre no tardará en llegar. Espere por ella que le dará un gran gusto saber de su hijo.

—Estamos aquí de casualidad... pero hemos venido por orden del general... y volveremos a Zaragoza donde se nos espera para finales de marzo.

—¿Y Rolando? ...¿está bien?

—No lo he visto desde la segunda semana de febrero... tenía entendido que lo iban a enviar a Málaga... pero no hemos sabido nada... Se han cortado las comunicaciones... por eso estamos aquí.

—¿Ha habido algún cambio?

—Sí, muchos... pero ello es confidencial... no podemos hablar...

—Comprendo, no se preocupe.

—¿Y Ud. es escritor?

—No... soy profesor en la universidad, pero andaba escribiendo...

—¿Sobre qué, si me permite preguntarle?

—Sobre la libertad.

—Por eso luchamos, por ella.

—Dígame... hábleme de Ud... de sus ideales...

—Yo sueño con ver a la patria libre... libre de opresión... ver al trabajador ganando lo que le corresponde... todos trabajando sin miserias, sin problemas económicos, sin injusticias...

—...por eso luchan los nacionales también...

—¿Para instaurar un gobierno en donde se pierda la patria en la burocracia judicial?

—...¿en donde se pierda la patria...? Dígame, ¿qué es la patria para Ud.?

—Yo sueño con ver a Aragón independiente, autónoma, libre del gobierno central.

—...pero 'Aragón' no es la 'patria'.

—Sí es la mía. La 'patria' es el lugar donde uno nace, donde uno crece...

—Entonces, ¿qué es España para Ud.? —iba preguntando ya con desgano... pensando en el padre... en sus propias ideas. No escuchaba... era lo mismo... lo mismo siempre...

—¡Enrique!!

—Madre... noticias...

—¿Es Ud. la Sra. Cristina Caballero?

—Sí, yo soy.

—Encantado. Yo soy el teniente Ramos. He venido a traerle una carta de su hijo...

—¡De Rolando!

—Sí... yo era muy amigo de él...

—¿Era??? ¿¿Le ha pasado algo a mi hijo???

—No, señora, cálmese... que yo sepa, nada —le decía mientras le entregaba una carta muy estrujada. Al verla, Enrique recordó su pergamino. El teniente

Ramos le dijo a la madre: —No he podido hacérsela llegar antes... acabamos de llegar a Barcelona, como le explicaba al profesor...

—Enrique Vergara de Bode, para servirle.

Mientras iban diciendo esto, la madre trataba de abrir la carta con sus manos temblorosas. Dejándose caer en el sofá, le entrega la carta a Enrique.

—Toma, hijo, léemela... apenas puedo distinguir las letras...

—Yo me marchó. Con permiso —anunció el teniente.

—Yo le acompaño —dijo Enrique mientras caminaba con él hacia la puerta. —
¿Volverá a visitar a la madre?

—Nos marchamos en dos días...

—¿Por qué no regresa mañana, así podrá acompañar a la madre un poco y hablarle de Rolando. Le hará bien.

—Sí, mañana vendré.

—...a cenar...

—Sí, gracias. Espérenme, aquí estaré.

—Adiós gracias —le dijo Enrique, y regresando a la biblioteca, tomó la carta y sentándose al lado de la madre, comenzó a leer:

Querida madre:

Acabo de recibir noticias de Ud. y la familia. Le escribo con la alegría de poderle comunicar que a Juan Luis lo han trasladado a Cataluña. No sé exactamente a dónde, pero creo que no debe estar muy lejos de

Barcelona. Le entregaré su dirección y esta carta a un amigo de la Brigada 12ª, el teniente Ramos, quien será movilizado hacia esa región, y espero le entregue ésta en sus manos, ya que lleva datos confidenciales de la guerra. De mí, le diré que bien. No pude ir a verlos antes de su partida, pues el general no me entregó el comunicado suyo hasta varios días después de su partida. Lo sentí mucho, pues hubiera querido darle el abrazo que espero le llegue con ésta.

Es muy posible que nos movilicen hacia Zaragoza pues el avance de las tropas nacionales es cada día más alarmante. Siguen los bombardeos y se espera que nosotros vayamos pasando de Belchite a Valmadrid, en semicírculo hasta llegar a Zaragoza. Se espera que la Columna Maciá se nos una al Frente del Combate.

Madre: tengo una noticia muy triste que darle. Siento comunicarle que dos días después de la partida suya y de los hermanos, don Fermín, al mando de la Brigada 7a de los zorros negros, incendió toda la hacienda de nuevo. Según me comunicaron el mismo día que el general me entregó su carta, no ha quedado a salvo nada. Todo se ha perdido. Pero le prometo que esta injusticia no seguirá. Primero, tengo que cumplir con la patria. Después, con lo personal... No se preocupe, madre, que la justicia llegará. Yo estaré bien... Sé que rezará por mí como yo rezo por todos los míos... y quiero que sepa que su amor siempre me acompaña como yo espero le acompañe el mío a Ud. y a los hermanos.

Su hijo,

Rolando Caballero.

—Enrique... temo por su vida —le confesó la madre abatida, profundamente triste.

—Madre —le decía conmovido.

-Hijo —le dijo abrazándolo.

No podían hablar. Enrique sentía el envejecido cuerpo de la madre tembloroso, frágil, muy, muy delgada... como si su vida estuviese suspendida en un hilo muy fino, el cual él hubiese querido proteger...

—Enrique... temo... no puedo evitarlo... le decía secándose las lágrimas que no podía contener.

—Enrique... —le dijo ahora con la luz de una nueva esperanza. —Por favor, fíjate en la fecha de la carta. ¿Tiene fecha?

—Sí, la había olvidado. Aquí dice el cinco de febrero...

—¡Casi un mes!! —exclamó angustiada. No sabes lo que he sufrido pensando en él y en Juan Luis... pero más que nada en Rolando... En estos días he tenido sueños horribles... Soñé no hace ni dos días que lo buscaba entre los cadáveres amontonados en la carretera a la salida de Santángel... y lo vi... —decía estremeciéndose.

—Madre... no me sufra así... los sueños no son proféticos ni mucho menos...

—Sí, lo sé, pero desperté muy mal... desde entonces me he estado sintiendo morir...

—...piense en sus otros hijos...

—...por ellos vivo... pero ya ni los veo... todos andan desaparecidos... cada cual trabajando o buscando trabajo...

—¡Yo hace tantos días que ando encerrado en lo mío que ni siquiera los he visto!

—No te queríamos molestar. Ya sabes que respetamos mucho la privacidad ajena.

—Sí, Delio siempre me hablaba así en la prisión. De eso precisamente, he estado escribiendo mucho últimamente, sobre la libertad y el respeto, que es la base...

—...de la libertad del espíritu... —le completó la madre la frase, añadiendo: — respetando a los demás es que podemos florecer.

—Yo creí que Ud. hablaba siempre del florecer en relación al amor.

—¿Y qué es el amor sino el respeto propio y el ajeno?

—Sí... —iba pensando en María Elena...

—Dígame, madre, hace días que no sé de María Elena.

—Anda buscando trabajo. En estos días ha estado huraña, más hermética que de costumbre. Yo le pregunté los primeros días, pero nada... silencio... y no insistí por no molestarla... En estos días, el silencio parece que es lo único que puebla esta casa, esta región, la patria, todo...

—Cada uno buscándose a sí mismo...

—Antes no andábamos tan perdidos, Enrique —le dijo la madre tratando de suavizar en algo el dolor de aquellos momentos.

—Pero en esta ciudad, tal vez sí.

—Eso temía, pero ya ves. ¡Si nos hubiésemos quedado...! Le doy gracias a Dios que mis hijos están a salvo... pero Enrique... haber perdido a mi Chema... y ahora la aldea, es haber muerto un poco...

—Pero con la aldea al menos, su vida no ha terminado, madre... todavía tiene mucho por qué vivir...

—Hablas así porque todavía eres joven. Cuando llegues a mis años verás que el tiempo ya se vuelve pretérito. No se mira tanto hacia adelante sino hacia atrás...

—Eso me recuerda las palabras de un poeta muy querido amigo mío quien escribió: ‘haber vivido adquiere signo de inspiración y resistencia cuando el misterio de la memoria, que no es sólo el oficio de recordar, se ha consumado.’ Si la vida es poblar la memoria, que ésta sea ‘signo de inspiración’ así como el olvido...

—El olvido es algo que yo nunca he concebido... siempre he vivido haciéndolo todo parte de mí —le interrumpió la madre, y añadió: —Yo jamás olvidaré la aldea... fue mi vida...

—Y yo allí conocí la felicidad... una felicidad... que no había vivido antes —iba diciendo mientras comenzaba a desarrollar un concepto sobre el olvido y la memoria... de pronto recordó la voz de Delio cuando en la prisión le dijo: ‘a mí me parece que no se trata de dos cosas contrarias’.

—Enrique...

—Perdone, madre... pensaba...

—¿No has hablado con Delio en estos días?

—No... estaba pensando en él precisamente ahora mismo.

—Ha encontrado trabajo.

—¿Dónde?

—En la C.N.T. Me preocupa que él también llegue a reclutarse en las milicias. Habla con él, Enrique. Haber perdido a dos hijos ya...

—Madre, no los ha perdido. Todavía no se sabe nada. Esa misma carta...

—Siento algo terrible, Enrique. Rolando iba hacia la guerra, a una zona de batalla, de bombardeos... lo más probable es que me lo hayan matado —decía sin poder contener las lágrimas.

—Vamos, madre —le decía Enrique conmovido sin encontrar palabras para aliviar un poco el dolor de aquella madre que estaba sufriendo tanto.

Así pasaron horas. Cuando llegaron los muchachos, cada uno fue leyendo la carta, abrazándose unos a otros... en silencio... sollozando...

—Delio...

—Enrique...

—María Elena...

—Alicia...

—Juliancito...

—...silencio...

Esa noche todos cenaron en el mismo silencio. Delio lo pobló:

—Has estado muy ensimismado en tu trabajo en estos días, Enrique.

—Sí, ocupado, escribiendo.

—Tengo que hablarte.

—Sí.

Terminaron la cena, todos en silencio. Enrique y Delio se excusaron con la familia, y llegando hasta la biblioteca:

—Delio... no sabes cómo siento todo esto...

—Sí, Enrique... haber perdido al padre, a la aldea, y ahora Rolando a zona de combate... es mucho...

Pasaron unos minutos de silencio. Delio ya más repuesto, le dijo: —Dime, Enrique... siempre estuve ansioso por hablar contigo, pero no quería distraerte de tu trabajo.

—¿Distraerme, tú, Delio, nunca!

—¿Qué te pasa, Enrique? Me preocupas...

—Delio...

—¿No quieres al menos decirme qué ha pasado entre tú y María Elena?

—¿Ella te ha dicho algo?

—No... pero desde que te vi marchar a casa de tus padres aquel día, presentí que algo andaba mal... ¿qué te angustiaba tanto? ¿tiene algo que ver con lo que ha pasado entre María Elena y tú?

—...no lo sé...

—...dime... ¿por qué temías ir por casa de tu madre?

—No puedo hablar, Delio... temo herirte... y te quiero demasiado para eso...

—¿Es tu padre? ¿El se opone a vuestras relaciones?

—No...

—¿Entonces, es tu madre?

—No... ella tampoco... Es otra cosa, todavía más profunda...

—¿No sientes que María Elena pueda llegar en algo a tu espíritu?

—¿Por qué dices eso? —le preguntó aturdido. No esperaba que le dijese eso.

—Por su procedencia... ella viene... digo... venimos de otra formación... somos aldeanos... y tú llevas sangre noble...

—¡Nunca, Delio, nunca me he detenido en esehecho... Te he querido y te quiero como a un hermano... jamás me he detenido a pensar si sois de aquí o allá...

—En la amistad, no, pero al pensar en matrimonio... tal vez sientas que ella no te pueda acompañar en lo que siempre ha sido tu mundo... y no me refiero a la forma de vestir, sino al mundo interior de ambos...

—...algo de eso...

—...¿has llegado a temerle?

—No, a temerle no, pero...

—...a sentir un abismo entre vosotros...

—...sí... a eso...

—...y te has adelantado en estos días para crearlo y después justificar el hecho de que eres prisionero de tu propia infelicidad... ¿no fueron felices una vez?

—Sí, mucho... pero eso de prisionero... yo creo que no basta nada más que nacer... nacemos para ser encarcelados por la vida...

—Sólo el que quiera dejarse encarcelar... tal vez... tal vez tú sí hayas sido libre... y no lo hayas sabido... y a eso le temes... a enfrentarte con eso... con el hecho de que no estás encarcelado... y trates de justificarte... Dime, Enrique, ¿no has descubierto en María Elena su alma?

—Sí, sí la descubrí...

—¿Entonces?

—...pero no sé si ya la reconozca...

—...te has alejado mucho...

—...lo necesitaba...

...pero... ¿por qué?... Todavía no entiendo por qué no me lo dices todo...

—He estado ocupado escribiendo...

—Huyendo... huyendo de ti mismo... y creo que hay algo más que tiene que ver con tu madre y que tú mismo no te lo admities... nunca olvidaré tu rostro ese día...

—Delio, por favor.

—Yo te hablé de mis preocupaciones, de mis problemas... y ese día me escuchaste hasta el último rincón de mi alma... ¿por qué no te abres ahora a mí? ¿No crees que pueda entenderte? ¿comprenderte? ¿o tal vez se trate de

eso mismo... que creas que no pueda comprenderte, ni María Elena tampoco... pero... ¿no te hemos demostrado que sí somos capaces de llegar hasta dentro de ti?

—Sí, sí me habéis demostrado la capacidad y profundidad de ambos... la madre también...

—...¿entonces?... ¿es tan doloroso que no quieres hacerle frente? ¿Prefieres el silencio? ¿Es el silencio a ti mismo?... ¿dime?...

—Sí... sí, Delio... lo he preferido porque he descubierto...

—¿Qué?

—Que todo yo, todo lo que he pensado, todo lo que he sido... hasta que os conocí, todo yo... he sido una equivocación.

—Tus ideas... pero hablas de tu cuerpo y tu espíritu como si no estuvieses vivo... Como si tú mismo fueses una representación...

—Sí, así me siento... me siento como si todo yo haya sido una equivocación.

—Enrique... ¿cómo puedes negarte a ti mismo de esa forma?

—No es negarme... es verme, ver mi interioridad, mis acciones, mis palabras, mis conductas, mis sentimientos, mi alma, mi espíritu... verme todo yo y no reconocirme... verme todo yo equivocado.

—Dime, ¿qué entiendes por 'equivocado'?

—La conciencia de mi propia existencia... que todo lo que yo me he hecho, ha sido una equivocación...

—No entiendo... ¿de quién, Enrique?

—De mí mismo...

—Enrique... —iba diciendo Delio desesperado sin comprender a su amigo... — Enrique, escucha... —comenzaba a recordar. —Escucha... tú una vez me hablaste de los varios 'yos' que componen la personalidad del individuo... y no hace mucho me hablaste de eso también, cuando yo estaba tan angustiado, ¿recuerdas? ¿Por qué vas a dejar que una de esas personalidades abarque tanto la otra negándote de esa forma, destruyéndote?...

—No es eso, Delio... estás hablando en el plano psicológico. Es... cuando uno mira desde otra dimensión la fundación de la existencia... la observa, y de pronto, después de haber creado toda una cosmovisión del mundo, de la existencia, de tu propia vida, comprendes que el punto desde el cual la observabas no era sino una ilusión del 'estar'... Entonces, se desmorona todo... todo lo que has creído ser... todo el fundamento de lo que has construido, y eso, Delio, ¡es tremendo!... despertar para ver lo que ahora estoy viendo... ¡¡es tremendo!!!

—Enrique...te estás haciendo ahora tú mismo mucho daño.

—Sí, lo siento así, pero es un daño necesario...

—¿Para quién? ¡Ciertamente, no para los que te queremos! ¿A quién vas a beneficiar con esa actitud, con esos pensamientos?

—A enriquecer la palabra escrita...

—Vacía de significado... dime... ¿cómo puede la palabra significar si el que la escribe se niega como te estás negando tú ahora... recuerdo que una vez me hablaste de ser yo mismo el autor de mi propio sueño, ¿recuerdas?

—...Delio... —iba diciendo mientras reaccionaba a sus palabras.

—Enrique, comprende, estás aquí entre nosotros... te queremos...

—Sí.

—Háblame de tu madre... quiero saber quién es ella... qué es lo que en el fondo te pasa...

—¡No es ella, Delio, por favor... entiéndeme!

—Intuyo que sí... te he ido conociendo, Enrique. Tal vez no sepa todo lo que piensas... todo lo que pasa por tu cabeza, pero en lo que se refiere a los sentimientos... sí. Creo que hay algo a lo que tal vez temas enfrentarte... ¿acaso temes que ella intervenga en tu vida?

—Siempre las madres intervienen de una forma u otra... se preocupan por sus hijos... mira a la madre...

—No, Enrique... eso es otra cosa. Mamá nos apoya, nos da amor, ternura, pero jamás ha intervenido en nuestras vidas. Se preocupa, sí, y ha tratado de educarnos, de darnos lo mejor siempre, pero jamás nos ha dicho 'éste es el camino a seguir'. Estoy seguro que quizá tu madre sí sea así, que a ella su educación la haya llevado a valorar la vida en la sociedad, u otro tipo de cosa que choca con algo tuyo que has descubierto en nuestra familia y ahora niegas en un conflicto... ¿estoy en lo cierto?

—...algo de eso...

—¿Cuál es el conflicto? ¿Su enfermedad? ¿Temes que muera, que tú con tu vida y las decisiones propias apresures su muerte?

—No sé, Delio.

—¿Y no eras tú mismo el que me hablabas que todos somos responsables de nuestra propia vida? ¿No me decías que todos hacemos nuestra vida con nuestras acciones?

—Sí, por eso mismo...

—...¿y tú has decidido no hacer nada para no enfrentarte a esa responsabilidad? ¡Hasta cuándo te vas a estar haciendo daño a ti mismo? ¿No crees que tu madre llegue a querer a María Elena cuando la conozca? ¿Crees crearle dolor con tu matrimonio?

—Delio, por favor.

—¿Vas a seguir negándote a ti mismo de esa forma? Dime, ¿crees que si tu madre te quiere, puede ser feliz sabiendo que tú no lo eres?

—Delio, no es eso. Creo...—iba diciendo Enrique con dolor— creo...

—¿Tú crees que tu madre no te quiere? ¡Todas las madres quieren a sus hijos!! ¿Y qué quieres, ganar su amor callando el tuyo por María Elena?

—Delio, por favor...

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—No creo que me perdone...

—¿Has tratado de hablar con ella?

—No.

—Primero dime, ¿qué diablos ha pasado entre vosotros?

—Entró a mi cuarto... nos besábamos y yo quería que ella fuera mía...

—¿La forzaste?

—Ella no quiso... salió corriendo de la habitación y desde entonces no hemos vuelto a hablar...

—Eres hombre, Enrique, y cuando uno anda enamorado... bueno... pues necesita a la mujer... pero ella es mi hermana, y no quisiera que la forzaras a nada...

—Pero ella nunca ha accedido a nada...

—¿Ni siquiera a jugar un poco? —le preguntó con una sonrisa picara.

—Bueno... algo... pero siempre me aparta bruscamente... yo creo que ella no me quiere... que nunca en realidad ha estado enamorada...

—Ella teme... es virgen... acuérdate que por más libres que seamos, somos aldeanos y no tenemos tanto mundo como tú aquí en Barcelona, que ya he ido viendo que es una gran ciudad que puede devorar al débil... aquí uno se va endureciendo un poco... Yo espero que ninguna de mis hermanas se endurezca...

—Eso esperemos...

—Enrique... ¿por qué no llamas a tus padres y les dices que vengan por acá? ¿No te has comunicado con ellos?

—Sí, hablo con ellos frecuentemente por teléfono...

—...pero no los has visto...

—No.

—¿No crees que es hora que todos nos conozcamos?

—No quisiera... al menos mientras haya tanta tensión entre María Elena y yo... y ahora, con la madre...

—A ella le vendría bien conocerlos, hablar con ellos... Acuérdate, se trata de compartir... nosotros siempre hemos sido seres abiertos... ahora... por acá nos ha tocado conocer lo que es en realidad el silencio como forma de vida... y es horrible... No, Enrique... llama a tus padres y para bien o para mal, es mejor que todos nos conozcamos, y que ellos comprendan que no estamos aquí gravitando sobre ti... pronto nos marcharemos...

—¿Adonde?

—Ya María Elena encontró vivienda... se la entregan a fines de este mes.

—¡Dios mío! ¡Y yo qué lejos de todos vosotros!... no sabía nada...

—Tal vez porque no querías saber... pero bueno... todos hemos estado haciendo cosas... Dime, Enrique, ¿quieres que hable con María Elena?

—No, no Delio.

—¿Ya no la quieres?

—No sé... en todo caso, hablaré con ella.

—Piénsalo. A ella le haría bien... en cuanto a tus padres... ¿por qué no los mandas a buscar antes de que nosotros nos marchemos de acá?

—Sí, les avisaré. Vamos a ver si pueden venir...

—Esperemos que así sea...

El día siguiente transcurrió como tantos otros... Pero, por la noche, el teniente Ramos había ido a cenar con ellos. Enrique había notado a Alicia provocativa...

se había puesto un vestido descotado... María Elena, en silencio... Delio y la madre, hablando de Rolando, conversando... Juliancito, de vez en cuando decía algo en catalán que la madre tenía que corregir... y Alicia... nunca la había observado bien... no se atrevía a mirarla de frente...

Se despidió de todos temprano, y se marchó a la biblioteca para seguir trabajando y así lo hizo hasta casi la madrugada.

*

Pasaron algunos días en los cuales Enrique se volcó a terminar su libro, pero siempre, por las noches, acompañaba a la madre y a Juliancito a cenar... a veces miraba a Alicia en silencio... y veía a María Elena evadirlo cuando andaba por la casa... Comenzó a salir con Delio por las noches. A veces frecuentaban un bar cerca de la universidad. Lo llamaban 'la Taberna del Alabardero', imitando a una en Madrid, aunque el dueño era un ex-estudiante suyo. Allí Enrique y Delio se animaban oyendo anécdotas de los jóvenes que todavía andaban por allí... se discutía de política, de economía, de literatura... A veces salían con distintas jóvenes... y así iban compartiendo como buenos amigos, ratos agradables.

—Delio —le dijo una noche.

—Enrique... te noto pensativo... en estos días no estás tan alegre... ¡ya he visto que puedes llegar a reír y no sabes lo bien que suena tu risa!

—Delio... los padres vendrán a visitarnos el fin de semana.

—¿Ansioso?

—Un poco...

—Enrique... todos tenemos muchos deseos de conocer a tu madre. Si anticipas algo, dado su carácter, no te preocupes... nosotros siempre tendremos en cuenta que ella tal vez tenga sus temores... Verás que todo saldrá bien.

—Eso espero...

—Sabes... hablé con María Elena.

-¿y...?

—Ella espera poder hablar contigo. A veces te evade porque siente que tú eres el que ya no quieres hablar con ella... y así se va resguardando...

—...en el silencio...

—del dolor... Ella te quiere. Eso concluí después de haber conversado largamente con ella.

—Con ella... tendré que hablar.

—Pronto, Enrique, antes que nos marchemos... —Sí.

Llegó el día. Tocaban la puerta...

—Yo abro, madre.

—¡Enrique, hijo, al fin te vuelvo a ver! ¡Qué bien luces!... ¡Y la casa... es otra... no es la misma que yo recordaba! —decía Teresa mirándolo todo a su alrededor. Todo limpio, pulcro. Flores por todos los rincones.

—¡Hijo, ya te echaba de menos! ¿Te sientes bien? —le preguntó el padre en el momento en que ven llegar a toda la familia.

—Teresa... te presento a Alicia, a María Elena, a Juliancito, a Delio —le fue diciendo Leopoldo.

—Te faltó Enrique —dijo su hijo bromeando.

—Sí. Temía que después de tanto tiempo no te llegara a reconocer. ¿Y Cristina? —preguntó Teresa.

—En la cocina. Pasemos a la sala.

—Delio, tenía muchos deseos de conocerlo —le decía Teresa mientras lo observaba. Era guapo y tenía una mirada dulce en su rostro.

—Y yo a Ud. Enrique me ha hablado mucho de Ud.

—A mí también —añadió María Elena.

—Dime, eres Alicia, ¿no?

—No... soy María Elena. Después de unos minutos de silencio, María Elena, levantándose, se excusó: —Con permiso. Iré a ayudar a la madre.

—Sin pena alguna —le dijo Teresa y dirigiéndose a la menor: —¿Entonces, tú eres Alicia?

—Sí.

—¿Cómo te sientes en esta ciudad? ¿Distinta?

—Ha sido un cambio. La aldea en que vivíamos era otra cosa. Trabajábamos todos ayudando al padre, pero aquí cada cual anda por su rumbo. Yo a veces no veo a Delio ni a Enrique...

—¿Estás trabajando?

—He estado buscando trabajo. Me dijeron que la semana próxima podré comenzar con el entrenamiento en los coches de prácticas.

—¿Qué es eso?

—Los tranvías... conduciendo tranvías... Cuando Teresa oyó esto, emitió un ¡ahhh!! que congeló la conversación por unos minutos. Enrique la continuó:

—Ha sido un cambio algo brusco para ellos... el tipo de vida que ellos hacían en la aldea era una vida pura, al aire libre, ayudándose unos a otros...

—¿Y Ud. Delio, qué está haciendo ahora por acá? —casi interrumpió la madre a Enrique.

—Trabajo para la C.N.T. en las oficinas de reclutamiento.

—¿En la C.N.T.?? ¿No son esos los anarquistas???

—Sí, Teresa, ellos son anarquistas —le dijo su esposo.

—No me habías dicho...

—No me habías preguntado. Lo que quiero aclararte es que ellos no son como los otros...—le advirtió Leopoldo tratando de salvar la situación.

—...pero dividen al país...

—...no creen en la violencia, Teresa...

—...pero sí en la revolución y en los sindicatos... —iba diciendo Teresa ahora con desaliento.

—En los sindicatos, sí —le aclaró Delio y continuó: —Se trata de ayudar al obrero, señora, yo creo que los sindicatos han ayudado mucho a detener la injusticia que antes se cometía con el obrero... y ésta no es sino la mano de obra que funda a toda una sociedad...

—...una sociedad que tratan de destruir al no creer en los niveles sociales, ¿no es así? ¿No es ello dividir la economía del país?

—En efecto, no creemos en esas jerarquías que han sido las responsables de la división tan profunda a varios niveles que ha sufrido España... —le volvió a aclarar Delio.

—¿España? ¿Ya has ido pensando en ella, en su totalidad? ¿No recuerdas de lo que hablábamos...? Que de todo eso, precisamente, se compone el país en que vivimos —iba diciendo Leopoldo.

—Por eso estamos en guerra —advirtió Enrique.

—¡Hijo! ¿tú también? —exclamó Teresa sorprendida.

Enrique, mientras iba hacia su lado sentándose en el sofá, con dulzura le dijo:

—Mamá... yo nunca he podido sentir como mía a una sociedad fundada en esos estratos sociales y económicos que para sostenerse, plantan su bota de hierro sobre el pobre. Pero tampoco creo que cada región deba luchar independientemente del resto de la nación.

—Así es más o menos como yo lo siento también —le dijo Leopoldo en un tono confidencial.

—Ud. me ha hecho pensar sobre muchas cosas que antes no había reparado en ellas —admitía Delio.

—Por eso creo que debiéramos dialogar más entre todos, compartir ideas y conceptos, llegar a conocernos más a fondo, ¿no creéis? —decía Leopoldo mientras todos se acogían a aquellas palabras que sonaban mágicas.

—¡Ya la comida está! —anunciaba la madre mientras ella y María Elena ponían en la mesa una cazuela enorme. Y limpiándose las manos en la chía de luto que siempre llevaba, se dirigió a Teresa:

—Yo soy Cristina —le dijo dándole la mano.

—Y yo Teresa —decía tomando entre las suyas, la mano que la madre le ofrecía. —Ud. es ‘la madre’ como todos la llaman.

—Sí, así me dicen los muchachos —dijo con sencillez.

Teresa observaba a aquella mujer envejecida, con los pelos grises recogidos en un moño. La veía opaca, triste, mustia, sin vida, con esa chía negra que parecía...

No se hablaba. Todos se sentaron a la mesa, y la madre les fue sirviendo la paella que parecía apetitosa. En medio de aquel silencio, Alicia salió con una de las suyas que los hizo reír a todos. Poco a poco se fue rompiendo el hielo. María Elena comenzó a hablar de sus impresiones de la ciudad. Delio hablaba de su trabajo. Juliancito de sus amigos, del francés y de vez en cuando decía algo en catalán que a Teresa le hacía gracia por el acento que empleaba. María Elena, Alicia y la madre comenzaron a hablar de comidas, de lo que era popular en Aragón y de lo que en Cataluña no encontraban... Todos iban celebrando aquella comida tan exquisita. Teresa lo observaba todo, tratando de adivinar más allá de las palabras, el alma de aquella familia a la que su hijo se había acogido tanto. Era gente sencilla, encantadora, y poco a poco se fue abandonando, hablando de cuando Enrique era niño, y recordó una anécdota:

—Siempre de niño tenía la mala manía de llamarme angustiado cuando relampagueaba o tronaba porque tenía miedo de que un rayo se apoderara de él —todos reían. Enrique recordaba sus días en la prisión.

—¡Enrique! ¡De niño eras tan cobarde! —decía Alicia divertida.

—Sí, y mucho... —admitía con una sonrisa picara que marcaban sus hoyuelos, sintiéndose poco a poco feliz de ver cómo entre todos se había roto la tensión que se había producido al principio.

Después de despedirse de todos, ya en la puerta, al marcharse, Teresa se acercó a su hijo:

—Enrique... espero que no andes enamorado de ninguna de las dos chicas... son guapas, pero hijo... cuidado... cuidado en donde te metes...

—No temas, madre.

—De novia, para pasar el rato, eso es otra cosa, pero enamorarte, formalizar una situación, no. Cuídate mucho, hijo.

—Madre... mis sentimientos son míos... mis acciones también. Le ruego que no me hable así como si temiera perderme... —le advirtió Enrique tratándola de Ud. A veces sin darse cuenta, dejaba de tutearla como si quisiese distanciarla de sí.

—No, hijo, las madres que siempre están perdiendo a sus hijos son las que controlan sus vidas... yo no quiero eso... y espero que tú no lo pienses así... lo que te digo es por ti... para que abras los ojos... ten cuidado...

—Madre... yo sé lo que siento... pero te pregunto, ¿y si ya me hubiera enamorado y quisiera formalizar mis relaciones, te opondrías?

—Si ya es un hecho, hijo, ¿qué te puedo decir? Pero espero que no sea así...

—Tal vez... tal vez, madre. Bueno, no los detengo... ya hablaremos de esto en otra ocasión.

—Sí, hijo... —le decía dándole un beso.

—Adiós... por cierto, padre... lo noté muy callado en la mesa.

—Estaba embelesado mirando a tantas mujeres tan bellas. ¡Qué quieres!

—¡Vamos, Leopoldo! ¿No tienes ya suficiente conmigo? —le dijo Teresa mientras se cogían de mano despidiéndose de Enrique.

Pasaron varios días. Enrique buscaba la oportunidad de hablar a solas con María Elena, pero nunca estaba en la casa. Había comenzado a trabajar, y llegaba tarde, cansada... Y él, ya no se encontraba con ánimo de seguir saliendo con Delio por las noches... comenzaba a preocuparse por su vida... se sentía extraño... comenzó de nuevo a refugiarse en la biblioteca y a escribir... pero sentía que tenía que hacer algo y no sabía qué... quería leer... no podía concentrarse.

—¡Enrique! ¡Enrique!! ¿Dónde está mamá??? —le dijo María Elena con urgencia, abriendo la puerta de la biblioteca. ¿Dónde, dónde está mamá?

—¿Pero qué te pasa que andas tan alterada?

—Es esto, mira —le decía mostrándole un telegrama.

—¡Dios mío! Rolando...

—Sí. ¡Mi hermano! ¡Lo han matado! ¡Asesinos!

—Lo siento, Enrique. No lo sabía. Pero ella luce bien —decía ya más repuesta.

—Sí, ella siempre se ha cuidado mucho.

—Es muy bella.

—...como tú...

—...¿cómo yo?... ¡Enrique!... yo soy...

—...bella, bella también...

—Yo creí que ya no te gustaba.

—¿Por qué?

—Porque ya no me mirabas... notaba cómo mirabas a Alicia...

—...María Elena... ¿estás celosa?

—Dime, ¿te gusta ella?

—Sí...

—Pero no la quieres...

—Eso es otra cosa.

—¿La deseas?

—María Elena... ¿qué estás diciendo?

—Que si ella te dejase saber que tú le interesas... —¿Cómo puedes pensar eso de tu hermana? ¿y de mí?

—Porque ella ha cambiado... yo creo que ha sido la amistad con Cecilia... Aunque ya en Santángel ella tenía novios...

—¿Tan jovencita? ¡Pero si es casi una niña!

—No tanto, Enrique, no tanto... además... yo he notado que ella te atrae.

—Me atraes tú, María Elena.

—Pero yo me he negado tantas veces... temía... —Lo sé, pero no lo comprendía... creía que no me amabas...

—Sí, te quería mucho.

—¿En pretérito?

—No sé...

—¿No sientes algo por mí todavía?

—Algo... —iba admitiendo mientras se dejaba besar por él.

—Dime, ¿me quieres?

—Sí... Enrique... te... quiero —dijo casi en un susurro.

—Y yo a ti, María Elena, te quiero... —decían besándose.

—Es la madre... escucha...

—No te angusties, María Elena... yo iré a decírselo...

—¡Madre!!

—¡Hijo! Te veo algo desmejorado...

—No se preocupe por mí, madre, yo estoy bien. Pero... tengo algo que comunicarle —le iba diciendo Enrique mientras la llevaba hacia la biblioteca donde María Elena la aguardaba.

—¿Es sobre vosotros? ¿Os habéis reconciliado? ¡Ya era hora!!

—No, madre... es... Rolando... —le dijo María Elena abrazándola, llorando.

—¡Lo han matado!!! —exclamaba la madre sollozando.

—Mire... lea esto —le decía María Elena entregándole el telecomunicado que había recibido mientras trabajaba en el Telégrafo:

Marzo 1. 1937. Telecomunicado a la señora doña María Cristina Caballero. Se le informa oficialmente la muerte de su hijo Rolando Caballero, asesinado por las tropas nacionales. Murió como un héroe luchando por nuestra patria. Su sangre no ha sido derramada en vano.

Triunfaremos.

Luís de los Amparos.

* * *

Ya en aquel cuerpo no cabía más dolor. Entre todos los hermanos, la iban acompañando, temiendo por su salud. Enrique también estaba cerca de ellos... pero pasaban los días y la madre no quería levantarse de la cama... se pasaba los días en cama, llorando... Enrique trataba de que ella se distrajese, pero no había nada que pudiera aliviar su dolor.

Enrique comenzaba a sentirse impotente, girando en torno a una vida que se estaba vaciando... comenzaba a angustiarse por él mismo... por su propia madre... veía a Delio frecuentar más de lo acostumbrado la Taberna del Alabardero... María Elena le entregaba a su madre el poco tiempo disponible en la casa... no la veía... Juliancito... encerrado en sí mismo... todo comenzaba a dar vueltas... la situación del país... se comenzaba a pasar hambre... ya Málaga había sido vencida por los nacionales... Su padre siempre lo llamaba para tenerlo al tanto de lo que ocurría en el país... continuaban los bombardeos por Madrid... Las Brigadas Internacionales tal vez se marchasen del país... los tanques blindados marchaban por las calles de las ciudades desiertas, llenas de escombros... comenzaban a izarse banderas de todos colores con distintas iniciales por toda Barcelona... la de la C.N.T., la de la F.A.I., la de la U.G.T., la del P.O.U.M.... que estaba por declararse ilegal... por

toda la Plaza de Cataluña se respiraba otro aire... “los Aguiluchos” marchaban bajo la dirección de Juan García Oliver... todo estaba revuelto...

La madre, cada día peor... Enrique, dando vueltas desesperado... Delio comenzaba a beber cada día más... Alicia y María Elena... trabajando... ocupadas... todo igual... 16 de marzo... el silbido...

¡¡Dios santo!!! ¡están bombardeando a Barcelona... ¡¡¡Madre!!! ¡¡¡Juliancito!!!
¡¡¡Alicia!!! ¡¡¡MaríaElena!!! se oían las sirenas de la alarma de los bombardeos in crescendo... ¡¡¡Madre!!! ¡Despierte!!! ¿¿Dios mío?? ¡¡Está muerta!!!
¿Ahora? ¿ahora??... ¡Dios mío!!! ¡Mis padres!!!... el teléfono no funciona... no comunica... dios mío!!! ¡¡Juliancito...!!! no había nadie en la casa... todos habían salido... y la madre... muerta... ¿¿¿acababa de morir??? ¿¿qué hago???
¡Si Cecilia estuviera aquí!!!... pero... desde que se marchó... ¡¡Dios santo!!!... ¿qué hago???!!!... ya por la madre no puedo hacer nada... y... ¡los míos!!! ¡mi madre!!!... ¡mi viejo!!!... ¡tengo que ir a buscarlos!!! se decía desesperado mientras arrancaba el coche... ¿la carretera cerrada?? ¡¡Oiga... mis padres... viven hacia allá!!! ¡¡No puedo abandonarlos!!! ¡Cabrón!!! ¡¡Déjame pasar!! — decía mientras conducía por la acera, violando las señales de los policías... el silbato cada vez se iba oyendo con más urgencia... ¡mis padres!!! ¡Dios mío... que pueda llegar!!! Ya estaba en la carretera... vio todo nublado... no se distinguía nada... las sirenas de las alarmas cada vez se oían con más fuerza... ¡¡Dios mío... déjame llegar...!!! —se decía alarmado, angustiado, llorando de desesperación porque el coche no avanzaba... ya comenzaban los estruendos de las bombas... ¿por dónde fue??? ¡¡Dios santo!! ¿por dónde fue?... ¡ya me voy acercando... ya voy, padres míos... ya voy...!!! veía ahora un gran círculo de fuego abarcar todo aquello... ¡¡la casa...!!! ¡¡¡padres!!! lloraba... sudaba... lloraba... ¡padres míos!!!!

¡¡¡Dios mío... ¡tanto que te he buscado... creí haberte encontrado... y ahora...!
¡¡Sí... ME HAS TRAICIONADO!!! ¡¡¡Dios me ha traicionado!!! —decía dando
puños sobre el timón desesperado, observando cómo el fuego acababa con la
residencia de sus padres. ¡¡¡DIOS ME HA TRAICIONADO!!! Se repetía mientras
iba perdiendo el conocimiento... ¡¡Dios me ha!!! ¡Dios me ¡Di...

UN PROLOGO A MODO DE CONCLUSION

UNA CONCLUSION A MODO DE PROLOGO

Hace ya mucho tiempo que llevo dándole vueltas y vueltas a esto y he decidido que como quiera que titule estas páginas tienen que salir porque siento la obligación moral que así sea. Al principio, pensé no titularlas, pero el temor de que mi pobre estilo se le adjudicara a mi amigo me llevó a pensarlas de otra forma.

Pensé que antes de llamarlas “prólogo”, como siempre se hace en todos los libros, debieran de ser una conclusión pero de ambos modos me parecía una falta de respeto... Por un lado, mi firme creencia de respetar la memoria de las ideas de Enrique de que todo fin es siempre un comienzo... y la vida de Enrique se abre ahora... Por otro, ser yo el que abra sus páginas era también otra falta de respeto. Se me ocurrió, y le di vueltas por varios días, a la idea de escribirlas al pie de las páginas... pero cómo pueden ser mis palabras ni cabeza ni pie ni nada de nada ni de nadie ¡ni mucho menos de Enrique!... me parecía una herejía y aunque ya leí lo que mi amigo piensa sobre esta palabra, sentía, por decirlo con las mías, que era “manchar con fango y sangre” el lugar sagrado de su vida. Y eso es algo tremendo... por eso las incluyo aquí... al final de lo que él ha indicado como TERCERA PARTE.

También he pasado mucho tiempo dándole vueltas a las páginas que encontré en su escritorio. No estaban en orden. Entre páginas de aire novelesco, había

recortes de periódicos con datos y fechas sobre los acontecimientos de la guerra, y por no haber estado escritas por él, y contener demasiadas cosas periodísticas, las dejé en otro portafolio.

También encontré un manuscrito sin paginar titulado “La Zarza Ardiendo”... pensé incluirlo al principio, después como conclusión, después entre las páginas noveladas... pero todavía no lo he decidido... Le he rezado mucho a Enrique, pidiéndole que me diera alguna señal, pero hasta ahora no se ha comunicado conmigo... y hasta que lo haga, no las tocaré. Pero... shhh... a sotto voce les diré... que eran demasiado tremendas... yo sé que vosotros no sois el mismo público al que su madre se dirigía... temo que vosotros las entendáis muy bien... no sé si en mi país se puedan publicar todavía... Algunos de mis compañeros me han aconsejado que por respeto a vosotros os adelante algo... hablaba de la libertad en relación a una patria sin la cruz... por todas esas páginas citaba mucho a Max Scheler (a quien por cierto, estoy leyendo en estos días), pero también aparecía otro nombre que apenas puedo distinguir... no... no lo puedo distinguir, pero lo que sí aparece con letras de molde son las siguiente palabras que yo no he podido comprender todavía:

“La autoconciencia del eje de mis visiones ha dado en la angustia de una Cruz que ha sido la matriz de mi propio Espíritu y sólo en el silencio podré redimirme de la Conciencia del universo de mis Conceptos, y de mi propia vida, para así llenar el vacío del abismo de mi existencia sólo posible por la Zarza Ardiendo.”

Como no entendía lo que esto significaba, cometí el sacrilegio de enseñarle estas palabras a mi hermana

María Elepa, quien desde entonces, lloró mucho y se ha refugiado mucho más en un hermetismo total.

Lo que sí encontré fueron unas páginas inconexas con unos diálogos extraños que incluyo a finales de estas páginas porque me parece que así queda como si Enrique todavía estuviera entre nosotros... por ahí aparezco yo también... aunque de mí les hablaré en otro momento... sólo les adelanto que Eugenia y yo estamos casados viviendo aquí en Barcelona. Pronto terminaré con mis estudios... decidí estudiar Leyes, porque eso de filosofía era demasiado complicado para mí.

De Alicia les diré que se casó... me costó mucho trabajo hacerla entrar en cintura, como decimos por ahí... pero ¡al fin!... creo que pronto dará a luz. ¿Juliancito?... tan callado como siempre... trabaja en una fábrica de coches. Ah... casi se me olvidaba... el padre de Enrique no se encontraba en su casa el día que la bombardearon... andaba por la ciudad en un mitin político. Ahora anda dando conciertos por otras regiones de España. Se ha dedicado a viajar.

El fue el que encontró el coche de Enrique en la entrada de la residencia que había volado en uno de los bombardeos... lo que no encontró fue el cuerpo de Enrique... el techo del coche había volado, pero los asientos y el resto estaba milagrosamente intacto... yo a veces me pregunto si Enrique no andará por ahí... caminando por las calles de Barcelona como antes lo hacíamos... o tal vez por Santángel... o quién sabe... si por Lérida... en la gruta de la impiedad...

Delio Caballero

14-4-47

Apenas se vislumbraba la claridad del amanecer por aquellas persianas de tablillas que heroicas resistían el resplandor.

*

“No importa del bando que seáis que molinero no sois”

El Cavernícola.

* *

“Enrique...” —llamaba a sotto voce mientras tocaba la puerta.

“Enrique... Enrique... ¿estás bien?”

“Entra.”

“No puedo. ¿Qué te pasa? Todos andamos preocupados... no te has levantado hace...”

“...necesito estar solo... pensar...”

“...¿pensar en qué?...”

“...en el abismo...”

“Enrique... no te puedes encerrar así... todos nos preocupamos... te queremos...”

“Dejaos de preocupar por mí...”

“No eres tú... Enrique...”

“No... no soy yo... ahora no quiero equivocarme...” “...mírate en el espejo... estás cambiado...”

“Espero ahora poder reconocirme...”

“Enrique... estás sudando... tienes fiebre... estás volado en fiebre...”

“Estoy bien... te he dicho que ahora sí estoy bien... mira la zarza ardiendo consumiendo la aldea de mis padres sin las violetas ni las madreselvas, ni los naranjos pero tu madre digo la mía ya preparó la paella para el dios de la mitología moderna con su cuerno siempre transfigurándose en el ruedo... o en la prisión... da lo mismo del... no recuerdo lo que escribiré porque ayer no pude pero vi a papá en el ejército de sacerdote con la cruz franciscana junto a tu hermano Juan Luis o Rolando y María Elena... con su pelo rubio cayendo a los pies del altar y la gran hostia sobre su pecho esperando por mí... ¿sabes?... ¿no?... el poema de mi madre se deshizo en la espiral de la Fantasía de Schumann... y Alicia con sus ojos azules desde el río de Mnemosyne... no... en el mar... no... en el agua fría del lavabo...”

*

* *

HIJOS

del pueblo que os oprimen cadenas y esta injusticia no puede seguir

Arriba parias de la Tierra

si tu existencia es un mundo de penas antes que esclavo, prefiere morir

A las barricadas A las barricadas Por el triunfo del...

Alzaos, al son, gritando ¡Guerra! el opresor ha de sucumbir.

A las barricadas. A las barricadas

Levántate pueblo leal

Al grito de la angustia

clamando

muera

la

HEROE ANONIMO

El sonido argentino de la campanilla de plata labrada

—¡¡¡Delio!!!... ¿¿¿dónde estoy???

—Tengo que ir a buscarlo, tengo que ir a buscarlo... —decía con un nuevo uniforme

—¿Y cómo podéis terminar estas páginas?

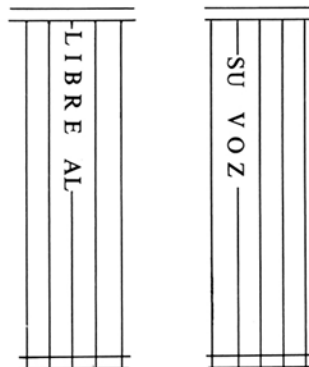
—páginas en blanco

—taconeando sobre los dibujos de mi hermana —¿Qué es eso de la zarza ardiendo?

—Su espíritu... el exilio... su vida...

—¿murió?

—no... fue su comienzo.



FIN



GRACIELA GARCIA-MARRUZ nació en La Habana (Cuba), emigrando a temprana edad a los EE.UU. Desde 1962 reside en Nueva York, donde realizó todos sus estudios universitarios, obteniendo un M.A. en 1975; un M.Ph. en 1979; y un Ph.D. en 1982 en The City University of New York, Graduate Center. Ha recibido varios honores, entre ellos, el haber sido la primera estudiante, en el programa del doctorado en Español del Graduate Center, nominada miembro honorario del Who's Who Among Students in American Universities-Colleges (1973-74), y varias becas: Sénior Research Assistanship (1973-74), Research Foundation of New York (1978), University Fellowship (1978) y National Endowment for the Humanities (1979).

Actualmente se dedica a la enseñanza en Nueva York: fue Adjunct Assistant Professor en Hunter College (1971-1986), y ha enseñado en otras cuatro universidades.